

EL COJO ILUSTRADO

Año IV

1º DE SEPTIEMBRE DE 1895

Nº 89

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL. . . . B. 4
UN NUMERO SUELTO. . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIOS

J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.

EMPRESA EL COJO—CARACAS—VENEZUELA

DIRECTORES: J. M. HERRERA IRIGOYEN—MANUEL REVENGA

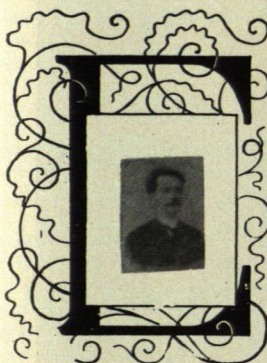
EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO

CARACAS — VENEZUELA

INSTRUCCION PUBLICA

[SUS GRANDES SERVIDORES]



N los anales docentes de Venezuela hay notas de primer orden dignificadas por el sacrificio, son páginas de honor escritas con signos evangélicos en el pergamino de la abnegación, cuya sanción merecida la constituyen los honores que tributarse deben á los reformadores

ilustres del espíritu social, quienes han dado y darán á las naciones brillo imperecedero, colocándolas alto en el gran certamen del saber universal.

Ese vocablo sacrificio es rígidamente propio en los conceptos que anteceden, porque el magisterio de la enseñanza es un sacerdocio y en Venezuela todavía la noble vocación luégo que aparece con la robusta espontaneidad del brote primaveral, por fuerza ha de actuar sólo á impulsos de su virtualidad immanente sin halagos de material bienestar y á veces hasta poco evidente el mismo honorario moral que deben la justicia y la gratitud á la bondad útil.

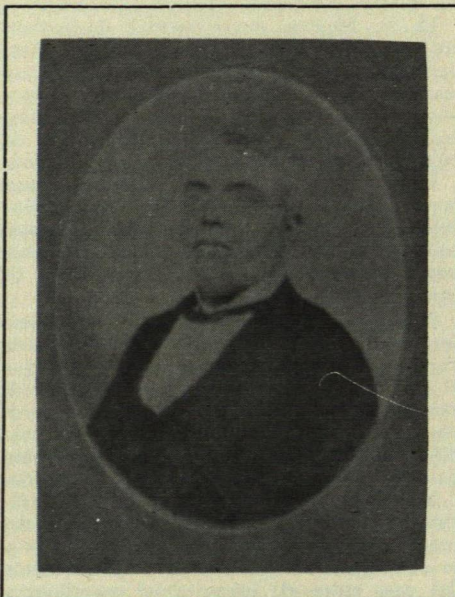
Al maestro fundador de la cristiandad debe la moderna civilización actos edificantes y predicciones con ellos consecuentes, poderosas por benéficas y de trascendencia cierta en el proceso ilustre de la humana perfectibilidad; así como á los institutores, abogados de la razón, y apóstoles del credo de Jesús, débennles las gentes de todas las zonas beneficios inmensos y por ello señales la angusta frente el dios de la justicia en señal de la perpetuidad que acompaña al culto de la idea, que es en la gerarquía moral, la primera después de Dios, acaso su cabal imagen, la escala eterna por donde sube el pensamiento del hombre hasta el Creador, y en resumen, lo más grande que caber puede en el espíritu de la humanidad. De ahí la aureola de iris que como símbolo de su propaganda irradian la frente de los hombres que enseñan, quienes á veces hacen recordar por su constancia á los apóstoles, y al Cristo por las torturas de la ingratitud; pero después de todo, si Jesús cumplió la redención, los educadores vivirán en sus obras, como el retrato en el original.

Al hombre que enseña deben las naciones, en vida y después de ella, los honores que corresponden al servidor eminente, bien entendido que si la justicia honra al bienhechor, dignifica á quienes la saben cumplir.

Venezuela ha perfumado con el nardo de la gratitud, la memoria bendecida de estadistas y guerreros, sabios y propagandistas; pero no sabemos si alguno de sus conductores intelectuales alcanzó todas las dignidades que el deber y la gratitud acuerdan á esos benefactores; ó si la admiración y el entusiasmo derramaron la multiplicidad de

su vigor en la apoteosis del héroe civil que cincela la conciencia pública al compás de incesante peregrinación.

Notas altas en propósitos armónicos déjanse oír, así en la augusta tribuna de la prensa, como en las colectividades literarias donde los pensadores modernos reflejan los nuevos derroteros de la idea que marcha sin cesar en pos de ideales más ó menos sublimes; pero todos en el sentido de la purificación.



SEÑOR DOCTOR RAMON ISIDRO MONTES

Ante signos evidentes, los hombres de buena voluntad deben presentar su grano de arena sea cual fuere la magnitud ó calidad, con tal que no se haga esperar el contingente que á todos determina el deber.

Nosotros hemos apartado nuestro retraimiento para probar suerte otra vez á ver si con el desarrollo del espíritu vuelan en mil pedazos las calamidades enervadoras que han venido fatigando la sociedad.

Y daremos principio con un desfile sencillo, pero justo cuanto sincero, de aquellos adalides del pensamiento á quienes deben brillo y prosperidad las artes y las bellas letras, Venezuela y las ciencias.

Nos proponemos mencionar en la forma que reclaman sus servicios ilustres, á los beneméritos de la enseñanza nacional, á quienes deben gratitud y honores la familia y la sociedad.

DOCTOR RAMON ISIDRO MONTES

Ese nombre por sí sólo significa un título á las consideraciones públicas.

Es la imagen del propio esfuerzo, coronada por la abnegación.

Asidua inteligencia en lucubraciones literarias: voluntad constante en las faenas del profesorado.

Varias y arduas fueron sus labores intelectuales, y por benéficas, justamente merecedoras de todo linaje de respetos.

Cultivó con éxito las bellas letras, sin ha-

ber sombreado jamás su hermosa causa con el servilismo literario, que ha valido á los vilipendiadores del albedrío, de algo así como lazo fuerte para atarlos al poste de las medianías; convirtiéndose por sí mismos en vasallos á fuer de imitadores, cuando á seguir los naturales impulsos de la propia inspiración, gerarquía señorial habrían alcanzado por la fama justísima y las aureolas del saber.

Escribió versos, no fluidos pero sí castizos, que á decir verdad, brilla en ellos más la sabiduría de un pensador ilustrado, que la luz del genio.

Por lo demás, si siempre no fueron sus concepciones modelo de originalidad por la forma, cierto que sí lo fueron por el fondo donde se divisa al moralista docente, detrás de la letra escrita.

El mejor relieve literario del Dr. Montes acaso sea el perenne propósito de estampar sobre sus producciones un sello eminentemente nacional.

Todos comprenden sus escritos, porque siempre fue la sencillez dije precioso de sus galas.

Quien así escribe, al impresionar corazones dulcifica sentimientos y predispone las almas á las evoluciones en el sentido de perfección.

Plácenos repetir que fue literato americanista sin una sola deserción de la senda emprendida. Cantó sus *morichales* y á Guayana; cantó las selvas del Orinoco, donde han dicho que se oye todavía la voz del Creador; cantó al progreso y los afectos, que vigorosas eran también sus facultades afectivas; cantó á las artes y las ciencias; á Colón padre de la América; á Bolívar y la Libertad.

Se inspiró en nuestras costumbres y tradiciones, con sus triunfos y adversidades; pero al lado de tan preciadas prendas de americanismo aparece una sombra, no sabemos si contradictoria, sombra sensible; nos referimos al provincialismo disolvente; aquel provincialismo obcecado que también tiznó con lunares la sonante lira de Gregorio Gutiérrez González, quien insiste, con empeño extraño, en llamar la patria su Antioquia; tal así como nuestro Montes llama su patria á Ciudad Bolívar.

Era masón y cantó á la masonería; era cristiano y cantó la Redención.

ORADOR

Desde 1844 acogía la prensa sus producciones literarias, todas con tendencias morales y sabor puramente nacional; pero el nivel de su notoriedad, débelo, después del magisterio de la enseñanza que es su más poderosa ejecutoria, á sus lucubraciones oratorias, que no son pocas y todas correctas porque en ellas algo aprende la sociedad.

En los anales de la palabra, siempre aparecerá su radiante figura destacándose con honor, y objeto de públicos honores, dominando auditorios desde la gloriosa tribuna de Guayana.

No era su estilo brillante y fácil; pero sí nutrido y castizo.

No alcanzó las espontaneidades sonoras de Angel Félix Barberii; pero disertó y sesudo, en toda ocasión llegó erguido al punto que

le indicaran, ya el deber, ora la pública elección.

Ningún orador le ha excedido en puntos de tolerancia y austeridad, y así vemos que en sus discursos resplandece la triple aureola de la justicia, la verdad y su independencia moral, intangible siempre.

En un tomo de cerca de 600 páginas constan los sazonados frutos literarios que legó el Dr. Montes á la posteridad; volumen apreciable donde aparece copia fiel de un espíritu tranquilo, laborioso y moralizador.

El Doctor Montes vivirá en sus obras.

INSTITUTOR

Hé ahí el más alto distintivo de aquel buen ciudadano, padre moral de varias generaciones, honorable por sus virtudes, célebre por sus talentos é ilustre por sus servicios á la familia, Venezuela y las ciencias.

No hay hipóbole en afirmar que consagró casi toda su existencia á la instrucción pública, siendo de advertir que en ninguna esfera de la actividad humana se sirve mejor á los pueblos, porque la causa de las letras es la causa de la humanidad.

Así se explica, que no obstante su alejamiento de las cosas públicas en la esfera de la política, Legislaturas de Guayana, Congresos nacionales y Magistrados le hayan decretado honores; que nunca pecuniaria recompensa, sublimándose así hasta el sacrificio las páginas venerandas del ilustre educador.

Al cerrar sus sesiones la Gran Convención Nacional, se dedicó en la misma ciudad de Valencia al ejercicio de la abogacía. Cabe consignar que las veces que representó á su patria en los Congresos, llenó su misión con independencia sabiduría y justicia.

Formó una familia de altos merecimientos.

El nombre del Dr. Montes será siempre para quienes lo sepan llevar con honor, fianza de reverencia merecida y algo así como un pasaporte vitalicio rubricado por la justicia y la gratitud en los estrados de la República y la historia.

Quien dedicó poco tiempo al foro, no obstante haber sido un jurisconsulto profundo, patentiza los quilates de su vocación para el magisterio de la enseñanza, en forma tan radical, cual es esencial en el orden de los mundos la voluntad de Dios.

El año de 1854 fundó el Dr. Ramón Isidro Montes, en esta capital el colegio "Santo Tomás" que tan opimos frutos produjo á la República. El premio de buena conducta lo inició el señor Montes en 1857.

La excelencia de sus dotes le mantuvo por muchos años desempeñando el rectorado en el Colegio Federal de Guayana.

Presidió la Corte Suprema de Justicia en el mismo Estado por varios períodos legales, en virtud de reelecciones sucesivas, hasta que resolvió alejarse de los afanes que el deber bien entendido impone al magistrado, para dedicar luego su actividad, luces y abnegación á producir obras didácticas cuyas numerosas ediciones determinan con propiedad la magnitud de su significación.

En su afición á la enseñanza reprodujo el ideal cristiano.

Tenía su palabra el prestigio de la discreción.

En el roce frecuente con la juventud educanda, hubo de adquirir la penetración que le guiaba á profundizar los corazones y más otros dones que caracterizan las facultades del apóstol.

Siempre afable, siempre dulce, tranquilo siempre, empleaba los tesoros de su ciencia en unión de su ardiente caridad, en provecho de los educandos: así pasó por el mundo con su honradez sin mancha é invulnerable su humildad.

Parece que el hacedor Supremo hablase á su conciencia en acentos perceptibles.

Nimbo de luz corona su memoria, á la

manera que purpuradas llevan la frente las altas dignidades de la cristiandad.

Vamos á cerrar con botón de oro estas apuntaciones, transcribiendo la referencia que nos ha hecho el respetable educacionista Dr. Pedro Manrique, fundador y Director del colegio "La Verdad" que tan preciosos resultados ofrece á la civilización.

Hé aquí los hechos.

En el colegio "Santo Tomás" regentaba varias asignaturas el mismo Director.

La clase de latinidad era numerosa, regentábala el Dr. Montes, y en ella tenían los puéstos de honor Luis María Luzardo, lumbrera hoy del cristianismo por la prudencia y la austeridad, por sus virtudes y ciencia eminente; un joven Rodil que poseía altura intelectual, circunspección y seriedad; Pedro Manrique y pocos más.

Había dirigido el catedrático una pregunta á los estudiantes de mínimos y como notara que los cursantes de sintaxis estuvieran en tertulia, aprovechó la ocasión y corrió la pregunta hasta los alumnos mencionados, quienes tampoco respondieron por ignorar de qué se trataba y en consecuencia fueron recibiendo sendos palmetazos.

El Dr. Montes, cuyo espíritu de justicia ardía en aspiraciones infinitas, pensó después que aquellos alumnos tan correctos no merecían el castigo que les había aplicado, puesto que ellos poseían muy limpios antecedentes en las clases y demás puntos de conducta escolar. Esto ocurrió el año de 1856.

Habían pasado 15 años, cuando en una mañana de diciembre bajaba un anciano las escaleras de un hotel en La Guaira: acompañábase del brazo un sacerdote respetable por su piedad razonada, por su espíritu de progreso y por su ciencia.

Simultáneamente subía las mismas escaleras un joven, hombre formado y lleno de vigor, era Manrique quien había notado que el anciano de los anteojos se fijaba en él con insistencia. Manrique no lo había reconocido, pero al encontrarse, el anciano tendió sus brazos para estrechar con efusión paternal al joven Manrique, su discípulo.

Manrique correspondió aquella demostración sintiéndose profundamente conmovido: luego el Dr. Montes le tomó de la mano y lo condujo á un local, hizo la presentación del caso entre el joven y el sacerdote y después de los acentos filiales que produjera el antiguo discípulo, el Dr. Montes transformado el semblante por la emoción, dijo á Manrique.

Pedro, pongo por testigo al sacerdote que presencia nuestra entrevista. Ha muchos años que mi conciencia sufre una pena que le ocasionaba alguna inquietud. ¿Recuerdas lo acontecido en la clase, en febrero del año 57?

—Sí, señor, contestó con reverencia filial el interpelado.

—Pues bien, este encuentro es providencial. Pocos días me faltan por vivir y espero que haga llegar á tus compañeros mis impresiones. Me duele el corazón, porque en aquella ocasión creo no haber sido justo y me ha perseguido el remordimiento. Sé que me perdonarás y en cuenta lo tome Dios.

—Oye, dijo entonces con alegre cariño al discípulo amado: "no des tiempo á que puedan creer tus compañeros que mi código penal no era equitativo."

Así reveló el Dr. Montes el grado de su gerarquía moral.

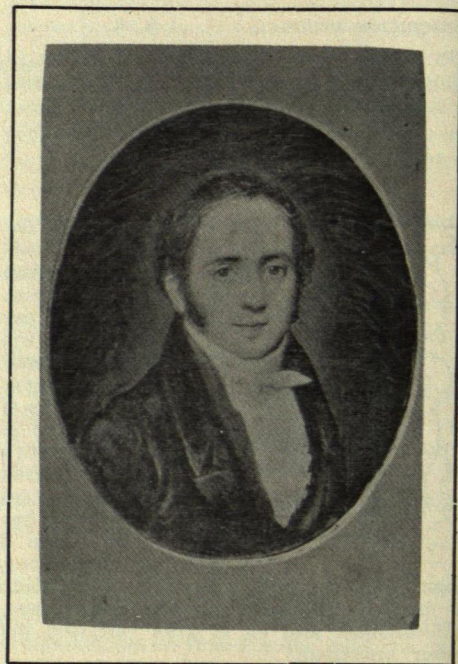
Hacemos nosotros la anterior referencia autorizados por el muy respetable señor Manrique, quien ama la verdad como al Dios de sus eternas esperanzas.

Es evidente la enseñanza universal de que en las corrientes del tiempo resplandecen, flotando siempre, las reliquias todas del pensamiento civilizador, cual suprema esencia de la eterna actividad; de ahí que mientras estime Venezuela con el debido acatamiento

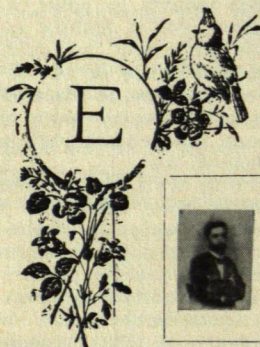
á sus grandes servidores, reaparezca radiante de gloria póstuma la memoria de Ramón Isidro Montes; en tanto que sus restos mortales custodiados por la reverencia, disfrutan los beneficios del sepulcro bajo las amapolas de Ciudad Bolívar.

FRANCISCO DE P. REYES.

Caracas: Agosto de 1895.



TOMAS LANDER



El 29 de diciembre de 1792 vio la luz en Caracas este notable publicista. Fueron sus padres D. Pedro Antonio Lander y D^a Paula Acal.

Si influye en los descendientes con efecto favorable para sus condiciones naturales la dis-

tancia que aleje mutuamente á sus progenitores en punto á filiación, puede confirmarlo el ejemplo de Lander, en cuyos abuelos estaban representadas cuatro distintas nacionalidades. Fueron los paternos D. Pedro Antonio Lander, natural de Alava, y D^a Inés Panero, de Génova; y los maternos D. José Acal, de Santa María en las islas Azores, y D^a Inés Merquelin y León, de Caracas. Para formar el precioso tesoro de la observación, punto de partida fundamental de la verdadera investigación científica, nunca es inoportuna la consignación de un hecho, y con tal carácter señalamos, de pasada, los expresados antecedentes de hombre tan conspicuo por sus relevantes dotes naturales.

Permaneciendo en este punto de vista, podemos conocer en Lander el hombre, es decir: su naturaleza íntima, su índole, su carácter; clave ésta que explica y valora en cada individuo todos sus actos, y único objeto á que nos es posible, en tan reducido espacio, contraer nuestras reflexiones.

Brilla desde luego en Lander en grado no común esa facultad discursiva que nos conduce de lo conocido á lo ignorado: luz que llevamos en la mente al marchar por entre las sombras y tormentas de la vida, y que debemos resguardar como con purísimos cristales, para no perder sus preciosos

destellos: llama que debemos defender de los vientos encontrados de la pasión, del ala del error que puede inesperadamente abatirla, y de la influencia misma de materiales y transitorios intereses, que se levantan á nuestro paso, como densos vapores, para devorar el brillante resplandor: hablamos de la razón.

Esta tendencia lógica, sin frialdad ni rigidez, forma el fondo de los escritos de Lander, en los cuales se halla al mismo tiempo propiedad en la expresión, sobriedad, precisión, claridad y naturalidad de estilo, todo bien hermanado en la gracia y la distinción sencilla que convienen á la elevación de las ideas. El aforismo de Buffon, que pone en el estilo la imagen del carácter personal del autor, es verdadero tomada como estilo toda la forma literaria, la cual depende de la sensibilidad y la imaginación. Tales facultades se muestran en Lander, aquella delicada, y ésta naturalmente viva, y enriquecida además y vigorizada por la gimnasia de la reflexión y por el adiestramiento que procura el ejercicio constante de la forma escrita.

No nos toca, aunque no son las nuestras, el examen de las doctrinas filosóficas que profesó Lander, en las cuales siguió á Rousseau, Voltaire, Raynal, Beccaria, Roederer, Jony, etc., sino, como ya lo hemos insinuado, estimar el generoso impulso que en sus ideas se traslucía, como también en la aplicación práctica que quiso siempre hacer de ellas. La magnanimidad y la probidad formaban el fondo de su carácter moral: sobre estos dos polos giró siempre su levantado espíritu.

La libertad será siempre una palabra mágica, por más que las pasiones humanas, sus enemigos naturales, traten de desprestigiarla, ora combatiéndola abiertamente como adversarias, ora traicionándola alevosamente como hipócritas aliadas. ¿Y cómo no ha de ser tan caro ese ideal, si la libertad, que no es sino la segura independencia para buscar nuestro bien, es por ello mismo el amplio y despejado firmamento que recorre, derramando vida y luz, el sol de las esperanzas humanas? Era el carácter de Lander propio para profundar tan poderoso atractivo; hizo de la libertad política el blanco de sus constantes esfuerzos, y sus escritos, como sus actos, muestran la forma en que concibió su realización concreta.

Poseído del evidente principio de que la libertad es hija de la justicia, y conociendo cuánto influyen en el reinado de ésta los poderes públicos, escogió entre todas las obras con que se puede servir á la justicia, la de vigilar el ejercicio de la autoridad. El respeto profundo á la vida humana, á la independencia, á la propiedad, á todos los derechos innatos del hombre, era en él culto sincero á la justicia. Su principio práctico primordial fue siempre defender al menos poderoso, y no por afectada ternura sentimental, sino por la plena convicción de que si el derecho necesita de sanción para existir en el orden práctico, ésta no puede excederlo en modo alguno. Este límite, tan difícil de precisar, que tantas vigilias cuesta á los sabios, tanto esfuerzo á los héroes y tantos sufrimientos á la humanidad, fue lo que Lander buscó siempre, y donde creyó ver aquella línea allí levantó su tienda de vigilante centinela.

*

En 1811, cuando Miranda prestó á la nascente República sus primeros servicios militares, Lander, de edad de 18 años, se hallaba incorporado á la Secretaría de aquel grande hombre, en quien, con espíritu observador, halló sin duda hermosos rasgos de grandeza de alma, que fueron para el joven pasto de tempranas reflexiones y semilla de aspiraciones patrióticas.

La irrupción de Monteverde en 1812 le obligó á ocultarse, y la de Bolívar en 1813 le permitió volver á prestar servicios á la administración pública. Cuando el dominio

sangriento de Monteverde se extendió en la República, Lander se vió obligado á emigrar á las colonias vecinas, de donde no pudo regresar hasta 1818. Hallábase entonces Venezuela adulta como luchadora y su triunfo estaba próximo; en los cortos años que le faltaban para sellar su libertad, Lander se ocupó en el comercio y viajó por Europa. Destinado á las luchas intelectuales y á la arena del periodismo, se ilustraba entre tanto con la lectura, se maduraba en el estudio, y acrecía sus facultades con la observación personal en aquellas naciones adelantadas del viejo continente, que tan ejemplares lecciones ofrecían, estremecidas todavía por la caída del gran coloso Napoleón I. Fácil es comprender cuánto pudieron influir tan notables acontecimientos en el carácter de Lander.

En 1822 y 1823 comenzó su carrera periodística redactando *El Venezolano*, en el que expuso y sostuvo con tanta idoneidad como denuesto los principios liberales en su más amplia extensión.

En 1826 tomó parte en los importantes sucesos que principiaron con el pronunciamiento de la Municipalidad de Valencia, y en los cuales no vió otra cosa que un legítimo anhelo de Venezuela por tener existencia independiente. Fue siempre defensor de los propósitos separatistas, y trabajó en pro de ellos con ardor hasta ver en 1830 logrados sus deseos, dándose entonces á doctrinar á sus conciudadanos sobre fundamentos constitucionales.

Cuando ocurrió la revolución de las Reformas en 1835, fue adverso á ellas, como era lógico, pues éstas tenían en su programa principios opuestos á los que con tanto ahínco sostenía Lander. Triunfando luego la reacción constitucional, se hallaron los reformistas bajo la espada de la ley, y la voz de Lander se levantó entonces solemne y magnánima invocando clemencia para los vencidos. La petición que con este fin dirigió al Dr. Vargas, Presidente de la República, es una hoja que enaltece en grado sumo los filantrópicos sentimientos de su autor.

Consagró Lander muy especialmente su atención en los últimos años de su corta vida á las necesidades de la agricultura, penetrado como estaba de la trascendental importancia de esa nodriza del trabajo.

El 6 de diciembre de 1845 la muerte le arrebató súbitamente á sus hijos y á su patria, y el 4 de abril de 1884 fueron colocados sus restos en el Panteón Nacional. El señor Antonio Leocadio Guzmán dijo de él que había sido el decano de los liberales de Venezuela. (*)

*

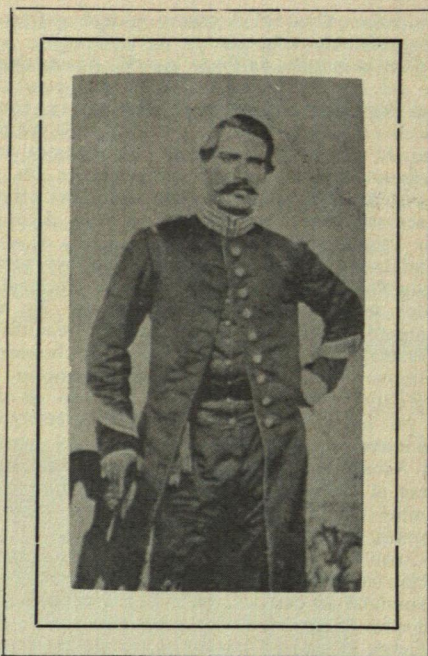
Por los retratos de Lander se puede ver en su fisonomía su alma entera, toda sinceridad, franqueza y benevolencia. Dícese que sus maneras eran cultas sin afectación, su trato ameno, su carácter circunspecto, y á las veces oportunamente jovial y festivo.

Casó con la señora Manuela Machado, viuda del valiente coronel Blas Paz Castillo, que murió en la batalla de Urica; ella precedió cinco años en la tumba á su segundo esposo.

Además de una hija, que ha sido una de las damas más estimables de nuestra sociedad, tuvo Lander dos hijos, los generales Pedro Tomás y Manuel María Lander, militares de importancia que alcanzaron merecidos y altos grados durante la larga guerra de la Federación, en que se mostraron tan conspicuos guerreros como humanitarios y elementes. El primero de ellos fue publicista además; su invencible modestia y noble abnegación le alejaron de las agitaciones políticas, no sin que dejara de ejercer siempre saludable influencia por su probidad, sensatez y tolerancia.

JUAN DE DIOS MENDEZ, HIJO.

(*) Según nota del General A. Guzmán Blanco al Dr. Manuel T. Lander.



ANDRES AVELINO PINTO



L joven oficial que ilustró su nombre en la carrera de las armas y que tantos recuerdos ha dejado de la época de nuestras disensiones civiles, nació en ese territorio que vulgarmente era llamado los Altos de Caracas, que habitó la nación teque cuyo Cacique Guaicaipuro dio á la fama altos hechos.

En el antiguo camino que desde el sitio de las Ajuntas acomete la empinada y ríscosa cuesta que va á morir á las Lagunetas y que renace en el hondo valleco de San Pedro hasta descender á las Cocuizas, en el promedio de este segundo trayecto, decimos, hay un sitio denominado Las Lajas, con clima igual al del otoño de la zona templada y con hermosísimas vistas cual cumple á su posición en la cima de la cerranía. Ahí, es creencia general que nació Andrés Avelino Pinto, y ciertamente por esos lugares se le vio de niño, y en el indicado sitio vivió desde muchos años atrás una larga familia de labradores apellidada Pinto. La verdad es que todo el mundo mentaba á Avelino Pinto; pero al preguntar de donde era, contestábase: "De por ahí de los altos." Avelino Pinto es, pues, de los Altos, según la voz popular.

Bien joven era cuando se incorporó á las primeras fuerzas de milicia, y cierta fama gozaba ya de *muchacho alentado*, como equitador y como hombre resuelto en los peligros y fuerte en los ejercicios corporales.

Llegaron los aciagos días de la guerra y comprobó con su actividad y arrojo las dotes que se le suponían para el arte militar. Largo tiempo fue subalterno; pero al fin los informes de los Jefes, los servicios y la fama pública fueron elevándole hasta el grado de Coronel, que le concedió el Congreso.

Como tal fue nombrado para desempeñar los puestos que á su alta graduación correspondían, mayor peligro ofrecían y mayor valor y esfuerzo demandaban. Así le vemos en Coplé rigiendo una brigada de vanguardia, en Puerto Cabello como Jefe militar de la plaza, combatiendo con Zamora (acción del Palito) en Barcelona y Cumaná, como Jefe de operaciones, persiguiendo á Acosta y arrostrando incansable las penalidades de otras campañas contra Jefes aguerridos y valerosos.

En esta última, y en la pelea de la Maestranza, rindió la vida. Herido en una mano continuó con más ardor el combate, hasta que

una bala le atravesó el cráneo y cayó exánime sin proferir una queja.

Con la muerte de Pinto quedó Acosta dueño del campo, y por un rasgo de generosidad digno de todo aplauso, dispuso la conducción del cadáver a la población más próxima. Al efecto hizo preparar una hamaca en la forma acostumbrada y colocando en ella a la víctima mandó cargar con ella. Mas como observase cierta renuencia ó negativa á cumplir este servicio, llamó Acosta á uno de sus ayudantes y le dijo: tome usted por esa punta, y él levantó la otra. Al ver esta resolución todos se presentaron voluntariamente. No se contentó Acosta con dar al cadáver sepultura cristiana, sino que le hizo aquellos honores militares compatibles con las circunstancias.

Resulta pues, que Pinto fue honrado en vida por sus amigos y después de la muerte por sus enemigos: la generosa conducta del general Acosta es el mejor elogio que puede hacerse al mérito del joven batallador que sucumbió en la Maestranza, ceñido de verdes laureles, y en la plenitud de su misión.

Como hombre no se cuenta de Pinto ninguna acción indigna, y al favor de las simpatías que despertaba su persona, halló buena acogida en todos los círculos políticos y sociales.

Cubra el césped florido el pedazo de tierra que guarda los restos de Andrés Avelino Pinto é inscribase su nombre en los anales patrios.

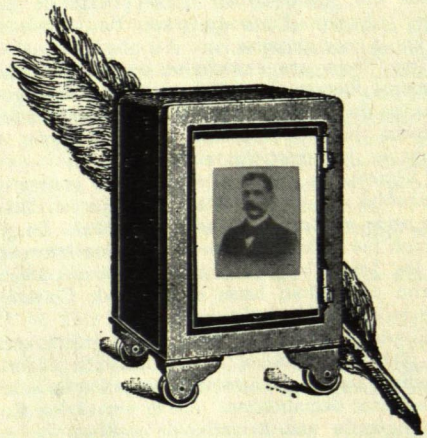
GENERAL HIPOLITO ACOSTA

El artículo que va á continuación de estas líneas, relativo al general Acosta, fue escrito por nuestro amigo el señor F. de Sales Pérez el año 1890, en días en que el jefe de la policía era reemplazado.

Actualmente ocupa otra vez aquel puesto el general Acosta y apenas sería necesario ratificar los conceptos de Sales Pérez y del público, en cuanto á la habilidad y á los rectos procederes del jefe policial, cuyas condiciones para el desempeño de su encargo garantizan la tranquilidad y el orden en la ciudad.

SEMBLANZAS DE MI TIEMPO

HIPOLITO



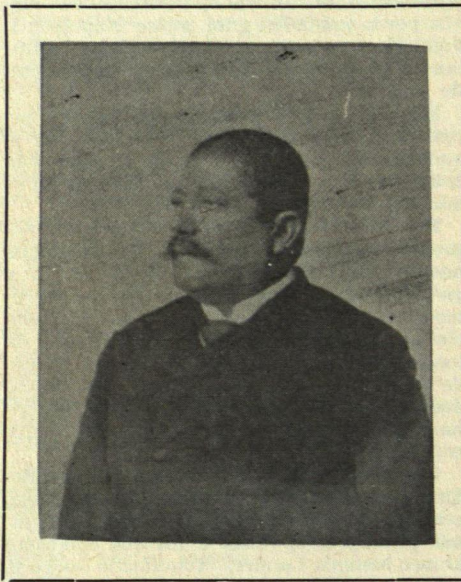
Nadie conoce por otro nombre al General Hipólito Acosta, Jefe de la policía de Caracas desde 1870, y oficial subalterno desde mucho antes.

No creo que haya en el país un empleado que cumpla mejor su deber, ni otro hombre que le aventaje en astucia para el difícil empleo que ha ejercido.

No es amigo ni enemigo de nadie: cada ciudadano ó ciudadana es para él un número de la gran cifra de la población,—algunos de esos números tienen una crucecita arriba y otros la tienen abajo. El solamente entiende esos jeroglíficos.

Hipólito no habla nunca, no hace más que ver y oír; en cambio tiene una memoria privilegiada y un olfato de perro cazador. Nadie encuentra las huellas de un crimen más pronto que él.

Si hubiera nacido en Francia habría llegado á la categoría de Mr. Macé; aquí no



GENERAL HIPOLITO ACOSTA

ha podido ser más que Hipólito; y por premio de sus servicios, lo han destituido, porque el Gobierno ha entrado en nuevos rumbos políticos.

Los antiguos servidores son sospechosos: la lealtad al deber no es título valioso: lo que vale es una protesta vil de adhesión personal, aunque sea mentira.

Hipólito ha sido un centinela que ha velado veinte años para que la ciudad duerma tranquila.

Ha sido una máquina, siempre armada, para pillar á los criminales.

Pero, como las trampas dispuestas para coger ratones, cojen también á todo animal que toca el resorte, sucedió que Hipólito no sólo encarcelaba á los pendencieros, á los borrachos pobres y á los ladrones (rateros, se entiende), sino también á los conspiradores llamados por el Gobierno *enemigos del reposo público ó del orden social*, por más que á veces hayan sido enemigos del reposo sepulcral ó del desorden público.

En un país donde el escenario de la política cambia con tanta frecuencia; donde se pasa tan pronto de la cárcel al Gobierno, como del Gobierno á la cárcel; apenas hay hombre público que no haya caído alguna vez bajo la mano de Hipólito.

De ahí viene que su nombre causará pavor á muchas gentes.

Pero yo voy á probar que Hipólito es un excelente sujeto, digno de que se le recuerde con gratitud y no con enojo.

Jamás dio señales de ejecutar con placer una orden de prisión, ni lo hizo con dureza: al contrario; disimulaba la inflexibilidad de su deber con la cultura de sus maneras: dulcificaba su amarga misión con una sonrisa llena de rubor y de benevolencia.

Veamos un caso práctico.

Recibió orden de prender á un sujeto, que llamaremos don Vicente, para la claridad del diálogo, como podríamos llamarlo don Valentín ó don Ramón.

Hipólito lo dejó almorzar tranquilamente en el seno de su familia y dormir la siesta.

A la hora de salir á sus quehaceres ó á sus andenes, se situó en la esquina de *Sociedad* por donde acostumbraba pasar don Vicente.

Al divisarlo se dirigió á su encuentro con la calma propia de quien camina sin ningún interés.

Llegado frente á don Vicente, lo saludó, descubriéndose cortesmente y le dijo en tono afectuoso.

—Me alegro mucho de verlo con salud....

—Gracias, mi querido Hipólito—contestó don Vicente sonriendo.

—Y aprovecho la ocasión—añadió Hipólito—para decirle que el Gobernador me encargó que, si me encontraba con usted, por casualidad, le dijera que le hiciera el favor de pasar por allá.

Don Vicente palideció, y se quedó viendo á Hipólito para descubrir la significación de aquel recado, como quien pretende ver una sardina en el fondo del mar, y luego, tartamudeando, contestó.

—Dígale al Gobernador que pasaré luego por su despacho.

—Está muy bien—dijo Hipólito, como si estuviese conforme con la respuesta, y después de una pausa, que atormentó á don Vicente más que un cañonazo, añadió:

—Pero, me parece que es para un asunto urgente, porque me ordenó también que, si me encontraba con usted, lo acompañara.....

—Entonces.....? preguntó don Vicente, más pálido que la pared del frente—quiere decir que voy preso?

—No señor—tartamudeó Hipólito á su vez, —preso nó.....lo que está usted es citado por el Gobernador.

—Pues vamos!—dijo el preso con un tono endemoniado, y siguieron juntos.

Hipólito, siempre cortés, le dio la acera. Cualquiera habría podido pensar que era para llevarlo entre la espada y la pared, como dice el refrán; pero yo respondo de que fue pura galantería.

Don Vicente preguntaba á su acompañante para qué le llamaría el Gobernador, pero el otro no sabía el objeto ni cosa ninguna.

Cuando llegaron á la esquina de San Francisco, hizo don Vicente ademán de cruzar hacia la Plaza Bolívar, lugar de la Gobernación, pero Hipólito se le atravesó dulcemente, y le dijo:

—No es por aquí por donde debemos ir, sino para abajo.

—Pues, no dijo usted que el Gobernador quería verme? replicó don Vicente, abriendo los ojos como asombrado.

—Sí, señor, pero él no está en la Gobernación sino allá abajo.

—Y donde es *allá abajo*?—dijo don Vicente, cambiando en cólera su asombro.

Hipólito se puso rojo como un camarón; todo el rubor de su alma le salió á la cara; pero no pronunciaba por nada de esta vida la palabra pavorosa, (*la Rotunda*) sino le decía suavemente—sigamos por aquí *para abajo*:

La pareja siguió su marcha hacia el Sur.

Soriano, que estaba en la puerta de su joyería, abrió un palmo de boca al ver venir á don Vicente, pero al encontrarse con un relámpago de los grandes ojos de Hipólito, se cambió en espanto su admiración y dejó caer la sortija que estaba limpiando.

Al llegar á la puerta de la Rotunda, Hipólito se detuvo, se quitó el sombrero, y con un gesto que indicaba contrariedad dijo á su compañero.

—Si usted gusta, pase adelante.

Don Vicente atravesó el fatídico umbral apretando los labios como para contener una imprecación.

Hipólito hizo una señal al carcelero y luego dijo al preso.

—Si usted quiere mandar algún recado á su familia, estoy á sus órdenes.

Don Vicente le suplicó llevar á su señora su bastón con pufio de oro y una cartera repleta de billetes de Banco.

Hipólito, que es digno de esa confianza, le ofreció cumplir el encargo y se retiró asegurándole que *aquello* sería por muy pocos días.

Así cumplía aquel hombre su ingrata misión: jamás un ultraje, jamás una violencia.

La puerta de hierro giró sobre sus ejes y un desgraciado más penetró en aquel sitio frío y pavoroso, destinado por la fatalidad á ser mansión del crimen y de la virtud al propio tiempo.

Entre tanto Hipólito iba tranquilamente

preparando un lance igual, y esperando el próximo día de llevar al Gobernador por orden de don Vicente.

Estaba tan acostumbrado á los cambios de la fortuna!

Para él todo era lo mismo: obediente como una máquina, no tenía que ver quien era el que tocaba el resorte, ni sobre quién caía el disparo.—Hacía su oficio, y dejaba la responsabilidad á los superiores.

Yo no he querido hacer la defensa de un hombre caído, sino pintar un carácter sin olvidar el respeto debido al hombre y á la verdad.

Pero me ocurre preguntar:

¿Puede reemplazarse á un hombre como Hipólito Acosta?

¿La perspicacia natural y los conocimientos adquiridos en veinte años de Jefe de la policía, pueden ser despreciados por un gobierno sensato?

¿Las reacciones políticas tienen algo que hacer con la seguridad pública?

Los ladrones nocturnos están muy alegres con la caída de las estatuas. Pronto comenzarán á correr sobre los tejados y á forzar cerraduras.

Por eso gritan duro ¡Abajo el tirano!

El tirano es Hipólito!

Cuando muere el gato, los ratones hacen el gasto del velorio con mucho gusto.

F. DE SALES PEREZ.

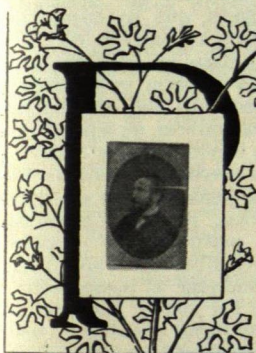
Caracas: 1890.



GRUPO DE SOCIOS DEL "CARACAS CRICKET CLUB"

ESPAÑA

MISCELÁNEA LITERARIA, CIENTÍFICA Y ARTÍSTICA



ÉREZ Galdós ha publicado otra novela. Son ya muchas las que forman su repertorio. Después de los éxitos que esmaltan su carrera literaria, siendo notorio que hace años le dan sus libros honra y provecho, parece imposible tanta laboriosidad. El entusiasta patriota, autor de los *Episodios nacionales*, muestra, en lo de trabajar mucho, no ser muy español. Si como trabaja Galdós, trabajarán otros novelistas nuestros, que valen tanto como él, y si el favor que á Galdós dispensa el público, comprándole sus libros, lo dispensara á esos novelistas, otro sería, para autores y editores, el negocio de libros en España.

Nazarín es el título de la nueva novela: ella no desmerece de las publicadas por el mismo autor estos últimos años, y aventaja

á no pocas suyas consideradas buenas. La prensa periódica de Madrid, al hablar de *Nazarín*, no se muestra esquiva para con el señor Galdós, pero no le tributa los elogios que, en otras ocasiones, le ha prodigado. Aquel prólogo puesto en su último drama: *Los condenados*, en donde se revuelve airado contra críticos, periodistas y revisteros de teatro, hábale, como suele decirse, de salirle á la cara. La nueva novela es buena: si no lo fuera, en vez de la cortés frialdad de ahora, estaríamos en presencia de acometidas terribles, parecidas á las que hubo de sufrir, quizá injustamente, Clarín por su drama: *Teresa*.

En *Nazarín* ha querido Galdós representarnos, en escenas de la vida real, el escepticismo que va cundiendo entre los espíritus superiores, no desvanecidos por el halago de la gloria y el bienestar material, acerca las grandezas de la civilización moderna. Ni la filosofía, ni la bella literatura, ni el arte, ni los progresos de la ciencia aplicada á la industria, muestran traza de procurar el bienestar moral y material del individuo ni de la colectividad. El pobre sacerdote ideado por Galdós, confinado en su pobre aldea, olvidado de todos, sin desear nada, sin quejarse de las injusticias de que es víctima, reduciéndose á una existencia completamente pasiva, puede encarnar la transformación que, como predicán

los filósofos pesimistas, se ha de operar en la humanidad que raciocina y siente la vida.

*

Tenemos un nuevo libro del señor Menéndez y Pelayo. Es el segundo de la serie que con el título de: *Estudios de crítica literaria* el eximio escritor ha empezado á publicar este año. No he tenido ocasión de leerlo, pero, tratándose de una obra del autor de: *Los heterodoxos*, bien puede hablarse, como vulgarmente se dice, de memoria, y decir que son merecidísimos los elogios que de la nueva producción hacen nuestros periódicos. *Clarín*, en *El Imparcial* ha publicado un artículo encomiástico: en él, después de detallar las materias en que se ocupa Menéndez y Pelayo en sus estudios críticos, dice que en ellos todo es sustancia, fuerza, salud intelectual y serenidad olímpica. Otro tanto podía decir del nuevo tomo de la *Antología de los poetas líricos castellanos* que publicó el señor Menéndez y Pelayo á principios del año actual. Prodigios de erudición y de elevada crítica son las monografías de nuestros poetas del siglo XV, y es también admirable el estudio de la literatura española en aquellos tiempos, con que termina el tomo. El ilustre académico colabora al mismo tiempo en nuestras principales Revistas literarias. En la *España moderna* publica una traducción de Fernando Volff, alemán, sobre la literatura española y portuguesa, cu-



FERROCARRIL DE LA CEIBA A SABANA DE MENDOZA

yo texto mejora por medio de notas, muy curiosas y oportunas. En el extranjero, hace tiempo que se tributa al señor Menéndez y Pelayo la atención merecida. *La Revue de Deux Mondes*, publicó ha pocos meses un notable artículo del reputado crítico T. de Wyzewa, en el que, examinando el movimiento literario de España—poco conocido en Francia según el mismo autor confiesa,—se dice de Menéndez y Pelayo: “Es, sin disputa, el maestro de la crítica: católicos y librepensadores, conservadores y revolucionarios, todos los escritores españoles veneran sus juicios y le rinden homenaje. Ejerce en su patria una verdadera soberanía, de la cual usa él, para mantener y fortalecer en las almas el sentimiento nacional. En él, sobre todo, recae el honor de este desarrollo que ha tomado en España la historia literaria, desde hace unos años. Trabajador infatigable, de una erudición muy firme y extensísima, ha dado mayor impulso que nadie á este movimiento de investigación, estimulándole con su ejemplo y con sus consejos.

*

D. Juan Valera, el literato más genial que actualmente tiene España, el de aptitudes más sugestivas para cuantos piensan y sienten con delicadeza, ha vuelto á Madrid desde Viena, en cuya corte ha representado, durante dos años, como diplomático, á nuestro gobierno, y como hombre de letras, á la superior cultura de su patria. Con su regreso coincide la publicación de un nuevo libro, atractivo como todos los suyos, un lindo tomito de bolsillo que contiene dos cuentos, á cual más ameno y entretenido. Ti-

túlase el uno: *El hechicero*, y *El Bermegino prehistórico ó las salamandras azules* el otro. El primero, es una leyenda del género romántico, arreglo, como confiesa el mismo autor, de una de esas tradiciones tan comunes en las comarcas rurales del norte de Europa, y que él describe con su peculiar estilo, rodeándola de un ambiente de naturalidad y sencillez y engalanada con arte y distinción supremos. No aparecen muy pronunciados en este trabajo aquellos rasgos de humorismo y acerada burla que distinguen á los del señor Valera, de algún tiempo á esta parte.

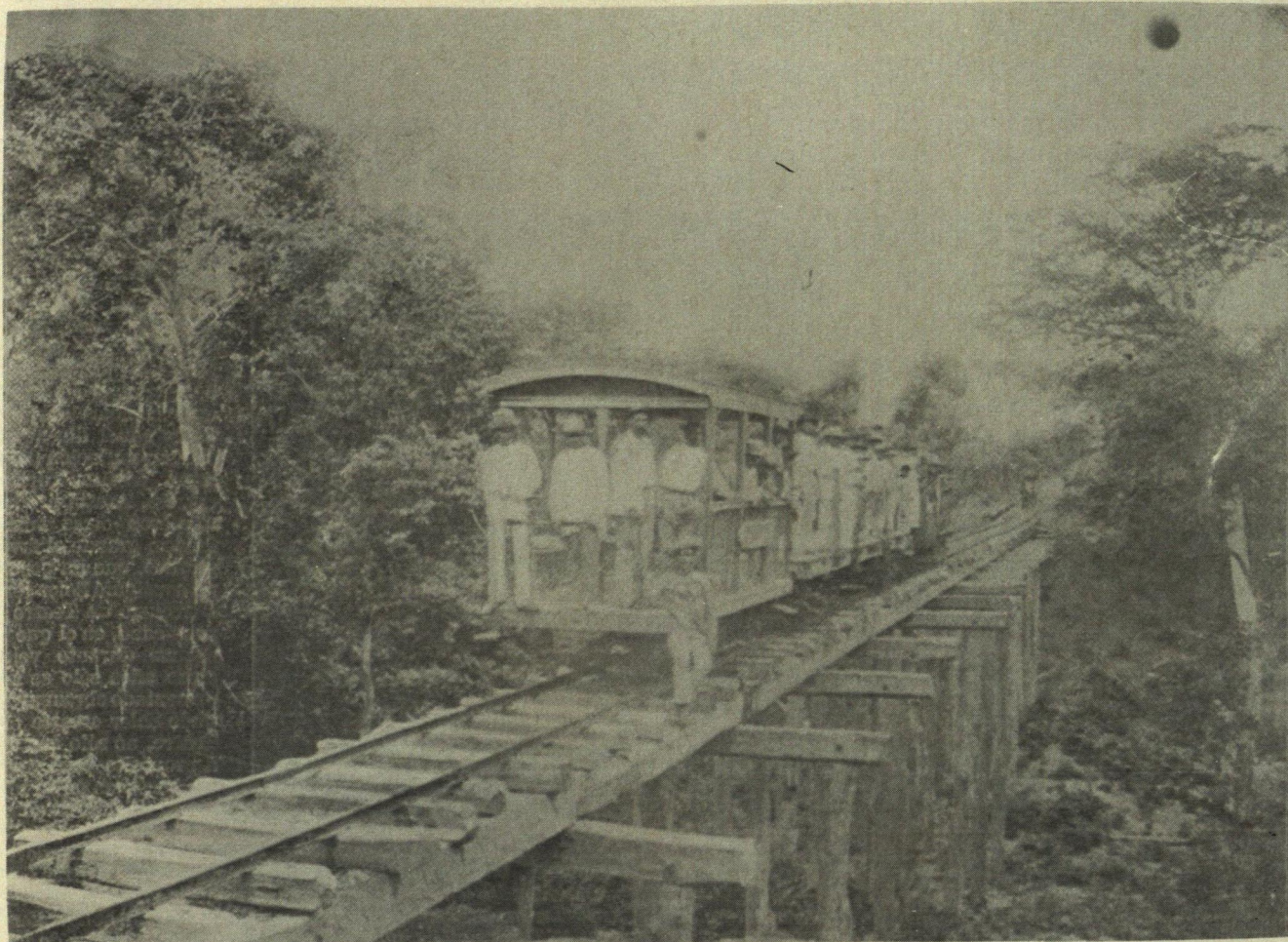
No puede decirse tal del otro cuento que contiene el libro. *El Bermegino prehistórico*, revela desde las primeras páginas, la tendencia del autor á la sátira fina, suave, correcta pero penetrante. Así como en uno de sus cuentos publicados no hace mucho, se burla de los espiritistas, en otro de la filosofía krausista, y en otro, de los moralistas exagerados, en el de ahora, se ríe donosamente de los aficionados á la filológica prehistórica, ó sea á la que se refiere al estudio de los primitivos idiomas y civilizaciones. Toma por su cuenta las últimas teorías de los sabios acerca los orígenes de la humana cultura: según esos sabios, ya no vino la civilización de Oriente á Occidente, como hasta ahora nos habían dicho, sino de aquella Atlántida que tragó el océano y de allí pasó á Europa, singularmente á Iberia y á la Galia, que hace cuatro mil años eran emporios de riqueza y de cultura, y decayeron después, no se sabe porqué, hasta que de nuevo nos civilizaron fenicios, griegos y romanos.

Esto sentado, nos dice el señor Valera que

un su amigo, D. Juan Fresco, émulo de Champollion, Grotfend, Operet y otros ilustres, ha encontrado en una cueva prehistórica de Andalucía, inscripciones ibéricas primitivas y las ha descifrado, “como aquellos otros sabios, los hieroglíficos, la escritura cuneiforme y demás reconditeces.” Y le ha traducido D. Juan Fresco la historia de Mutiledor y Echoloria, dos amantes de pura raza ibera, rubios y fornidos que pasan por varias vicisitudes hasta que se encuentran en Jerusalem adscritos al servicio de Salomón—pues la escena pasa en los tiempos de este rey bíblico.—La historia no es larga ni tiene nada de inverosímil: hay en ella rasgos típicos de las costumbres de aquella época, trazados con un desembarazo y donosura, que constituyen un verdadero encanto literario. Hay además pensamientos originales sobre crítica histórica, filosofía y moral expresados con gran naturalidad y sencillez. Nótase en este nuevo libro de Valera, marcada tendencia á concretar el pensamiento y decir las cosas con las menos palabras posibles, que es hoy el signo peculiar de todos los buenos escritores llegados á la plenitud de sus facultades, sin haberse indicado en ellas la decadencia.

*

Continuando mis breves observaciones acerca los discursos de recepción leídos últimamente en nuestras Academias, he de hablar hoy del que, con el título: “*De las evoluciones sociales y los métodos en política*,” presentó el señor Isern en el acto de ser admitido miembro de la Academia de ciencias morales y políticas. Este señor pertenece á



FERROCARRIL DE LA CEIBA Á SABANA DE MENDOZA — EL ZULIA

la escuela filosófica de los católicos transigentes con las modernas instituciones, si quiera las acepten como un mal menor. El discurso á que me refiero aparece calcado en la doctrina que el señor Pidal, jefe de esa escuela en España, sostiene y propala por medio de la palabra y de la pluma, siempre elocuentemente, en cuantas ocasiones se le presentan. Opina el señor Isern que las evoluciones en el régimen de los pueblos, están sujetas al desarrollo de principios preestablecidos: los hechos independientes de estos principios—de los que él considera buenos y verdaderos—influyen bien poco: relaciona la moral con la política, y todo lo que se aparta de la primera, no tiene eficacia racional.

Aferrado al dogmatismo, propio de su escuela, no admite moral fuera de la que él cree buena, y esto le lleva á cierta estrechez de criterio que le impide moverse desembarazadamente al explicar el fenómeno de la evolución social.

En este desdén por el estudio filosófico de los hechos, poniendo sobre ellos, sistemáticamente, la excelsitud de los principios, se basa el estudio del señor Isern. Lo más que concede á la investigación de los sucesos que determinan el desarrollo de las sociedades, es que ellos pueden servir para completar la ciencia política en su aspecto deductivo, es decir, para la mejor aplicación de los grandes principios en que han de obedecer las decisiones de los gobiernos. Esto no obstante, el señor Isern, al preconizar la necesidad del método de observación aplicado á la política sobre la base de principios inmutables, al estudiar detenidamente lo que ha dicho Aristóteles acerca la constitución de las sociedades, y lo que se lee en nues-

tros antiguos escritores, muestra ya un criterio más amplio que realza alardeando de una erudición nada común y de una corrección de estilo y precisión de lenguaje admirables.

El discurso termina, como acostumbra ahora todas las disertaciones de nuestros modernos escolásticos: con un elogio del sabio Cardenal Ceferino González. Ya no es bastante, por lo visto, presentarnos á esta eminencia, que España ha recientemente perdido, como un gran filósofo: era necesario decir, como lo ha hecho el señor Isern, que el padre Ceferino tenía también todas las cualidades de un gran político, y que en ocasión oportuna habría gobernado á España, como la gobernó el Cardenal Cisneros. Lo primero que necesita hoy el hombre político es una gran fuerza de observación y una gran experiencia de los hombres y de las cosas, y el padre Ceferino, austero y sencillo por carácter, nunca estuvo en camino de alcanzar una y otra.

Contestó á este discurso el señor Pidal, y vimos una vez más al hombre fogoso y apasionado, sincero y elocuente: como el señor Isern es periodista, alabó á la clase, pero á su manera: para el señor Pidal no hay prensa periódica aceptable fuera de la de su escuela: tanto extremó su entusiasmo en este punto, que llegó á sostener la conveniencia de que el periodismo se eleve á orden religiosa, en la que sólo se pueda ingresar previa iniciación y sea de ella expulsado quien falte al dogma y á la disciplina.

¡Sólo esto le faltaría á la Iglesia en sus ya múltiples tribulaciones que le causan las pasiones políticas!

En la Academia de la Historia hubo la recepción del señor Ascencio: el discurso de este señor, versó sobre Colón; impúgnanse en él los principales cargos que se han dirigido contra el célebre navegante en todos tiempos y muy especialmente, en las conferencias públicas del Ateneo de Madrid hace tres años, cuando las fiestas del Centenario del descubrimiento de América. Es un trabajo más de un entusiasta fervoroso de Colón, que de un crítico imparcial. Bien es verdad que acerca de Colón se ha escrito tanto, se ha investigado tanto que ya todo el mundo considera temerario exigir en quien hable de él que diga cosa nueva. El discurso del señor Ascencio, si quiera sea una recopilación y una refutación de cuanto se ha dicho contra el navegante genovés, hecha la primera con gran exactitud y la segunda con argumentos y datos nuevos, tiene valor positivo, y, si se hubiese leído y publicado hace tres años, habría llamado la pública atención mucho más que lo ha hecho ahora.

*

Cuantos conocen siquiera superficialmente, la historia del moderno desenvolvimiento intelectual de España, no ignoran, que desde mediados del presente siglo, se desarrollan aquí dos literaturas en diferentes idiomas, y, podría añadir, dos facies del arte en general con distintas determinaciones y opuestas tendencias. Refiérome al movimiento literario y artístico de la región catalana, en noble emulación con el resto de España. Las diferencias entre ambos movimientos, se basan principalmente en razones de carácter étnico, en la historia, en las costumbres, antigua legislación y, sobre todo, en la lengua de esas dos grandes porciones del territorio ibérico. No es este sitio apropiado para



HOSPITAL Y CAPILLA DEL CARMEN — CUCUTA

ahondar en consideraciones acerca el nacimiento, ó mejor dicho, renacimiento del arte y de la literatura peculiares de la región catalana. Baste decir que en el idioma que escribiera Ausias March, Descot y Muntaner, en los siglos medios y durante el Renacimiento, y que cayó en desuso desde el siglo XVII, hasta el punto que en los comienzos del presente, ya nada se escribía destinado á la publicidad, escriben hoy enalteciendo á España muchísimos ingenios, cuyas obras se ven traducidas y elogiadas en el extranjero. En la novela y en la poesía épica, en la lírica y especialmente en la dramática en todas sus faces, de veinte y cinco años á esta parte aparecen, escritas en idioma catalán, obras tanto ó más importantes y quizás en mayor número que las en este mismo período de tiempo, publicadas en castellano. Oller en la novela; Verdaguer y Baró en el poema descriptivo; Dámaso Calvet en la épica; Balaguer y Guimerá en la tragedia; Vidal y Valenciano y Federico Soler y muchos otros en la dramática y en la comedia, lo evidencian cumplidamente.

El fallecimiento de este último poeta, ocurrido en Barcelona en los primeros días del corriente mes, ha dado ocasión á toda la prensa periódica española para hablar del carácter é importancia del teatro catalán, del cual el señor Soler es considerado fundador genuino representante. Soler era un poeta espontáneo, fácil, de una imaginación exuberante y gran conocedor de los recursos escénicos y efectos teatrales que seducen y atraen á la multitud. Como casi todos los genios innovadores, se formó solo. Hijo de padres pobres y huérfano á los ocho años, no recibió más instrucción que la primaria, y, obligado á trabajar para vivir, aprendió el oficio de relojero que ejerció hasta algunos años después, siendo ya popularísimo como poeta y escritor dramático.

Empezó á escribir para el público en 1862, unas piezas cómicas en un acto y en idioma catalán vulgar pero no chocarrero: firmaba con el pseudónimo: *Serafi Pitarra*, con el cual se le ha designado, más que por su

verdadero nombre, hasta su muerte. Gustaba en esta clase de trabajos, parodiar los dramas entonces más en boga. Lo hacía con tanto arte, con tanta vis cómica como nadie lo ha hecho hasta ahora.

Soler, como todos los escritores y poetas de aquel tiempo, habíase educado en láleitura de las obras de la escuela romántica, era entusiasta de esta escuela; pero afanoso de abrirse paso y amante apasionado del halago popular, vio en las creaciones de sus guías y maestros, materia apropiada para atraer al público al teatro, en una población como Barcelona, ávida siempre de novedades. Parodió, pues, con el título de: *El Cantador*, *El Trovador* de García Gutiérrez: con el de *La Venganza de la Tona*, *La Venganza catalana* del mismo autor: con el de *La Esquella de la Torrada*, *La Campana de Almudaina* del escritor mallorquín Palou y Coll muy popular entonces: con el de: *Ous del dia*, *Flor de un dia* de Camprodon, y con nombres que ya no recuerdo *La Vaquera de la Finojosa*, *El loco de la guardilla*, *Don Juan Tenorio* y otros. También escribió operetas bufas regocijadísimas, parodiando escenas del *Faust*, *El Profeta* y otras conocidas óperas. En pocos años, adquirió grandísima popularidad en Cataluña.

Los mantenedores del arte clásico catalán, muy especialmente los poetas de los juegos florales, censurábanle acerbamente; consideraban una profanación lo que hacía y llamábanle chabacano, histrión y pervertidor del buen gusto: Soler se defendió no con gran acierto, y viéndose vencido y quizás ofendido en su amor propio al echársele en cara que cultivaba aquel género porque no se sentía capaz de tender á mayor altura su vuelo, comprendiendo, al mismo tiempo, que el ingenio más ocurrente y feliz, llega á agotarse ante las exigencias de un público insaciable, se resolvió á emprender el opuesto camino, creando el Teatro Catalán, serio y formal que pudiera competir, no sólo con el moderno castellano, sino con el de fuera de España.

Habíale precedido hacía poco tiempo en

este intento y con gran éxito: otro poeta catalán, Vidal y Valenciano con un drama de costumbres, tendencioso como ahora decimos, y este ensayo animó á Soler á escribir en 1865. *Las joyas de la Roser*, producción admirable en cuanto á la fluidez del verso, hermosura de las imágenes y tipos de la región catalana, llenos de vida y naturalidad pero abundante en recursos, artificiosos y propios del melodrama. Ruidosísimo fue su triunfo. Doctos é indoctos pusieron á las nubes las aptitudes excepcionales de Soler, y desde aquel día quedó hecha la reputación del poeta como escritor dramático catalán. A esta producción siguieron otras muchas y fue tan grande el favor del público, que en poco tiempo consiguió Soler tener en Barcelona un Teatro de su propiedad, en el que puede decirse durante veinte y cinco años sólo se han representado obras suyas. Así pudo Soler crearse en este Teatro, no sólo sus actores, á propósito para representar las obras de su repertorio en idioma catalán, sino que también un público especial, admirador entusiasta, completamente suyo. Quizás á esto se debe que el gran dramaturgo se hubiese últimamente amanerado algo: la obligación de sujetarse á las condiciones naturales de los actores y al gusto del público de su Teatro, cohibía la espontaneidad y frescura de su genio. Esto no obstante, en su grandísima labor escénica, abarcó todos los géneros del arte: el drama romántico y el que ahora llamamos social, y hasta el religioso; la comedia de costumbres y la educativa, á todo se atrevió y siempre con éxito. Sus producciones serias, aquellas que no mueren al nacer, que quedan de repertorio, pasan de ciento. Las ligeras, inspiradas en hechos circunstanciales que sólo tienen por objeto regocijar al público, son, pudiera decirse, innumerables. Ultimamente pareció inclinado al género peculiar de Echegaray, y, como este gran dramaturgo, tenía Soler grandes triunfos y lamentables tropiezos.

Cultivó también la poesía lírica, pero no ahondó mucho en lo subjetivo. Deja publicados seis ú ocho tomos de versos inéditos, y un poema titulado: *Las alas negras*, en el que, según se dice, revela mejores disposiciones para este género de poesía que en otros trabajos de índole igual ya publicados. En el género poético descriptivo, es donde aparece Soler más afortunado. Quiso un día demostrar—y lo consiguió—á los poetas de los Juegos florales valer tanto como ellos, y en el certamen del año 1875, presentó cinco ó seis composiciones hermosísimas que los severos jurados premiaron, no sospechando siquiera fuesen de *Pitarra*, del mismo que tanto se había burlado de aquella institución. Cuando al abrir los pliegos que contenían el nombre del autor de dichas composiciones apareció el de nuestro poeta, el asombro fue general. Habiendo obtenido Soler los cuatro premios reglamentarios fue proclamado *mestre en gay saber*, es decir: maestro en ciencia amena ó bellas letras. Quisiera tener espacio en esta Revista para continuar aquí la traducción de la hermosa poesía: *Los companys de Sertori* (Los compañeros de Sertorio) por la que le fue adjudicada la englantina 6.

bellota de oro, destinada á premiar la mejor composición poética que loe un hecho memorable para la patria catalana. Soler describe en magistrales versos la conmovedora escena de aquellos soldados de una legión romana reclutada en la costa del Mediterráneo, que se dieron la muerte no queriendo sobrevivir al dolor que les causó la pérdida del capitán Sertorio, asesinado por Perpena.

Soler fue uno de nuestros poetas dramáticos que más ha gozado del favor del público. Gustaba del aplauso, y bien pudo saciarse durante los treinta años que diariamente le tributaba el público de su teatro. Mereció también honores de carácter oficial, entre ellos, el que más le enaltece, es el premio de cinco mil pesetas ofrecido en el año 1888 por la Reina Regente, al mejor drama que se hubiese estrenado en España en el año anterior y á juicio de la Real Academia de la lengua castellana. La docta Corporación, por unanimidad resolvió ser el único digno de esta distinción el drama *Batalla de reynas*, escrito en idioma catalán por Federico Soler. Este suceso tuvo gran resonancia en España, pues significaba el reconocimiento oficial de la lengua y literatura catalanas y, sobre todo, del Teatro Catalán, acogido hasta entonces con gran prevención en Madrid. Los admiradores del poeta costearon, por suscripción, una medalla conmemorativa de la que sólo se acuñaron tres ejemplares en oro: una para la Reina Regente, otra para la Academia y otra para el dramaturgo premiado.

Ha muerto relativamente joven á los cincuenta y siete años; su entierro ha sido una grandiosa manifestación de duelo hecha por el pueblo de Barcelona, á la que se asociaron todas las autoridades, incluso el capitán general. Se le puso por mortaja la antigua bandera de Cataluña—gualda con las cuatro barras rojas—y el Ayuntamiento acordó que se le sepultara en el panteón de catalanes ilustres. Soler, en política era, como catalán, regionalista, y como español republicano moderado. Castelar, que le quería mucho, al saber su muerte envió á los periódicos de Barcelona el siguiente telegrama:

“Llore la muerte del glorioso poeta con Cataluña y España entera. Mi pésame á la poesía catalana, tan querida de todos. *Pitarra* mostró, cómo el amor á la natal región, se compadece con el amor á la patria toda, cual se compadece también el amor á la familia particular, con el amor á la nación y á la humanidad eternas. Genios así parecen querubenes manteniendo sobre sus alas de fuego el intangible tabernáculo de nuestra unidad nacional.”

Digamos algo acerca del arte en España. Clausuróse, ha pocos días, la Exposición nacional de pintura, escultura y grabado que, cada cuatro años, se celebra en Madrid en el palacio de Bellas artes, y suele ser un acontecimiento. No lo ha sido ahora. Sea porque los Pradilla, Villegas Domingo, Palmaroli, Vera, Luna, Muñoz, Degrain y otros, considerados dioses mayores del arte pictórico, no han acudido al llamamiento, sea porque no se ha presentado al certamen ninguna obra de las que en los anteriores atraían

minados los que dicen que se impone en este punto una saludable reacción, si no se quiere fomentar el mal gusto en materia de arte y obligar á que se aleje de estos certámenes todo pintor ya hecho y que estimen en algo la dignidad del arte. Pero más que todo eso, al fracaso de la Exposición que acaba de cerrarse ha contribuido el poco acierto en la designación de las obras premiadas: ha enaltecido con su veredicto el Jurado, á cuadros visiblemente deficientes y ha pasado silenciosamente otros que el voto

universal consideraba merecedores de premio.

En cuanto á la tendencia de escuela dominante en las obras de esta Exposición, poco puede decirse. Los innovadores que tanto ruido hacen actualmente en París y Barcelona, los naturalistas, veristas, impresionistas, simbolistas y decadentistas—de los cuales he de hablar otro día—apenas han tenido en ella representación. Los más de nuestros jóvenes expositores son discípulos ó imitadores de los maestros que han figurado y figuran en España, de treinta años á esta parte; por consiguiente, domina la nota realmente española, asunto sencillo en los cuadros de figura, el paisaje plácido y sereno, el retrato clásico, y, todo de brillante colorido, exagerado unas veces y otras convencional, á la manera del cuadro viejo de Museo. Hánse presentado pocos asuntos de historia que tan en moda estuvieron años atrás, y aún de los presentados no hay ninguno bueno. Algunas escenas de la vida real moderna, presentadas con arte y buen gusto, ha sido lo mejor de la Exposición.

De este género pueden citarse con elogio los cuadros de Bilbao, Plá, Sovolla, Cutanda, Egrauer y algún otro. Ha habido pocas obras de carácter religioso. La escuela neo-mística que tiene en Barcelona peculiar representación y hasta una Academia, no influye todavía en el resto de España. El mejor cuadro de este género que he visto en la Exposición de Madrid, es la *Coronación de la Virgen* que no tiene otro defecto que cierta timidez en la factura. Un suceso que puedo llamar fausto hay que señalar en la crónica de esta Exposición: apenas se ven cuadros representando chulos, manolas y toreros. Es un progreso no sólo para el arte sino para la mejora de nuestras costumbres.

J. GÜELL Y MERCADER.

Madrid: 7 de julio de 1895.

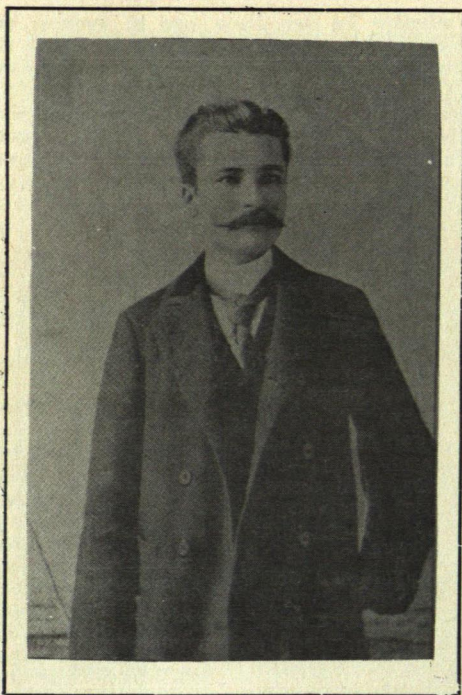


EL ORÁCULO. — CUADRO DE PATTEIN

tanto las miradas de la crítica ilustrada como la atención del vulgo indocto, es lo cierto que el certamen ha pasado poco menos que inadvertido para la mayoría de las gentes. En los periódicos de Madrid y en los principales de provincias, aparecían en otras ocasiones concienzudos trabajos críticos, en la mayor parte de los cuales tenían mucho que aprender los artistas y cuantos, sin serlo, desean educar el sentido de lo bello. Los más renombrados críticos de arte no han escrito esta vez ni una palabra acerca la Exposición.

La causa de esta indiferencia estriba en que, desde el día de apertura, se dijo, quizás con discutible exactitud, que la Exposición resultaba menos que mediana, y aún pareció á muchos de buen tono hablar mal de ella, con un apasionamiento y exageración verdaderamente pueriles. Hubo razón en cuanto se dijo contra la longanimidad del jurado en admitir los mil docientos cuadros que se presentaron, los más de ellos, no de pintores de profesión sino de aficionados y aún de aficionadas: quizás no van desca-





MANUEL GUADALAJARA

Existencia que se desliza apacible entre los tesoros de su virtud y las armonías de su genio.

Cortesano rendido á los ideales del arte.

Vive, al parecer, en los polos de la humana actividad: entre el rigor matemático de los guarismos y la combinación de notas en el pentagrama musical.

Alma encendida en los misterios de la estética, avanza escoltado por las legiones de la fama; perdurable por justa y justa por merecida.

Llévala atada á su nombre por el lazo de la suficiencia, y la deidad, al acariciar por sus altas dotes al intérprete habilísimo de los grandes maestros en la armonía de los sonidos, corona con promesas de gloria las delicadas inclinaciones del compositor.

El nombre de Manuel Guadalupe se ha hecho consustancial con el instrumento á que debe celebridad.

Al recordar al hombre ó pronunciar las cifras del artista, salta á la mente su efígie ataviada con la flauta, símbolo de sus triunfos.

En muchas de las fiestas del bien que Caracas suele celebrar con los encantos de la esplendidez, forman número de preciadas galas las notas de aquella flauta de oro, emblema muy simpático del éxito.

Distínguese Guadalupe por la sencillez y la discreción.

Posee la modestia en grado eminente, sin ningún esfuerzo de su parte y acaso sin comprenderlo.

Cifale palmas la prensa de Venezuela, Norte América ó Italia, él sigue impasible su ascenso guiado por un instinto prepotente que lo lleva y lo impulsa, en tanto que aprecia sólo como estímulos, cuanto en los torneos de la cultura conquista su vocación, al amparo del estudio esmerado.

En sus papeles de música, numerosos, resplandecen á la par de las notas la constancia, irisadas por la inspiración.

El vigor de su estro artístico y las prerrogativas que le guarda el porvenir medirse pueden por los antecedentes de su brillante carrera.

A quince no llegaron las lecciones que recibiera de uno de sus hermanos devoto también de Apolo, y ellas bastaron para que, á impulsos del soplo divino que un poder impalpable le infundiera, subiese y subiese

su estrella en los horizontes del arte á siderales alturas para irradiar allí serená á la contemplación de propias y extrañas gentes.

Así en Norte América saluda con notas á los compatriotas de Washington y el veredicto popular corresponde la insinuante venia de armonías con una ovación triunfal.

Acaricia sus sienes el aura popular, y sin embargo! lo persigue, como la sombra al cuerpo, la nostalgia que le ocasiona la orfandad del arte.

Y ciertamente, la flauta de Guadalupe así subyuga á las inteligencias iniciadas á fondo en los secretos del arte, como arrebatada de entusiasmo á las multitudes; y después de todo, tantas y tantas veces ha visto erguido el favoritismo apadrinando mediocridades, que á ocasiones tal reflexión ha llegado á diezmar su iniciativa.

Otra debiera ser la actitud del espíritu nacional con las personas que al favor de superiores facultades, podrían encender sucesivas aureolas de luz en la frente de Venezuela, misión esta propia del genio que siempre enaltece la tierra que lo vio nacer.

Es sensible que pueblo dotado naturalmente de grandes facultades estéticas, no haya dado con Mecenas que impulsen la sociedad á los deleites castísimos del arte.

Si Guadalupe hubiera frecuentado en Europa los salones de un Conservatorio, cierto que su estirpe artística habría entroncado con quienes en aquellos centros llevan en su alma las llamas del genio.

Toda la vida ha venido careciendo de un piano para formar sus acordes, pues no por eso ha desmayado; y al contrario, en su diligencia inagotable concibió encordar una guitarra con puros alambres delgados y graduar sus acentos marcando en la entrestadura con sílabas, los puntos del diapasón.

Si los días presentes ó el porvenir corresponden á sus altos méritos y aspiraciones, Guadalupe refrescará con hermosas flores la senda de Venezuela inmortal.

A ese artista no lo ha tentado el vicio; á ese artista débete sus respetos el gobierno, como se los otorga la sociedad, no sólo por los destellos del genio, sino también por reverencia muy justa á las divinas aureolas de la virtud.

No ha de ser eterna la noche de la justicia. Artista y joven, grandes beneficios y mayores glorias tiene derecho á esperar.

FRANCISCO DE P. REYES.

Caracas: 1º de agosto de 1895.

RITMOS

Eres ave..... mi espíritu es un árbol
Desnudo y macilento,
Cuyas hojas pusieron mi pálidas
Cuando llegó el invierno
Y volaron más tarde desprendidas
Por el soplo del cierzo.
Ya no dora la luz la escueta copa
Ni parlotear entre el ramaje el céfiro
No puedes reposar en ese árbol,
Prosigue pues tu vuelo!

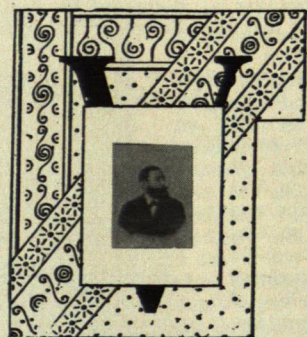
Eres rocof matinal!..... el páramo
De mi vida ¡es tan seco!
En vano intentaría tu frescura
Fertilizar su seno.
No hay un cáliz siquiera, dondes pudieras
Como diamante trémulo,
Lanzar, cuando el sol surge esplendoroso,
Sus límpidos destellos.
No intentes fecundar lo infecundable,
Almo llanto del cielo!

Eres sombra?..... pues ven: perpetua sombra
Anida en mi cerebro,
Protectora de lívidos fantasmas,
Privada de luceros.
Un astro solo luce: ¡mi imposible,
Mi divinal ensueño,
Que, temeroso de opacar sus galas,
Se emboza en el misterio.

Ven y funde tu sombra con mi sombra
Y un caos formaremos
De donde acaso Dios compadecido,
De su *fat* al eco,
Haga surgir un mundo de esperanzas,
De ventura y consuelo!

AMADO NERVO.

EL VIENTO



OY á escribir sobre el viento. Más claro: el tema de este artículo es el que indica su título. Sobre el viento vengo escribiendo desde que me ocupo en crítica de costumbres, porque todo lo que se diga en tal sentido

tiene la misma duración y los mismos efectos que lo trazado con el dedo índice en el intangible elemento que envuelve nuestros cuerpos. (Esta frase me ha salido redonda.)

El viento parece á primera vista una tontería, como que no es otra cosa que el aire en movimiento. Pero ya se sabe de qué estragos es capaz esa tontería; y si se la mira por el reverso se descubre que también es capaz de muchas cosas buenas.

Uno de tantos, individuo en quien la naturaleza se venga de las violencias de los hombres dándole un adofín por nariz, dos tubérculos por ojos y una letra china por cuerpo, da en la flor de aspirar á la preferencia de cierto querubín de corsé, salero rebosado, merengue de mframe y no me toques, por quien más de cuatro andan *bebiéndose los vientos*. Pero á la chica le ha entrado por el ojo derecho el dandy de la parroquia que tiene el dón especial de peinarse como ninguno la flor de parcha y el irresistible atractivo de no tener oficio ni beneficio; y, ¿qué quieren ustedes? no hay medio de que á ella le parezca cosa aceptable la escritura china. Al cabo encuentra el feote una coyuntura y se declara y... paf! lo despachan muy bien acompañado, tanto que no puede ni acalorarse, porque lo despiden *con viento fresco*. Pronto queda vengado del rechazo, viendo que *juguete del viento* son las ilusiones de la ingrata, cuando la informan de que el dandy de la flor de parcha está casado con la cocinera de casa por ministerio de la ley.

Don Damián, ocioso de profesión y nulo de nacimiento, ha descubierto que quien no sirve para nada bueno, puede servir para mucho malo, y resuelve cambiar de oficio y hacerse político. Pregúntele ustedes si ha encontrado la piedra filosofal cuando lo vean boyante, y les contestará que no ha hecho más que *irse con el viento*.

Por supuesto que irse con el viento no es cosa tan fácil como parece. Esto requiere una operación previa que no está al alcance del primer don Damián que se presenta en el redondel de la política, si no media la observación atenta del *modus operandi* de los duchos en el arte. Para poder irse con el viento se necesita saber *tomar el viento*, cosa que tiene cuatro bemoles para un novicio; pero si con un poquillo de buena voluntad aprende hasta leer un ciego, cuánto más hacedero no será lo que, cuando logrado, hace que vaya el individuo *viento en popa*.

Eso sí, es preciso andar con ojo á la brújula y no subirse á mayores. Sobre todo es conveniente no olvidar que *quien siembra vientos cosecha tempestades*. Raro es el que se salva después de zozobrar en esos mares.

Ahora pregunto yo ¿qué vientos me han traído á terrenos tan resbaladizos, donde, si bien es verdad que puede ganarse tanta gloria como para ver uno llevado su nombre á los cuatro vientos por la Fama, no es menos cierto que se corre en ello el gravísimo peligro de ser alcanzado por el viento de la vanidad?

La verdad es que si no fuera por el viento no tendríamos frutos que comer ni flores que admirar. El sirve de lecho nupcial á los vegetales, cuando lleva el polen á larguísimas distancias. Pasea las nubes por el espacio para llevar el riego benéfico á los campos, y antes ha sacudido el polvo de sus plumas en la atmósfera para que en los átomos se condense el agua y se refleje el rayo azul. Viajan sobre sus alas el sonido y el aroma. Riza las olas; hace ondear los pabellones y cimbrearse las palmeras. Orea el follaje y lo estremece para que se desprenda el fruto. Extiende sobre los blancos hombros de la beldad la undosa cabellera entre cuyos rizos juguetea protestando contra las violencias de la moda. Inaugura la vida independiente en el nacimiento, visitando nuestro seno antes que la luz nuestras pupilas; y, como empieza, también sella el místico proceso de la existencia humana llevándose la vida en el último suspiro.

Es él quien nos trae el primer vagido del sér á quien transmitimos la vida y la última bendición del de quien la hubimos recibido; él, quien espera á que nuestros labios se abran para de ellos recibir la encarnación oral del pensamiento y llevarla á la cunca del oído, donde se desliza como por un laberinto, hasta confiar la transmisión de las ideas á los nervios mensajeros del cerebro; y quien tiene así entre sus funciones la muy augusta de concurrir á la forma externa de la oración, el más bello y santo ejercicio del dón de la palabra.

Malos vientos me han traído, lectores, á estas alturas de las cuales no sé como descienda. A fe que no supe como me dejé llevar de la ráfaga, y véome ahora obligado, para bajar, á abrir la válvula del globo en que hube de subir á espacios azarosos.

Y ya que hablo de viento, de globos y de alturas, me ocurre decir algo sobre la funesta propensión del viento á elevar lo que no pesa y á henchir la fatuidad. A él se debe el que ande por esos mundos tanta gente inflada y suban tanto innumerables pompas de jabón llenas de viento.

A este respecto hay que decirle al viento las cuatro verdades.

¿Por qué se presta con tanta docilidad á servir á quien no debe y consiente en que se le llame, por ejemplo, *el viento de la lisonja*? ¿Cómo se cuela el muy taimado por el tubillo del amor propio y hace crecer y crecer la pompa vana que á luego eleva con la dañada intención de hacerla estallar allá en lo alto!

¿Quién le da cartas en la política para que, al sentirle en torno, se crean los personajes rodeados del *aura popular*?

¿Quién le ha hecho senador ó diputado para

que arme de improviso *tempestades parlamentarias*?

¿Qué le va ni le viene en la lucha de los partidos para que viva desencadenando *el huracán de las pasiones*?

En todo ha de entrometerse.



LA TOSCA — CUADRO DE HAGBORG

¿Se trata de la dicha? Allí está él con los nombres de *brisa bonancible*, *aura benéfica*, *céfiro de paz*.

¿Se trata del dolor? Ahí lo tienen ustedes con otros tantos nombres.

¿Quién no ha sentido *el cierzo del desengaño*?

¿A quién no le ha alcanzado alguna vez *el ábrego de las penas*?

¿Sobre cuántos se descarga *el vendaval del infortunio*!

En lo que sí le doy la razón es en quejarse de los poetas llorones, porque lo fatigan con sus ayes, y de los no llorones porque lo tienen de aquí para allá, ora silbando, ora gimiendo, unas veces rugiendo y otras bramando y cuando no;

le hacen repetir necedades, le piden informes de si suspira ó canta la indefectible Dulcinea. Una de sus desgracias es la de tener tanto consonante en castellano, y otra la de servir de tema para un artículo que hace bostezar.

EUGENIO MENDEZ Y MENDOZA.

A LA MARIPOSA

(II)

Ya algún día te canté;
Tanto empero me enamoras,
Que por tí cuerdas sonoras
Hoy de nuevo pulsaré.

Moviendo el ala sutil
Rondas floridas praderas,
Como airosas bayaderas
Al tejer danza gentil.

Y es tanta tu agilidad,
Que tu menor movimiento
Parece que roba al viento
Su mayor movilidad.

Vas de la rosa al clavel
O del clavel á las rosas,
Como atiende á las hermosas
Fino, galante doncel.

Es tu vestido habitual
Seda de gayos colores,
Vistoso como las flores
A que hurtas su panal.

Es con tinta de pintor
Con lo que tu traje pintas,
O son tan alegres tintas
Si no de cielo, de flor?

¿Qué riqueza, qué caudal!
Exclamo cuando te miro,
Cuando luces ya zafiro,
Ya topacio, ya coral;

Ya junta sobre tu tez
Tan preciosa pedrería,
Que del prisma es á porfía
La irisada brillantez.

El febeo resplandor
En el campo de tus alas,
Hace mayores tus galas,
Si alguna tienes menor.

Y ¿si aumenta brillo tal
Lo que llamamos rocío,
Y es el más bello atavío
De aljofarado cristal?

Al verte así en el pensil,
En exclamar no demoro:
¿Se ha acrecentado el tesoro
Que dió la flora á su abril!

Tal proferí cierta vez
Que, en medio á florido prado,
Á la sazón matizado
Como el más bonito pez;

Sobre rama de abedul,
El ala extendida y quieta,
Tuve por gayá violeta
Linda mariposa azul;

La cual disipó mi error,
Burlando al par mi deseo,
Rápido revoloteo
Moviendo á mi alrededor.

Tu formas infinidad
De giros, giro tras giro,
Cual suspiro tras suspiro
Da enamorada beldad.

Insecto de ala veloz,
Rival del ave más bella,
¿Por qué te negó tu estrella
La música de la voz?

Ante tu ir y venir,
Emulando en los verjeles
A rosas, lirios, claveles,
Acabo por concluir,

Que es paleta de pintar
Con pincel de poesía,
El lujo que te atavía
Con tanto color sin par.

FERNANDO MORALES MARCA NO

CUENTO

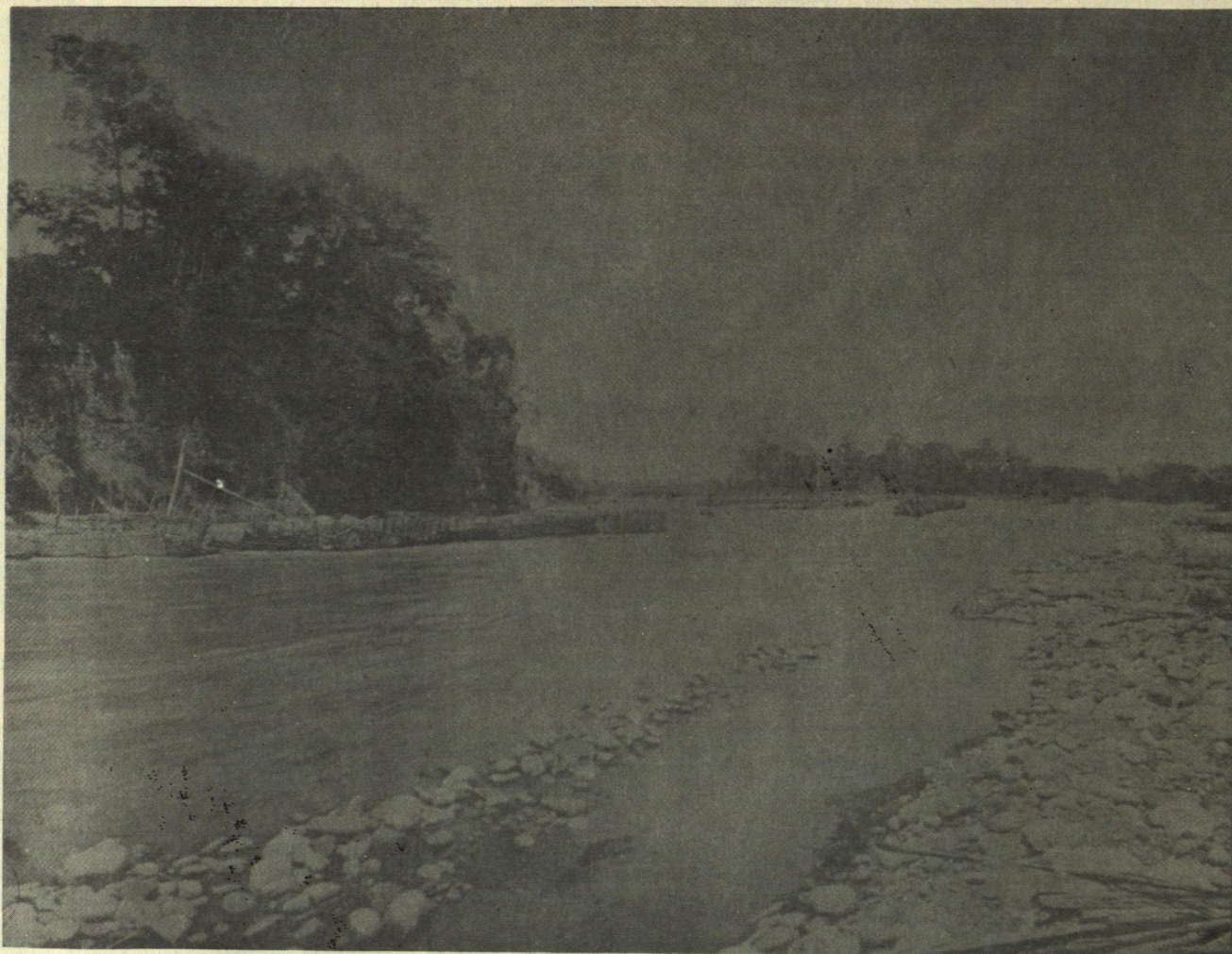
EL CORAZON DEL POETA

(POR FERNAND HAUSER)

Hace ya tiempo, mucho tiempo, la reina Juana gobernaba la Provenza y los trovadores iban por campos y ciudades cantando poemas de amor.

Uno de ellos, Arnaldo de Chateau-Neuf, pobre como el obrero más infeliz, amaía á una de las doncellas de la Reina, la hermosa princesa Laura d'Anduze.

La amaba con delirio, pero no sabía como declararle su amor.



EL RÍO CHAMA — [EL ZULIA] VENEZUELA

La había visto por primera vez en Arlès, en una corte de amor. Era reina de los juegos y ese día Arnaldo obtuvo la más preciosa recompensa, una flor y un beso de Laura.

Desde entonces, no pensaba en otra cosa que en aquel beso y en la que se lo había dado. El, destinado á correr aventuras, á ir siempre de castillo en castillo, ¿se decidiría á permanecer siempre en la misma ciudad?..... ¿Pero cómo había llegado á transformarse así? ¿Tiene el amor poder para cambiar el carácter de un hombre? Desgraciadamente sí, y en virtud de ese poder Arnaldo no se resolvía á abandonar la ciudad en que vivía Laura.

Cada mañana pasaba frente al castillo, con la esperanza de que la princesa se asomara á la ventana, pero esas esperanzas quedaban frustradas.

A veces, se quedaba horas enteras delante de la gran puerta del castillo y entonaba canciones de amor, pero las ventanas permanecían cerradas.

¿No le amaba Laura?.....—Sí, la hermosa princesa lo adoraba, pero no quería que él lo supiese. ¿Para qué? No podría casarse con él por su extrema pobreza. Por eso cerraba las ventanas, no queriendo ver ni oír al trovador.

**

Una mañana, cuando Arnaldo se dirigía al castillo de Laura, encontró á una mendiga que le pidió una limosna:

—Tengo hambre, le dijo; hace tres días que no como. Si me socorréis, Dios os lo pagará. Arnaldo buscó algunos cuartos en su alforja y se los dio, diciéndola:

—Toma, mujer infeliz: quizá yo sea más pobre que tú, pero no de dinero; por hoy

no lo necesito: viviré bien hasta mañana, con agua pura y amor.

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando la mendiga, como por arte de hechicería, se transformó en una joven de admirable belleza. Cefía sus sienes una corona de oro y sostenía un cetro en la diestra. Arnaldo la contemplaba estupefacto.

—Arnaldo, has sido bueno conmigo y quiero recompensarte en el acto. Como lo ves, soy una hada: pide lo que quieras.

—Pues bien, señora, ya que sois hada podéis hacerme un bien inestimable. Nada os pediré, porque ya os he dicho que nada necesito; pero en cambio, quitadme algo que me tortura y que me mata: quitadme el corazón, arrancádmelo del pecho, que así no sufriré tanto como ahora.....

La hechicera entreabrió los vestidos de Arnaldo, le colocó las manos sobre el pecho é inmediatamente el cantor se sintió como aliviado de un peso enorme. Ya no tenía corazón, ya no amaba.

—Oh! gracias, gracias.....

—No me lo agradezcas, Arnaldo, quizá algún día desees recuperar el corazón; llámame y te lo volveré.....

Y añadió:

—Pero acuérdate de esto: el día que vuelvas á tener corazón, perderás cuanta fortuna poseas. Adiós.

La hechicera desapareció.

Y el trovador, radiante de alegría, se encaminó á la ciudad.

**

Como ya no tenía corazón, Arnaldo de Château-Neuf no sólo no amaba á Laura, sino que ni siquiera se acordaba de ella.

Ya no escribía versos, ni aun le gustaba la poesía.

Poco á poco se fastidió. Para matar este fastidio marchó á la guerra. Soldado sin corazón, se batió como un bravo noche y día, destrozando á los enemigos, saqueando las ciudades, combatiendo siempre como un héroe, con tal denuedo que llegó á lugarteniente, luego á capitán.

Un día fué á la corte, gallardamente vestido con traje de parada. Laura d'Anduze estaba allí, siempre joven, siempre hermosa; no hacía ni dos años que Arnaldo había dejado de amarla. Se acercó al capitán y toda trémula le preguntó:

—Cómo! Sois vos?

—Quién, yo? No me acuerdo, señora, haberos visto antes.

—¿Lo aseguráis? No sois Arnaldo de Château-Neuf?

—El mismo, señora.

—Y bien, yo Laura d'Anduze.

—Laura d'Anduze.....? No recuerdo haber oído ese nombre.

—¿Cómo, replicó Laura desfalleciente, no recordáis que hace tres años próximamente os coroné vencedor en los juegos florales de Arles, y os dí, con una flor, un beso?.....

Arnaldo reflexionó:

—Es posible..... sí, en efecto, recuerdo que hubo un tiempo en que yo hacía versos, los cantaba en las cortes de amor; pero, ese tiempo está demasiado lejos, señora, demasiado lejos.....

Laura, al oír tales palabras, cayó desvanecida.

**

Inmediatamente circuló por la corte el ru-

mor de que Laura d'Anduze amaba al joven capitán Arnaldo de Château-Neuf. La reina Juana se informó de ello y habló á Arnaldo, quien contestó que no deseaba casarse.

Pero la reina amaba tiernamente á Laura y quería su felicidad. Dio, por tanto, á Arnaldo la orden de casarse. Pero la noche de bodas hizo ensillar su caballo y partió, pretextando que no podía dejar por más tiempo sin jefe á su compañía.

La pobre Laura, desolada; escribía diariamente cartas conmovedoras á su marido:

«Volved, le decía, os amo; lejos de vos moriría.»

Arnaldo no contestaba.

Un día Laura le escribió estas palabras:

«Si no venís en el acto, no tenéis corazón.....»

Arnaldo leyó la carta y lanzó una carcaja-

da..... De repente reflexionó. Era cierto que no tenía corazón, pues que reía.

Recordó que la hada le había prometido volvérselo cuando lo deseara.

Pensó que después de todo, quizá sería feliz al lado de Laura, pues que ella lo amaba.....

Llamó á la hechicera. Esta le entregó el corazón: volvió á ser poeta, pero volvió á ser indigente y casi pordiosero.....

Colgada á la espalda una cítara, se dirigió gozoso al castillo de su amada. Iba por fin á verla. Cuán feliz sería!

Pensó desfallecer delante del castillo, pero se repuso en seguida y llamó á los criados, quienes le desconocieron y quisieron lanzarlo.

—Decid á la señora que soy su marido, Arnaldo de Château-Neuf.

Laura le hizo conducir á su alcoba. Pero al ver como iba vestido, retrocedió estupefacta:

—¿Qué? No sois ya capitán?

—No, Laura, pero os amo siempre.....

—¿Y por qué no sois capitán?

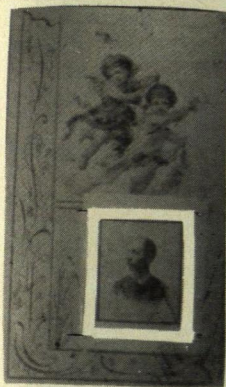
Arnaldo le refirió su historia.

Apenas concluyó, Laura dió un grito agudo y cayó. Había muerto de amor y de vergüenza, porque amaba á Arnaldo y se ruborizaba al verlo otra vez pobre como antes.

Arnaldo, al verla muerta, lloró al principio; pensó con dolor que se es muy desgraciado cuando se tiene un corazón; llamó á la hechicera pero no vino. Entonces, tomó un cuchillo, se abrió el pecho, y con sus propias manos, desgarrándolo, se arrancó el corazón..... Cayó hacia atrás, muerto como su adorada, allí á su lado.

Al fin era feliz.

LA TORRE DEL HAMBRE



En medio de las funestas alteraciones que, movidas por la rivalidad de los Papas y los Emperadores, mantuvieron en continuo y sangriento desasosiego los Estados italianos, durante el siglo XIII, la ciudad de Pisa, aunque sinceramente adicta al partido de los Emperadores, se había abstenido de inmiscuirse directamente en los sucesos de que eran teatro las provincias comarcanas. Ricos y poderosos por la actividad de su comercio, habíanse adue-



ECUADOR

GENERAL CORNELIO E. VERNAZA
Ministro de Guerra y Marina

GENERAL ELOY ALFARO
Jefe Supremo

IGNACIO ROBLES
Jefe Civil y Militar de la Provincia de Guayas

LUIS FELIPE CARBO
Ministro de lo Interior y Exterior, Culto y Obras públicas

LIBARDO GARCIA
Ministro de Hacienda

ñado los Pisanos de las islas del Mediterráneo más inmediatas á su puerto, principalmente de las islas de Cerdeña, Córcega y de Elba, célebres estas dos últimas hoy, la una por haber sido cuna, prisión la otra, del primer capitán del siglo. Favorecidos los Pisanos por los Griegos de Constantinopla, habían fundado en Asia grandes factorías, donde cristianos y musulmanes, á porfía, exponían sus más preciosos géneros. Parecía llamada la República á gozar de una larga prosperidad, cuando los celos de sus vecinos hubieron de causar su ruina, como los celos de ellos mismos habían causado antaño los desastres de Amalfi. Con la misma vara mide Dios todas las injusticias así en los hombres como en las naciones.

En esta época moraban en Pisa, hombres poderosos y ricos que á sus propias expensas podían reclutar y armar tropas de gente aguerrida: y se veían en aquella ciudad comercial magnates encerrados en palacios-fortalezas, de donde no salían sino rodeados de numerosa cohorte. Los unos se decían *guelfos*, los otros pretendían ser *gibelinos*, y á cada momento, bajo cualquier pretexto, parecía que la guerra civil iba á estallar en Pisa.

Sucedió precisamente por entonces que los Genoveses, envidiosos de la creciente prosperidad de Pisa, le declararon la guerra, y enviaron contra ella, una numerosa escuadra, al mando de los renombrados jefes Doria y Spinola. Apercibiéronse á la batalla los Pisanos regidos por su Podestà Morosini y por el Conde Ugolino Gherardesca de tan triste celebridad en la historia. Bendecidas por el Prelado las banderas de la República, surgió del puerto la armada entre victores de entusiasmo patriótico; y al siguiente día enfrentáronse ambas flotas á la altura de la pequeña isla de Meloria. Terrible fue aquel conflicto, en que de ambas partes había expertos marinos y valerosos soldados. Largo tiempo estuvo indecisa la victoria, y comenzaban ya los Genoveses á dudar del éxito de la encarnizada pelea, cuando el Conde Ugolino, aterrado por el esfuerzo del enemigo, se apartó precipitadamente del combate, arrastrando consigo un gran número de galeras pisanas. Los capitanes que, á ejemplo de Morosini, siguieron lidiando heroicamente, fueron pronto agobiados por la superioridad numérica del enemigo; y los que no sucumbieron, cayeron en poder de los vencedores. Entre los prisioneros quedó el mismo Morosini que portaba como jefe el estandarte de la República.

Imáginese el dolor de la opulenta ciudad, no ya sólo por la mengua de su altivo poderío, sino también por la pérdida de aquellos heroicos soldados que, no queriendo acompañar á Ugolino en su cobarde desertión, prefirieron la muerte á la ignominia de un innmotivado vencimiento, y sobre todo de una vergonzosa fuga. Casi no hubo familia que no vistiese luto, así por la desventura de la patria, como por la pérdida de alguno de sus deudos. Al otro día las madres, esposas é hijas de los desaparecidos, lloraban amargamente en los templos, junto con el afligido pueblo que iba á implorar la asistencia divina en tan doloroso trance.

Rudo golpe fue el desastre de Meloria para el poder de Pisa cuya decadencia empezó desde luego, y cuya ruina hubieron de precipitar las discordias de sus propios hijos y la ausencia de los hombres de energía y virtud patriótica, prisioneros en los calabozos de Génova; y es digna de rememorarse aquí la alta virtud de estos patricios, que, emulando la gloria de Régulo, pidieron á sus conciudadanos que los dejaran en su mala ventura, antes que entregar la República al enemigo, cuando éste propuso devolverles la libertad, mediante la cesión de algunas plazas fuertes, cuya pérdida habría sido la ruina de Pisa.

La humillación de ésta había enardecido á todos sus enemigos, y los *guelfos* de Toscana, socolor de destruir una ciudad gibelina, pero en realidad para dividir con Génova los tesoros de la infortunada República, le declararon la guerra y la amenazaron por tierra, mientras que las galeras genovesas bloqueaban el puerto. En esta

extremidad, los ciudadanos de Pisa acudieron á un hombre, que en concepto de ellos, podía salvar la República; y bien así como los Romanos creaban un Dictador cuando se veían en grandes peligros, elevaron ellos al rango de *Capitán General*, esto es, de Magistrado supremo á aquel mismo Conde Ugolino, fugitivo de Meloria, pero que se suponía tener numerosos amigos en Toscana.

Mas era Ugolino un hombre altanero, que viendo las familias más ilustres de Pisa abatidas y huérfanas, concibió el pensamiento de alzarse con el poder absoluto, aprovechándose de las calamidades públicas. Su primer cuidado fue enviar ricos dones á los Magistrados de Florencia, para atraérselos y desviar los proyectos que tenían contra Pisa; y á fin de que pudiesen recibirlos sin que nadie lo advirtiese, llenó de oro muchas botellas, que les envió como si fuesen de vino. Sobornados con este artificio, cedieron los Florentinos, y cuando el pueblo de Pisa, agradecido le llamaba su libertador, se aprovechó de su popularidad para suprimir á los hombres cuya virtud y patriotismo podían estorbar sus ambiciosas miras, destruyendo á las principales familias gibelinas y haciendo demoler sus palacios. Ebrío entonces de orgullo y halagado por su inmerecida fortuna, dió un festín espléndido á sus amigos—los hombres felices siempre cuentan muchos—y en el colmo de su alegría, dirigiéndose á uno de los convidados le dijo: *‘Y ahora ¿qué me falta?’* “Nada” respondió éste, con semblante severo, *“nada más que la cólera de Dios.”* Y en verdad, ésta no iba á tardar.

Era por entonces Arzobispo de Pisa el anciano Rogerio Ubaldini, tan orgulloso, y tan implacable en sus rencores como el Conde, y enemigo mortal de los Gherardesca, así por aversión hereditaria, como por inquina política. Una circunstancia imprevista hizo estallar estas malas pasiones en fermento. Vamos á verlo.

A consecuencia del desastre de Meloria había decaído tanto el comercio de Pisa, que ya, no tan sólo los ricos productos de Grecia y del Oriente, sino también los granos de Sicilia se habían ido á otros mercados. La miseria y el hambre asomaban ya su amarillenta faz en la industriosa ciudad, poco antes emporio de riqueza, y todos sindicaban á Ugolino como culpable de las desgracias públicas. En caso tan grave presentósele un sobrino del Arzobispo Rogerio, suplicándole que se apiadase del empobrecido pueblo; y airado Ugolino, que no podía tolerar ninguna advertencia, dejó desatar su cólera, y asiendo una hacha que encontró á la mano, derribó muerto á sus pies al atrevido joven.

A la noticia de este atentado, estremeciéndose el Arzobispo de dolor y de ira, porque amaba á su sobrino como hijo; hizo sonar la campana de alarma que convocaba á los ciudadanos en los peligros públicos; y reunidos éstos, les comunicó que uno de los nietos de Ugolino iba á entregar la ciudad á los güelfos de Florencia. Verdadera ó falsa, la noticia se propagó rápidamente, provocando una sublevación terrible. Todos se arman y corren al palacio en que se había hecho fuerte Ugolino, creyendo que con su guardia podría rechazar al amotinado pueblo. Enfurecido éste pone fuego al castillo, y se apodera del Conde que seguido de sus hijos y nietos, pretendía sustraerse por la fuga á la rabia de sus enemigos. Y veamos ahora el ejemplo más terrible de venganza que registran los anales de aquellos tiempos semi-bárbaros.

Había ya algunos meses que Ugolino y sus hijos se consumían, encerrados en una torre situada á orillas del Arno, perteneciente á la familia de los Gualandi, enemiga jurada de los Gherardesca; y no preveían los prisioneros cuál sería el término de este duro cautiverio, cuando el Arzobispo, que venía meditando el modo más cruel de ejercer su abominable venganza determinó suprimirlos; hé aquí cómo: hizo atrancar la puerta de la prisión, arrojó al río la llave, y prohibió, bajo pena de muerte que se llevase alimento á los presos.

Entonces comenzó para estos infortunados el más atroz de los suplicios: durante cinco días probaron todas las angustias de una hambre devoradora. Después de haberse esforzado vanamente en romper los hierros de los estrechos postigos del calabozo, y presenciando desesperado los horribles padecimientos de sus pobres hijos, cuyos lamentosos gritos desgarraban sus entrañas, Ugolino enloquecido por el dolor y por la fiebre se mordía los puños, se arrancaba los cabellos, se clavaba las uñas en el cuerpo y hondo rugido hinchaba su pecho convulso, donde fermentaba el odio exacerbado por la cólera más desesperada. Arrastrábanse á sus pies los niños mártires, gritando: "Padre, ¿por qué nos abandonas?...!" cada día, cada noche, cada hora, cada minuto aumentaba aquellos espantosos tormentos, que hubieran enternecido al hombre más implacable. Pero nadie los oía: las órdenes del Arzobispo eran demasiado rigurosas para que alguien se atreviese á acercarse á aquel lugar maldito, y las densas murallas de la prisión fueron los únicos testigos de tan dolorosa tragedia. El desventurado padre á quien la desesperación sostenía, viólos espirar uno á uno, durante la sexta noche; y él, ya perdida la luz, pero errante todavía entre los cadáveres, cayó al fin anonadado por el hambre, la sed y el dolor.

La torre de los Gualandi, teatro de este horrible suceso es conocida en Pisa con el nombre de TORRE DEL HAMBRE, y el Dante, que vivía en aquel tiempo nos ha narrado esta atrocísima venganza así como la no menos atroz que ejerce Ugolino en el Infierno sobre su victimario, con las más subidas tintas de su terrible musa.

Pocos años después de la muerte de Ugolino, como si la Providencia hubiera abandonado á la ciudad que toleró semejante barbarie, cayó Pisa en poder de los Güelfos de Florencia, quienes después de haberla despojado, obligaron á los Pisanos á cegar su puerto; y el comercio de aquella ciudad, antaño tan floreciente fue enteramente aniquilado. El manuscrito de las Pandectas cuidadosamente conservado en Pisa, fue parte del rico botín que se llevaron los Florentinos, que en ciertos días del año lo exponían á las miradas del pueblo.

CRISTÓBAL L. MENDOZA.

CONTRASTES

LA VEJEZ

Pobre anciano! estás cansado, cuando por el mundo vas en busca de calma y paz para tu cuerpo encorvado; ¿qué pretendes desdichado, dónde el reposo has de hallar? Si ese dulce bienestar se encuentra en el no vivir y tú no quieres morir, cómo quieres descansar?

Si en tu juventud lozana disipaste lo que fuiste, ¿porqué entonces no previste el cansancio del mañana? Hoy tu cabeza está cana y quieres vivir en paz; ¡mas cómo ajustar podrás tales gustos á la vez, si el vivir en la vejez implica el cansarse más!

Ya se observa en tu despecho como en tu frente arrugada, de tu vida malgastada el gusto no satisfecho; ¿y aun conservas en tu pecho de esperanza algún reflejo? mírate anciano al espejo, á ver si le das alivio á tus deseos de niño en tus achaques de viejo.

Piensa en Dios, y no te lleves de lo que en el mundo has sido; olvida lo que has perdido y recuerda lo que debes, que, pues tus horas son breves la muerte en redor te zumba, y allí donde se derrumba la vida, hay un lecho manso que ofrece eterno descanso: es el lecho de la tumba.

EDUARDO DIAZ LECUNA.



UN NIDO METEOROLOGICO

Decididamente, los pájaros no son del todo torpes.

Una joven pareja de colas-rojas ó falsos ruiseñores buscaba, durante la luna de miel, un retiro á su gusto. Pasó por mi jardín y encontró, á 80 centímetros sobre el nivel del suelo, una especie de armario, de paredes caladas, en que había colocado mis instrumentos meteorológicos: barómetro, termómetro, higrómetro, registradores Richard. Estos instrumentos están al aire, aunque abrigados detrás de cortinillas. La puerta del armario es de madera, dejando una hendidura transversal debajo de la tapa superior, como de dos dedos de ancho.

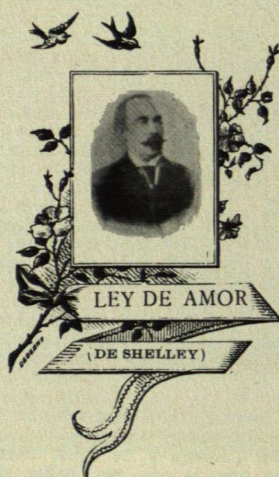
La pareja volátil pensó sin duda que aquella vivienda le vendría como de perlas y que allí bien podría ponerse á resguardo de la lluvia y de las garras del gato. Se introdujo por la abertura de la puerta apenas visible y se instaló dentro del armario. Una mañana, al ir á observar los instrumentos, próximamente á la hora de las diez, encontré al lado del termómetro registrador, un montoncillo de yerbas y hojas, y en un rincón el principio de un nido. Había observado los instrumentos la víspera, á media noche; luego, aquel largo trabajo se efectuó en la mañana. Dos días después el montoncillo había desaparecido y sobre la plancha del fondo, á 25 centímetros del instrumento, se había fabricado un nido que era una maravilla de delicadeza, de admirable estructura, como un capullo de plumas. Dos días más, y ya blanqueaba un huevo en el nido; á los tres días había seis. Pronto aparecie-

ron los pichones, pues parece que se anda listo en el mundo de los pájaros.

Durante un mes, el padre, la madre y los polluelos vivieron bajo el techo de mi diminuto observatorio, y se veía á la pareja entrar y salir de él sin el menor temor. Lo curioso del caso es que los instrumentos estaban movidos por un mecanismo de reloj y los tic-tacs multiplicados incesantemente producían un ruido diabólico capaz de hacer huir á un gorrión, sin que ocasionara efecto alguno en las colas-rojas. Al contrario, la madre permanecía tranquila cuando yo iba á examinar los instrumentos, alargaba el cuellito negro y fijaba en los míos sus ojos interrogadores. Puede decirse que hicimos juntos, durante tres semanas por lo menos, las observaciones meteorológicas. Pero los ingratos se han ido; ha cesado el alegre piar; ya no se oye sino el tic-tac monótono de los registradores.

Hay que esperar otra primavera!

HENRI DE PARVILLE.



Se junta al río la sonora fuente,
Y el caudaloso río al oceano;
Y se juntan las auras dulcemente
Del cielo puro en el confín lejano.

Nadie solo se encuentra aquí en el mundo:
Si esa ley divina con su armonía
Es emblema de amor tierno y profundo,
¿Por qué no estoy contigo, amada mía?

Toca el monte las nubes de la altura;
En las ondas la espuma tiembla ufana.....
Y la flor hallará suerte muy dura
Si infiel desoye el ruego de su hermana.

Míra! La luz del sol ama la tierra,
Y su beso la luna al mar envía;
Mas ¿qué vale ese beso, ni qué encierra,
Si yo no tengo el tuyo, amada mía?

JACINTO GUTIERREZ-COLL.

POESIAS DE ABRAHAN Z. LOPEZ-PENHA

Por el último correo y con atenta carta hemos recibido un librito titulado *Cromos*, impreso en París y que contiene las composiciones poéticas en prosa y verso del señor Abraham Z. López-Penha, aplaudido cultivador de las bellas letras á las márgenes del caudaloso Magdalena.

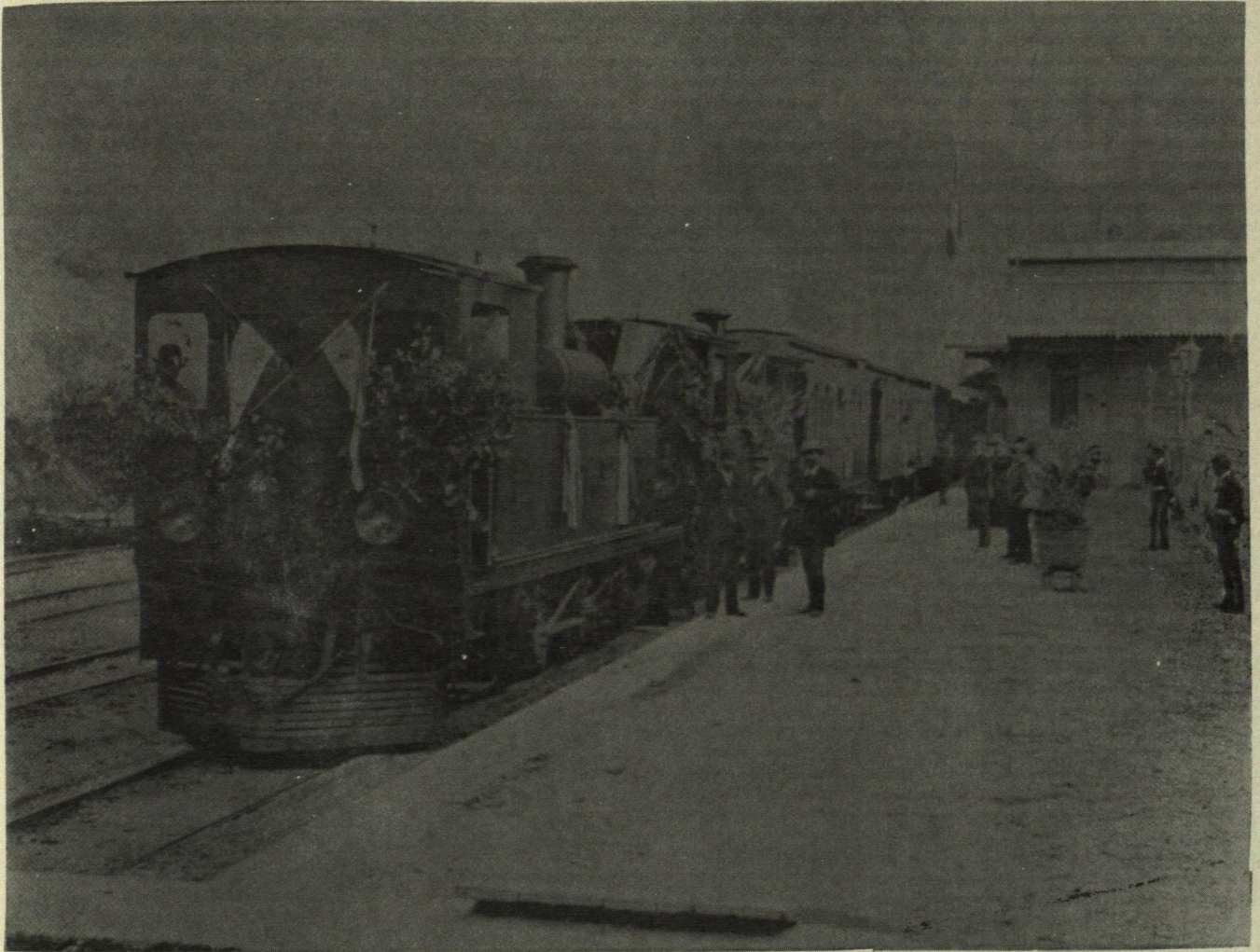
Un elegante prólogo de Bolet Peraza adorna las primeras páginas.

Aceptamos con gratitud el obsequio y debemos añadir de una vez que nos ha producido grata impresión la lectura de la obra á que nos referimos.

Nos pide el señor López-Penha un juicio de su obra y nos asegura que lo agradecería aun cuando nuestro voto le fuese adverso.

No nos atrevemos á tanto.

Pero sí hablaremos de las dotes poéticas del



GRAN FERROCARRIL DE VENEZUELA — ESTACION DE VALENCIA — (Fotografía de Eduardo Schael)

señor López-Penha, diciendo: que descuella en su escuela, no sólo por la poesía sino por la literatura, y añadiremos que no es un adepto ciego sino un libre pensador del naturalismo cuyas musas van vestidas de gasa y no al desnudo. Sus ideales no rompen violentamente las tradiciones; sus amores, entre besos y suspiros, van cubiertos con un velo que no es permitido desgarrar. No está en su pensamiento la bestia, ni exorna de pedrerías á la sacerdotisa para profanarla ante el ara. Leyéndolo se cree verle en los mares egeos visitando á Delfos y adorando á Apolo. Después en Amatonta donde quema perfumes á Venus, discurre alegre por los bosquecillos de mirtos pegado al brazo de las hetahiras cuyos cendales de rosa no se miran desprendidos. Es el helenismo revivido por la magia de la poesía moderna.

Nótase en el señor López-Penha un entusiasmo que parece manar de fuente mística: gota á gota ó á raudales el entusiasmo mantiene frescas las flores del bosque, verdes y frondosos los laureles del campo que le inspira. Sus rimas tienen aura de castidad y rumorean como arroyos entre guijarros. Las palabras son abejas, el concepto sabe á miel. Ha hecho uso de metros nuevos y neologismos originales que al fin serán aceptados como que están extraídos de voces castizas conforme á las prácticas filológicas.

Su prosa es tan poética como sus versos; basta leer cualquiera de las composiciones de este género insertas en la colección para comprender que aquella prosa no ha podido escribirse sino un poeta.

Ni está despojado de aquel santo temor que

hizo exclamar á David: "No á nosotros, Señor, sino á tu nombre glorifica." Teme á Dios, cree y espera; luego está en el camino de la sabiduría. Por eso son puros sus ideales, modestas sus aspiraciones, generosos sus ímpetus. Por eso renuncia espontáneamente á esa pornografía de sátiros en que lo monstruoso cubre con oscuro manto el luminar de la belleza.

Bien es verdad que el señor López-Penha se ha independizado del naturalismo y que no ha conservado de él sino la forma y el estilo; lo cual da á sus obras doble prestigio, el de la poesía y el de la novedad. En las composiciones puramente eróticas está comprobada esta verdad.

Con lo dicho nos parece bastante para dar á conocer al poeta; y como nos proponemos insertar algunas de sus composiciones en EL COJO ILUSTRADO, el público juzgará con más acierto y amplitud, estilo, tendencias, literatura y poesía.

SUICIDIOS DE NIÑOS

Un notable escritor y diarista parisien llama la atención acerca de la alarmante cifra de niños suicidas que arroja la estadística para la Francia.

Y entre las razones que da el publicista como causas de tamaño desconsuelo, cree deba figurar la de que hoy entran los niños "demasiado temprano á la vida." Me parece que será bien añadir que, sobre eso, en la mayoría de los casos, "hoy no entran los niños, temprano ni tarde, al trabajo."

Sarcey recuerda que en tiempos de su educación se era colegial hasta los veinte años. Y es de notar que en el catastro de suicidios rara vez ha figurado algún estudiante. Por desgracia, todos nuestros caminos van torcidos, y esta realidad lastimosa de que á la postre nada vale ni nada significa haber consumido la niñez y la adolescencia en las aulas, obliga ya á los padres á dar á sus hijos otro género de instrucción que la científica ó literaria: destínanlos á la carrera mercantil, que aprenden rápidamente y que les reclama atenciones que los alejan del hogar y de sus afecciones, demasiado tiernos, absolutamente inexpertos. En poco tiempo, lo que primero fue estímulo alentador se convierte en motivo de rebelión, en ansias de independencia, en deseo tiránico de autonomía, cuando falta el contrapeso, á tales tendencias, del amor y de la piedad filial, del deber de hogar, de la unión cariñosa de familia.

De los quince años, edad en que se abandona á los niños á su propia crianza discrecional, hasta los veintiuno, en que la naturaleza y la ley los declaran aptos para la vida, seis años de actividad libérrima, ¿cómo se emplean?—La atracción del hogar se ha debilitado; el propio gobierno ha establecido leyes á satisfacción y antojo exclusivos; viviendo en medio del movimiento social y político, solos, sin advertencias y consejos, llegan á tocar todas las tristezas y todas las pavoras, ó de otro lado, tienen como consuelo y como desquite, el torbellino de los placeres intensísimos y efímeros que agitan las pasiones y en el que se necesita, para

no perecer moral y físicamente, además de edad suficiente, fuertes nociones de austeridad, voluntad enérgica, caudal de discreción y de prudencia. Cuando al contrario se trabaja en labor sostenida, cuando el estudio exalta las naturales ambiciones juveniles, mueren tras los muros del hogar los ruidos del trajín mundanal, cesa el empuje de las tempestades de la vida y queda resguardada la integridad de carácter, fortaleciéndose para la ocasión de las luchas y los afanes de hombre.

De otro modo, y como hoy se estila, á la anemia del organismo acompaña la anemia del espíritu, y no es extraño que así como esos débiles cuerpos de párvulos no pueden resistir la acción de una enfermedad, sucumban también sus almas á la influencia de afecciones morales obtenidas en un desarajuste prematuro y violento.

Ahora, ¿se debe ese estado, como lo señala Sarcey para la Francia, al progreso vertiginoso de las ideas civilizadoras, que lleva en su cortejo á todo el que encuentra á su paso? Allá en Europa sí; entre nosotros nó. Aquí tiene por causa una frivolidad de atrás; algo que es duro llamar por su nombre, pero que no es sino una irritante necesidad paterna. No se culpe á los niños que exhiben pretensiones de eminente hombría: muchas veces tan pueril noción viene del hogar: se quiere poseer hijo distinguido, selecto, sin darle elementos de personalidad, y aquel deseo se suple con exterioridades ligeras é inestables. Un pobre padre que se deje llevar de esa idea de grandeza y de notabilidad en su hijo, pronto será gobernado y dirigido por éste.

Si de ese modo los hacéis hombres falsificados, ¿por qué extrañar que en sus angustias opten por el recurso de los hombres y soliciten en el suicidio un medio de librarse de todas las zozobras?

ELOY G. GONZALEZ.

DON GUILLERMO ZARASQUETA

(HISTÓRICO)



RESIDÍA hacia principios de este siglo en la ciudad de San Sebastián de los Reyes, un español dotado de excelentes prendas morales, jefe de una distinguida familia y dueño de un negocio mercantil que fue de gran importancia para el desarrollo material del extenso territorio que entonces comprendía el Cantón del mismo nombre. Extensas eran también las relaciones sociales de que gozaba Don Guillermo, pues fuera de que abrigaba un carácter en extremo bondadoso y de que su familia trataba de secundarle en la costumbre de prodigar cortes atenciones á todos aquellos de la vecindad que tocaban á sus puertas, sucedía además que todos los peninsulares españoles que partían de Caracas para los llanos, ó viceversa, solicitaban la amistad de su generoso compatriota y como es natural, todos hallaban la misma acogida en una casa favorecida con el don de la riqueza y ensalzada por el merecido elogio de toda la población.

**

En el número de los que se sentaban á la abundante mesa de Don Guillermo, contábase al tristemente célebre, Don José Tomás de Bóves, quien residenciado en Calabozo, hacía sus viajes á San Sebastián en calidad de negociante en ganados y si en realidad no era admitido á la sociedad íntima de la familia de su compatriota, había podido admirar sin embargo en distintas ocasiones, la maravillosa hermosura de una de sus hijas y bien que no se atreviese á manifestarlo por oponerse á ello la encumbrada escala social en que se hallaba aquella familia, sábase que guardó en el fondo de su alma, baja y ruin, una pasión que de ningún modo podría haber sido correspondida, ya que al odioso asturiano no le

abonaban ninguna de aquellas ventajas personales que en ocasiones sirven poderosamente para salvar los obstáculos que oponen el dinero y la nobleza.

**

Era dado el señor de Zarasqueta al trato de personas ilustradas y suficientemente instruido él mismo, hallábase empapado en la marcha de las ideas filosóficas del siglo pasado, las que de tal manera influyeron para la famosa declaración hecha en el Juego de Pelota sobre los *derechos del hombre*; por manera que, al contrario de lo que sucedía con la mayoría de los españoles residenciados en Venezuela, veía con placer todas cuantas manifestaciones se hacían en favor de la causa independiente; y cuando llegó el día memorable en que un grupo de excelentes patriotas proclamó la emancipación de la Colonia, constituyéndola en República democrática, manifestó francamente su adhesión desinteresada hacia la nueva causa.

Su casa entonces se hizo el centro de reunión de todos aquellos que simpatizaban con la independencia sur-americana y sus cuantiosos recursos fueron puestos sin reserva alguna á disposición de los que al grito de guerra lanzado por el ilustre veterano de Nerwinden, corrieron entusiasmados desde las riberas del Caramacate y del Guárico, á empuñar las armas para arrojar del gran hogar venezolano á los crueles opresores de tantas centurias. Y bien que Zarasqueta fuese de los que mayor decisión demostraron por volar á los campos de batalla, tuvo forzosamente que aplazar su incorporación á las filas independientes, mientras arreglaba sus asuntos mercantiles de modo que sus créditos no quedasen pendientes.

**

Desde su hogar doméstico siguió Zarasqueta lleno de ansiedad los comienzos de aquella lucha titánica y cuentan los que le sobrevivieron, que al recibir la triste nueva de los últimos descalabros sufridos por Miranda, así como la de prisión y envío para las fortalezas de la Carraca de aquel noble campeón de la democracia universal, cayó en tristeza profunda, pues llegó á temer que el fuego del patriotismo se extinguiera completamente en el pecho de los venezolanos.

En tal disposición de ánimo se hallaba, cuando llevadas en alas del más justo renombre, se difundieron por todo el ámbito de la joven Nación, los heroicos hechos de armas realizados por Bolívar y sus gloriosos comiliones el año de 1813; por manera que dando vuelo á su entusiasmo por la causa independiente, se hizo señalar ante las autoridades españolas, entre las que tenía mayor ascendiente aquel Rosete, que no cedía en crueldad á ninguno de aquellos peninsulares que desconociendo los fueros de la humanidad, cubrieron de cadáveres el suelo de la patria; haciendo así más odioso el largo dominio que ejercieron en las por mil títulos infortunadas colonias americanas.

A pique estuvo Don Guillermo de pagar caro el generoso sentimiento de adhesión que abrigara hacia los valientes batalladores independientes, pero como era grande el caudal de simpatías de que gozara y grande además el respeto que sus virtudes inspiraban en todos los contornos que abarcaran sus relaciones sociales y mercantiles, logró escapar á la saña de los realistas, tomando desde entonces sus precauciones á fin de que llegado el caso, pudiera suscribirse á su ferocidad é incorporarse á las fuerzas republicanas.

**

Habíase trocado de próspera en adversa la estrella que de modo espléndido alumbra la marcha triunfal de los independientes desde los campos inmortales de Niquitao hasta las llanuras de Mosquiteros; pues á pesar de los brillantes hechos de armas de La Victoria y San Mateo, apenas les fue concedido de allí en adelante defenderse temporalmente ante el empuje de sus contrarios; los que apoyados por la gran masa de la población, cobraban mayores bríos ante el visible abandono en que aquélla dejara á sus abnegados libertadores.

Bóves en tanto, asumiendo el carácter de caudillo; seguido de aquellos llaneros que no ceden en valor á ningún pueblo del Universo; abundando en los recursos que las imprudentes ejecuciones del esforzado Campo Elías, ponían, por parte de las poblaciones del occidente del Guárico, á disposición de los realistas, y repuesto completamente del terrible descalabro de Mosquiteros, emprendía en unión de su digno compañero Morales, la marcha hacia el Centro; y allí, lleno de un ardor bélico, digno de mejores fines, destruyó en las colinas de La Puerta, un ejército

brillante que con harto fundamento constituyera una de las mejores esperanzas de la causa republicana.

La noticia del desastre sufrido por Campo Elías halló á Zarasqueta al frente de sus negocios y familia, lo cual se explica porque quizás no le fuese conocido todo el fondo de maldad que el alma del asturiano abrigara; fuera de que las relaciones que con aquel hombre le ligaran, le inspiraban cierto grado de confianza, creyéndose por consiguiente al abrigo de cualquier acto de violencia. No creía, porque juzgaba á los demás hombres según su manera de ser, que hubiesen tiempos calamitosos en los que, cambiados en fieras salvajes algunos de ellos, llegan á olvidar los lazos de la amistad, los del parentesco y hasta las mayores consideraciones de orden social.

No creía, ó lo ignoraba al menos, que los hombres convertidos en fieras, se encarnizan tanto más cuanto más de cerca les da el olor repugnante de la sangre.

**

Después de la encarnizada batalla, habíase ocupado Bóves en organizar las cosas que más se relacionaban con su misión de soldado, pero por más que los graves cuidados de la guerra debiesen absorber todo su tiempo, dio una prueba de no haber echado en olvido á la hija de Zarasqueta y así, al ocupar á Ciudad de Cura, despachó incontinenti un expreso para San Sebastián, el cual portaba una carta en la que pedía formalmente en matrimonio á la tierna hija del Caramacate, en cuya alma no podía haber de ningún modo el sentimiento del amor, sino hacia quien comprendiéndola, supiese apreciarla en todo su valor moral. Y Bóves, pirata en sus primeros tiempos y luego negociante de las pampas, resentíase del medio ambiente en que había vivido; fuera de que su carácter feroz se había hecho conocer en sus recientes campañas; y ya la triste aureola de una lúgubre celebridad acompañaba su nombre, tan justamente maldecido por todos los que tienen en algo los fueros de la humanidad.

Zarasqueta, como era de esperarse, experimentó una de las más desagradables impresiones al imponerse de la atrevida exigencia del asturiano; dándole mala idea la circunstancia de que éste hubiera esperado á elevarse por medio de las armas para demandar la mano de aquella á quien en otra época apenas si conocía un tanto de lejos. No quiso, empero, tomar sobre sí solo la responsabilidad de una respuesta decisiva y lleno de gravedad se dirigió en primer término á la compañera de su vida para que sondease el alma de la virgen.

La esposa de Don Guillermo, con ese dón del presentimiento que *tanto se aproxima en la mujer al de la adivinación*, quedó muda de estupor ante el contenido de la carta del antiguo pirata, pues preveía que la mano de la mayor desgracia caería sobre su esposo para causar la suya y la de sus hijas. Esto no obstante, revistióse de serenidad y llamando á su hija le expuso la pretensión del sanguinario Bóves, no sin advertirle antes que ni ella ni su padre veían con agrado el paso que el jefe español acababa de dar con asombro de ambos.

La hija de Zarasqueta, comprendió toda la gravedad de aquel asunto y después de un corto rato de silencio contestó á su madre: "que ella, cual correspondía á todo hijo amoroso, no podía tener más voluntad que la de sus padres y que se contentaba en extremo de que á ellos les causaran tanto disgusto las pretensiones del General español, pues ella no creía que él pudiese hacer la felicidad de ninguna mujer, dados sus tristes precedentes."

Corrió veloz la nueva inesperada de los deseos que abrigara el caudillo realista, de entroncar con la distinguida familia Zarasqueta, y una gran parte de la sociedad sansebastianera se apresuró en acudir á su lado para manifestar el vario modo con que cada cual apreciaba el paso dado por aquel que tanto mal causara á su misma patria, á los ciudadanos de la nueva República y á la causa realista, que tan odiosa se hizo con sus actos de barbarie, pocas veces igualada.

A todos los que concurren á su casa, prestó atento oído el señor Zarasqueta, sin que por de pronto manifestase á nadie su verdadera resolución; mas llegada la noche y en compañía únicamente de su familia, ordenó á sus domésticos que alistasen lo necesario para efectuar un viaje, le contestó al jefe realista negándole rotundamente la mano de su hija y allí en las primeras horas de la madrugada emprendió su partida acompañado de su familia, tomando para ello la vía de Tiara que era la que más seguridades le ofrecía para llegar á la capital.

Y era que recelándolo ya todo el honrado pe-



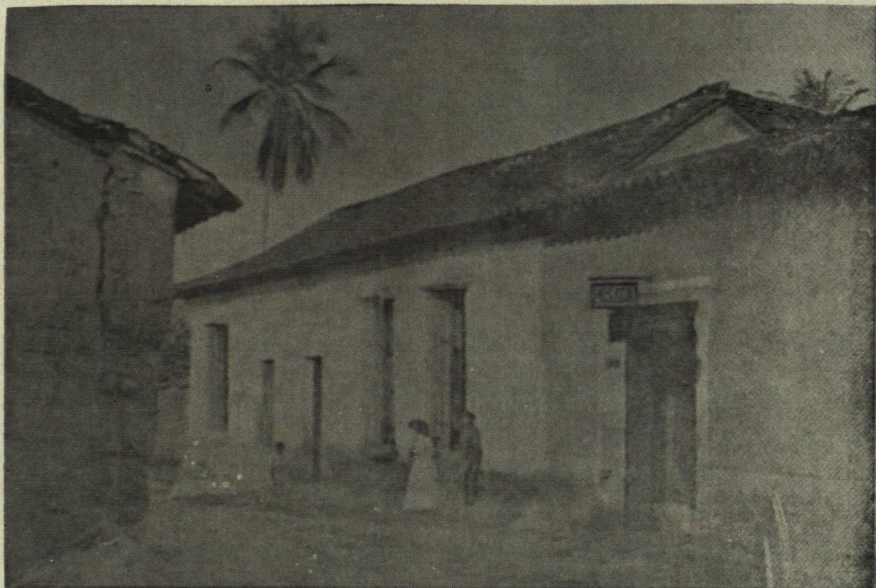
CORREDOR DONDE MURIÓ EL GENERAL EZEQUIEL ZAMORA. — SAN CARLOS

ninsular de las ideas que el asturiano pudiese abrigar en tan críticas circunstancias respecto á su familia, juzgó atinadamente que ninguna medida podía ser tan prudente en aquellos tiempos calamitosos, como la de poner á salvo de los desmanes de Boves y de sus parciales á los que formaban el tesoro inapreciable de su cariño.

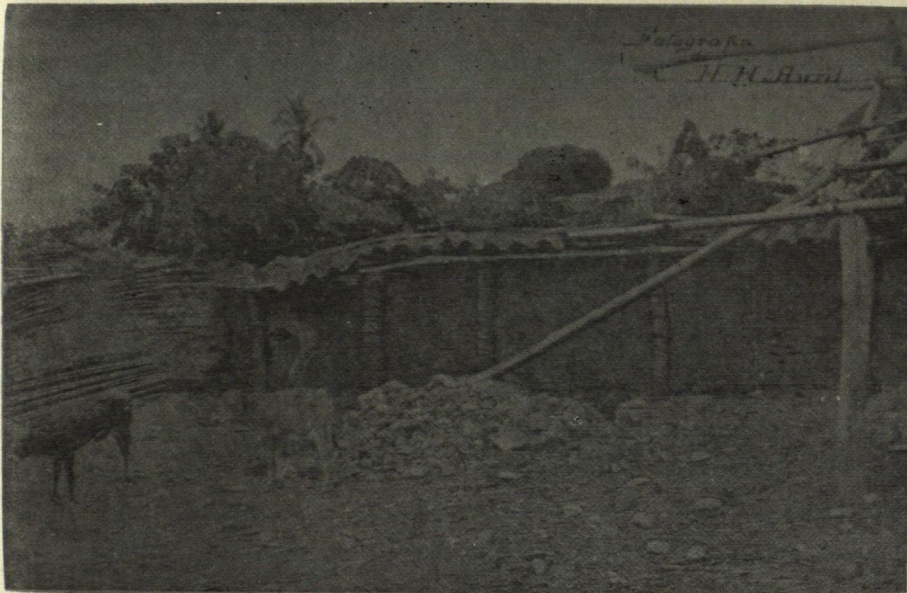
Felizmente realizó su viaje á Caracas en unión de los suyos aquel peninsular tan digno por todos respectos de haber alcanzado el coronamiento de la obra portentosa de la emancipación americana, y apenas los hubo instalado convenientemente y puesto en orden todos sus asuntos, no pensó ya sino en ofrendar á la causa de sus afecciones todo el esfuerzo de que era capaz.

Eran los días del sacrificio en aras de la independencia y la parte ilustrada de la sociedad venezolana, sin pensar en otro asunto que en arrojar del suelo patrio á los duros opresores, suministraba día por día al ejército libertador un contingente de brazos para manejar la lanza y el fusil, y en tal virtud veíanse partir de Caracas frecuentemente, grupos entusiastas de jóvenes para los campos de batalla. Zarasqueta uniéndose á uno de ellos que precisamente iba destinado á engrosar las huestes de Bolívar, que ya se hallaba en San Mateo con su cuartel general.

Llegó el noble peninsular á los Valles del Aragua poco después que el *Vencedor de los Tiranos en La Victoria*, se había cubierto de inmarcesible gloria en la defensa de aquella ciudad, pero precisamente se acampaba en San Mateo en momentos en que el Libertador, lleno de fuego patriótico, se aprestaba á escarmentar duramente al Caudillo



CASA DE LA SEÑORA QUITERIA DE ACUÑA DONDE VELARON AL GENERAL ZAMORA. — SAN CARLOS



SITIO DONDE FUE SEPULTADO EL GENERAL ZAMORA. — [SOLAR DE LA CASA DE LOS SEÑORES OVIEDO]

de los Llanos, según se hacía llamar el feroz asturiano.

Unióse el señor Zarasqueta lleno de entusiasmo á aquellos peninsulares que así mismo habían abrazado la causa de la Independencia y que así como Villapol el heroico y como Campo Elías el esforzado, hallábanse al lado de Bolívar para lidiar reciamente en las calles y contornos de San Mateo á fin de dejar inscritos sus nombres en el templo imperecedero de la gloria militar de *Venezuela Heroica*.

Bien conocidos son los detalles de la célebre batalla de San Mateo, pues plumas de eminentes escritores les han dedicado su magia singular para dejar perfectamente historiados aquel ardimiento y aquellos bríos que han quedado sin precedente en la América española. Respecto al señor Zarasqueta, baste decir que se distinguió entre los mejores, al extremo de haber llamado la atención de aquel numeroso grupo de héroes, en los que el valor no era precisamente la cualidad á que más importancia concedían, sino á la decisión y diligencia que se demostrara por alcanzar el triunfo de su noble causa, ya que aquel lo poseían todos ellos en grado heroico y eminente.

Hallóse don Guillermo en otras acciones de armas de aquel año de 1814, tan tempestuoso, que no parecía sino que todos los habitantes de la antigua Colonia, se habían lanzado á la lid empeñados en tan cruentísima refriega para aniquilarse sin piedad.

Prisionero de guerra en la acción de las Cocuyas, si mal no recordamos, fue conducido á la presencia de Boves quien ya ocupando á Caracas, lo hizo poner en la mayor seguridad.

Esta tristísima noticia fue llevada por un amigo fiel á la familia de Zarasqueta y ésta, llena de cuidados por la vida de su jefe, y venciendo al mismo tiempo la repugnancia que les inspiraba el caudillo español, cuya fama de crueldad se había agigantado espantosamente en corto tiempo, corrió llena de temor y ansiedad al despacho militar de Boves; el cual presentaba tales inconvenientes para dar acceso hasta el sanguinario español, que fue cuestión de largas horas para las atribuladas mujeres el ser llevadas á presencia de aquel á quien la historia ha confirmado el apodo de *Monstruo de sangre y de crueldad*.

Hallábase el despacho de aquel hombre de espantosa historia en la esquina de Camejo, precisamente en la casa de dos pisos que fué propiedad del honrado comerciante Calixto León y que está ocupada al presente por el negocio mercantil de los señores Becker y C^a sucesores. Un testigo ocular de la escena que tuvo lugar entre Boves y la familia Zarasqueta, nos ha relatado hace ya bastante tiempo, las circunstancias en que se hallaba la ciudad de Caracas en tan luctuosa época. Y en vista de aquel grado de maldad que caracterizaba á los soldados realistas y de aquella guerra de exterminio que se hacía á la naciente República, se pregunta el hombre reflexivo como fue que los directores de la política de España desconocieron hasta tal punto sus verdaderos intereses; autorizando la conducta de sus agentes y aprobando de antemano todo cuanto en el plan del más completo aniquilamiento de la raza americana,

llevarán á cabo los que sin precedentes favorables de ningún linaje, surgieron á la cabeza de las tropas españolas.

Lo cierto es que siempre habrán de aparecer pá-lidas las palabras que se han empleado y se emplearen en la descripción de aquellas escenas de atrocidad—*puramente españolas*—según el decir de un escritor de aquellos tiempos, el que indignado ante aquel proceder inhumano, llegaba hasta á olvidar, que todos, víctimas y victimarios, realistas y republicanos, peninsulares ó hijos de la colonia, reconocíamos el mismo origen.

Pero tal es el resultado de la *política de sangre*, ó sea la que aconseja el extravío de las pasiones de algunos hombres, que dueños de los destinos de un pueblo, no llaman en su auxilio ese grado de discreción indispensable en el mandatario para sobreponerse á los más bajos impulsos de la *bestia humana*; dando lugar con su crueldad á que hasta los mismos hijos renieguen al fin de su origen y desconozcan los lazos indisolubles de la sangre.

La política que se basa en la represión más extrema; la que no tiene más resorte que el terror; la que apela á todos los medios violentos para aniquilar ó vencer á su contrario, ha sido y habrá de ser siempre contraproducente. Y es que la humanidad, obedeciendo en todo tiempo á los impulsos del bien, odia tanto á quien más se aleja de ese magnífico ideal, que por abatido que se halle un pueblo por efecto de una tiranía cualquiera, siempre encontrará *fuerzas en su debilidad* para dar una lección á los tiranos. A los tiranos, que sin ver hacia atrás, en el escenario de la historia, ni hacia adelante para no tropezar con los obstáculos que encierra el porvenir, no se preocupan sino de fijar la vista hacia su víctima; sin tener en cuenta que los pueblos serán siempre el fénix de la fábula, brotando con nueva vida de las cenizas á que transitoriamente se ven reducidos.

Mas volvamos al caudillo español, que preocupado con su efímero papel de Júpiter tonante, apenas se dignaba lanzar una mirada llena de crueldad hacia los que ya había sentenciado en su interior; por manera que cuando se le anunció que la familia Zarasqueta esperaba hacía largo rato el instante de ser llamada á su presencia, aumentó la expresión cruel de su semblante y bien que afectando ciertas maneras cortesas al corresponder el saludo de aquellas, no pudo reprimir un gesto de desagrado, nacido sin duda del reciente hecho de aquella repulsa que tanto levantara á Zarasqueta.

Sin más preámbulos dijo el asturiano á la esposa de aquel, con la cual se había encarado, que suponía no fuese otro el motivo de aquella visita que el de implorarle por la vida de don Guillermo; y como la señora se apresurase á contestarle afirmativamente, puso término á la audiencia haciéndole la promesa de que en las primeras horas del día siguiente le sería restituido sin tener que lamentar novedad á las *puertas mismas de su casa*.

Dichas estas palabras con un tono de seguridad que la familia Zarasqueta no esperaba, bastaron para que abandonase el despacho de Boves, abrigando la esperanza de que aquel á quien creyó perdido para siempre, volvería á su lado á devolverle la tranquilidad perdida. Pero en vano se levantaron aquellas señoras con el alba para tener abierta la puerta de la casa al que compendia para ellos toda la felicidad de la existencia, pues transcurrieron las horas de la mañana y luego las de la tarde sin que ningún rostro humano se dejase ver en aquel hogar desolado. Allí en las primeras horas de la noche se acercó una mujer de la vecindad para participar á la afligida familia, que Boves había abandonado la ciudad en las altas horas de la noche anterior y que los presos, bajo numerosa escolta habían sido sacados de los cuarteles sin que se supiese el destino que se les reservaba.

Veamos ahora qué resolución había tomado con el señor Zarasqueta el cruel asturiano y sigamos hasta San Sebastián, punto éste á que fue remitido por quien había agregado en aquella ocasión, el miserable y ruin engaño á la más refinada crueldad.

Mandaba las fuerzas realistas existentes en la ciudad mencionada últimamente, el que fue digno émulo de Bóves, el malvado Rosete á quien fue entregado Don Guillermo, sobre cuya lamentable suerte había dirigido aquél un pliego cerrado al Jefe del cantón San Sebastián.

Difundiéndose el arribo de Don Guillermo en toda la ciudad tal como se repercute en el espacio la vibración de un toque á muertos, pues conocidos ya los antecedentes que entre él y Bóves existirían, y cada la reciente conducta observada por éste con los enemigos, todos los habitantes de aquella población juzgaron sentenciado á cruel suplicio al hidalgo peninsular. Muchos, recordando los beneficios que de él habían recibido, pre-

tendieron acercársele para darle una prueba de la profunda estimación que le tenían; algunos, llenos del temor de ser señalados como contrarios al rey, se conformaban con informarse de la situación y estado del preso, y un gran número de mujeres piadosas que conocían el fondo religioso de Don Guillermo, pretendieron implorar á Rosete por su vida; mas todo inútilmente, porque el odioso teniente de Bóves hizo saber á todos que tenía orden de mantenerlo incomunicado.

El día estaba lluvioso y grandes nubarrones de color plomizo aumentaban el aire de profunda tristeza que ya reinaba en la ciudad. Numerosos destacamentos de tropas hallábanse sobre las armas en la plaza de la Caridad y el Jefe realista, situado en el punto céntrico de ésta, arengaba á los soldados para excitarlos á que permaneciesen fieles á la causa del rey; haciéndoles presente que á todos los que imitaran á Don Guillermo, pagarían irremisiblemente con la pena de muerte su traición á la madre patria. Terminada esta amenaza, que tan terrible era en semejantes labios, ordenó el sacrificador de la *infeliz Ocumare*, que Don Guillermo fuese conducido al punto donde se dejaba ver con todo su aspecto siniestro, el sencillo aparato que con el nombre de *banquillo*, conocese desde tiempos remotos y del que habitualmente hacían uso los jefes peninsulares.

Efectivamente, breves momentos después apareció una escolta y en medio de élla el señor Zarasqueta, quien sin perder ni un momento su presencia de ánimo, marchaba al par de los soldados con paso firme y marcial. Sólo se notaba en su hermoso semblante cierto aire de melancolía, debido sin duda á los agradables al par que tristes recuerdos de aquellos días venturosos que para él y los suyos habían transcurrido en aquellos lugares. Quizá también la imagen adorada de su esposa y las de sus hijas, vagaban en su mente, pues á veces una ráfaga de mortal angustia atravesaba fúgax por su semblante.

Llegado al sitio donde debía ser ejecutado y aprestados los soldados para ello, irguióse altanero Don Guillermo y con voz vibrante y varonil, victoreó á Venezuela, al Libertador y á la América libre. Esta última frase quedó incompleta, pues á una señal del Jefe de la escolta, cayó envuelto en espesa humareda, que al disiparse, dejó ver su cuerpo ya inanimado.

Viose entonces una de esas escenas propias solamente de los primeros tiempos de la Edad Media; y fué que cuatro soldados obedecieron á la voz de Rosete, se apoderaron del cuerpo caliente aún de Zarasqueta y tomando cada uno de ellos un miembro, lo dividieron en cuatro partes, los que llevados á los puntos cardinales de la ciudad fueron colocados en grandes postes de madera. Espectáculo horrible, que obrando en el ánimo de los habitantes de aquella ciudad, causó un cambio completo en sus opiniones, pues pocos se persuadían de que una causa por justa que fuese, tuviese que apelar á semejantes prácticas para detener los progresos de sus contrarios.

Crueldad no solamente inútil, sino contraproducente, puesto que redundando en desprestigio de la corona de España enajenándole un gran número de voluntades, porque aquella población que se había mantenido en su mayor parte adicta hasta entonces á los realistas, tomó decididamente rumbo hacia la causa republicana proporcionándole un contingente respetable; y es fama que entre el gran número de soldados que voluntariamente engrosaron las filas independientes, contábase á un doméstico de Zarasqueta, que en el acto de la sangrienta y más que todo, bárbara ejecución de su señor, juró vengar en la persona del célebre asturiano la muerte de aquel que en vida fue tan humano y bondadoso con todos los que le rodeaban.

Ahora bien: la relación histórica más autorizada que conocemos, refiriéndose á la muerte del caudillo realista, dice sencillamente que cuando el nunca bien ponderado Zaraza á la cabeza de un puñado de héroes, puso en completo desorden á los soldados de Boves, se vio á éste hacer los más grandes esfuerzos por impedir la derrota de los suyos y que al pretender retirarse no pudo conseguirlo porque su caballo, *indócil á la voz y al freno*, se encabrió, y que entonces, *un oscuro soldado republicano, cuyo nombre no se ha podido descubrir, le atravesó el pecho de un lanzazo, derribándole muerto al suelo*.

Pasaron aquellos tiempos heroicos cuyo recuerdo sólo basta á consolarlos de todos los agravios que después sufriera la libertad ciudadana en todos los

países de Hispano América y el nombre de Zarasqueta que fue llevado con honra singular por sus hijos en la era republicana, es recordado siempre por todos los que tuvieron ocasión de admirar sus virtudes, y su memoria que tanto prestigio encierra para nosotros, nos ha impuesto el deber de señalar su noble conducta como digna de ser registrada en los anales de la causa independiente.

ANTONIO VALERO LARA.



PRIMER CONCURSO

PARA EL INTERNADO Y EXTERNADO DE LOS HOSPITALES CIVILES DEL DISTRITO FEDERAL

—

Si uno se admira en ocasiones de ver como se aplaza la realización de ciertos progresos de conveniencia indiscutible, aceptados en principio por los más, que privan en el ánimo de todos, y cuya adopción no parece ofrecer dificultades insuperables; y si el indiferentismo, que ahoga todo impulso, se apodera con frecuencia de muchos que debieran tomar la iniciativa, satisface en cambio el convencerse de cómo hay quienes recojan, á las veces, las ideas levantadas, y sepan animar á los de buena fe con voz de aliento.

Dado el primer paso todo parece fácil; el camino se allana, y el problema arduo de ayer viene á ser hoy el pensamiento avanzado que se realiza, ó la reforma necesaria que se lleva á cabo.

Tal sucede con el primer concurso para el Internado y Externado de los Hospitales Civiles, que vamos á reseñar ligeramente, y que acaba de efectuarse según lo dispuesto por el Decreto ejecutivo de 2 de julio del corriente año.

El Hospital Vargas marca á no dudarlo una etapa en la historia de la enseñanza médica entre nosotros, y las últimas disposiciones del Gobierno creando las Cátedras de Clínica y estableciendo los concursos, que abren el ancho campo de la oposición á los estudiantes de medicina, hacen de aquel instituto un centro científico, el único en su género en la República, y que puede colocarse, con un pequeño esfuerzo, á la altura de las necesidades modernas.

El favor personal no será ya el que domine al designar á los que han de desempeñar tan delicada misión, y los electos, al ganar su plaza en noble lid, alabarán los primeros una medida que señala nuevos horizontes para lo porvenir, y deja establecido un precedente que será imitado en lo adelante, siempre que se trate de puestos de igual carácter, como los de Jefes de servicio, Profesores de la Universidad, etc., que no deben darse sino al mérito comprobado, creándose así una carrera verdaderamente científica: la carrera del profesorado, que será timbre de honor para el elegido, y motivo de nobles ambiciones para todos.

Los concursos se encuentran señalados en el primitivo reglamento del Hospital Vargas, pero organizados de una manera tan mal avenida con nuestras actuales condiciones que, por lo menos, habían sido hasta ahora impracticables.

El proyecto de decreto, hoy vigente, nació en la «Sociedad de Médicos y Cirujanos de Caracas», y fue presentado por los doctores Razetti, Domínic y Acosta Ortiz; aprobado por este cuerpo, fue enviado al ciudadano Gobernador del Distrito Federal que lo acogió favorablemente y lo sometió á la consideración de la Junta Administradora de los Hospitales, que lo recomendó á su vez con ligeras modificaciones. Llevado á Gabinete fue aprobado dicho pro-



JURADO PARA EL PRIMER CONCURSO DEL INTERNADO Y EXTERNADO DE LOS HOSPITALES CIVILES DEL DISTRITO FEDERAL

DR. E. CONDE FLORES

DR. MIGUEL R. RUIZ

DR. PABLO ACOSTA ORTIZ
Presidente

DR. ELÍAS RODRÍGUEZ

DR. L. RAZETTI
Secretario

yecto, y elevado á la condición de ley por el Presidente de la República. Refrendaron este decreto, y le prestaron su valioso apoyo los señores Doctor Alejandro Urbaneja y General Francisco Tosta García, Ministro de Instrucción Pública el primero y Gobernador del Distrito Federal el segundo.

La Junta Administradora de los Hospitales nombró, como lo dispone el referido acuerdo, los Jueces que iban á componer el Jurado y que debían ser dos profesores de la Universidad Central, dos jefes de servicio de los Hospitales del Distrito, y un médico extraño al profesorado y al servicio facultativo de Hospitales.

Recayó la elección en los Doctores L. Razetti y P. Acosta Ortiz, profesores de la Universidad, Miguel R. Ruiz y E. Conde Flores, Jefes de servicio del Hospital Vargas y el Doctor Elías Rodríguez.

Constituido el Jurado el 16 de julio en el Hospital Vargas se procedió á nombrar la mesa y resultaron electos el Doctor Acosta Ortiz, Presidente, y el Doctor Razetti, Secretario. Se convino en nombrar al ciudadano Gobernador del Distrito Presidente Honorario del Jurado, y se le invitó á asistir á las diferentes pruebas, que se reglamentaron de acuerdo con el espíritu del Decreto; fijando el lapso de inscripción hasta el 7 de agosto y la primera prueba (escrita) para el 9 del mismo mes.

Este día, en el salón del Hospital Vargas, y después de haber pasado lista á los diez y seis aspirantes inscritos, cada uno de los miembros del Jurado presentó una tesis en sobre cerrado y sellado, y una persona extraña escogió de estas el que contenía el tema sobre que iba á versar la prueba. La tesis de anatomía y patología que salió por la suerte fué la siguiente:

Región poplitea—Reflejos: su valor sintomático en patología general.

Inmediatamente los candidatos, llamados por orden de inscripción, ocuparon sus puestos en el lugar arreglado al efecto, donde permanecieron durante dos horas bajo la vigilancia de los miembros del Jurado, que se alternaban cada media hora, durante la preparación de esta prueba.

Terminado el lapso fijado los candidatos se retiraron, dejando sus manuscritos firmados, que fueron recogidos por el Secretario. De los 16 aspirantes inscritos se presentaron 14. Esta prueba fue presidida por el Dr. P. A. Liendo, Director del Hospital Vargas, en representación del ciudadano Gobernador del Distrito.

La lectura de los trabajos comenzó al día siguiente: se depositaron en una urna los nombres de los candidatos, y se fueron sacando por suerte; el alumno llamado tomaba otra boleta y leía la tesis correspondiente, no pudiendo en ningún caso leer la suya propia. Al fin de la sesión el Jurado clasificó á los candidatos según el número de puntos que obtuvieron.

Para la segunda prueba ú oral, se dividieron los aspirantes en varios grupos, y permaneció cada uno en una sala separada bajo la vigilancia de una persona designada por el Jurado; cada uno de los Jueces llevó una tesis de anatomía y patología bajo sobre cerrado y sellado, y al escoger una de estas por la suerte se escribía dicha tesis en una pizarra colocada en lugar visible. Los candidatos fueron llamados uno á uno, y después de impuestos de la tesis, se les daban diez minutos para reflexionar y diez para la exposición; terminada la disertación el candidato abandonaba el local, sin poder volver á él hasta después de publicado el veredicto.

Los temas que salieron para los distintos grupos, fueron:

- 1ª Hueco axilar.—Auscultación.
- 2ª Senos venosos.—Constipación.
- 3ª Arteria Maxilar interna.—Inflamación.

La tercera prueba ó práctica, á la cual sólo son admitidos los que han obtenido 10 ó más puntos en las dos primeras, tuvo lugar en el anfiteatro anatómico de la Universidad Central; concurrieron á ella los 13 candidatos admitidos en la segunda prueba; y las operaciones que ejecutaron sobre el cadáver, y delante del Jurado, fueron las siguientes:

- 1ª Amputación de Lisfranc.—2ª Amputación de Chopart.—3ª Amputación de la pierna en el lugar de elección (colgajo externo).—4ª Amputación del muslo, tercio medio.—5ª Desarticulación de la cadera.—6ª Desarticulación de la muñeca.—7ª Amputación del antebrazo; tercio superior y 8ª Desarticulación del hombro.

Terminada esta última prueba procedió el Jurado á hacer la aceptación y clasificación de los candidatos concurrentes, resultando que fueron aceptados y clasificados así:

Aspirantes	Número de puntos obtenidos
10 José Ignacio Cárdenas	25
20 Julio Alvarez	24
30 Román Soriano	22
40 Eliso Silva Díaz	22
50 Juan A. Asuaje	21
60 Pedro Acosta Delgado	21
70 Juan B. Saez	21
80 Plácido D. Rodríguez	20
90 Julio C. Camejo	20
10 Erasmo Fermín	20
11 Manuel Guzmán	19
12 Rafael Carrillo	17
13 Buenaventura García	17

Los candidatos que obtuvieron igual número



GRUPO DE INTERNOS DESPUÉS DE LA PRUEBA PRÁCTICA SOBRE EL CADÁVER



GRUPO DE EXTERNOS

ro de puntos fueron clasificados por la suerte públicamente.

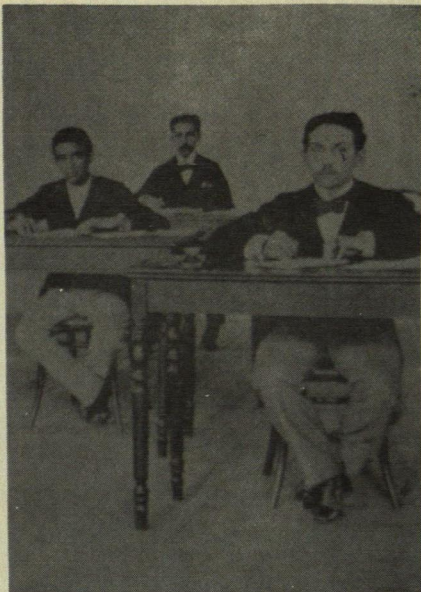
Después del Internado pasó el Jurado á verificar las pruebas del Externado, y en atención á que por esta sola vez los aspirantes á este concurso son alumnos de primer año, todo se limitó á una prueba oral sobre un tema de *osteología*, *artrología* ó *histología* y se efectuó del mismo modo que la del internado,

pero con cinco minutos de reflexión y cinco de exposición, como lo determina la ley.

Después de esta prueba se aceptaron 17 aspirantes, y quedaron clasificados así:

Aspirantes	Número de puntos obtenidos
1º Carlos Velázquez	18
2º Pedro Crescentino	18
3º E. B. Perdomo Hurtado	18
4º Camejo Acosta	18

5º Constantino Crescentino	16
6º J. Vicente López	16
7º Ignacio Zubillaga	16
8º Luis A. Gómez Díaz	16
9º Abelardo Hernández	14
10 J. Manuel Castillo	14
11 J. M. Rodríguez	14
12 Isaac Vaz	12
13 M. Perdomo Andrade	12



ASPIRANTES AL INTERNADO DURANTE LA PREPARACION DE LA PRUEBA ESCRITA

- 14 José R. Núñez Izava 12
 15 Santiago Izaguirre 12
 16 Manuel González Montano 12
 17 Rafael Zamora 12

Los que obtuvieron igual número de puntos fueron clasificados por la suerte. Los candidatos electos ejercerán sus funciones desde el 10 de setiembre próximo, y serán destinados al Hospital Vargas, la Casa de Beneficencia, el Manicomio y el Lazareto, teniendo derecho á escoger, según el orden de clasificación, el servicio ú Hospital á que quieran pertenecer.

Como no se han presentado aspirantes en número suficiente, la Junta Administradora de los Hospitales hará nombramientos provisionales para las plazas vacantes, según lo establece la ley; y se abrirá nuevo concurso en diciembre próximo para optar á dichos puestos. El sueldo de los internos es de 960 bolíva-

res por año. El servicio de los externos es gratuito, pero en los próximos concursos sólo serán admitidos al Internado los externos titulares.

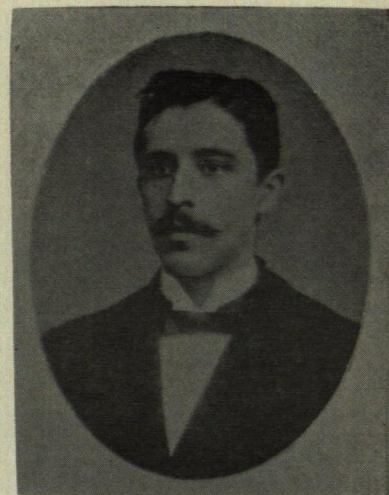
El Gobierno ha creado dos premios para los internos que resulten más aprovechados en un concurso especial que se abrirá el 10 de octubre de 1898.

Estas recompensas consistirán en una medalla de oro y otra de plata. Los agraciados gozarán además de una pensión anual de 4.800 bolívares, con el objeto de que se trasladen á un centro científico extranjero á estudiar una especialidad.

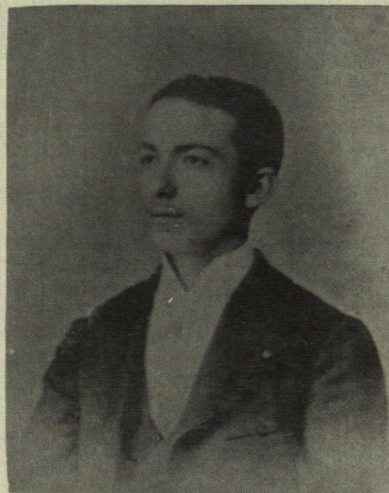
Habrán además de los premios mencionados, dos *accessit*, y los favorecidos con ellos reemplazarán á los pensionados en caso de renuncia ó muerte de estos, ó si el Gobierno les retira la pensión por mala conducta.

Caracas: agosto de 1895.

X:



JOSÉ IGNACIO CÁRDENAS — PRIMER INTERNO

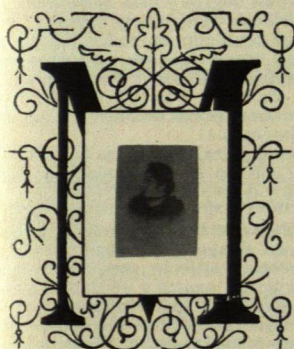


CARLOS MANUEL VELÁZQUEZ — PRIMER EXTERNO

PAGINAS CORTAS

Las hebillas de mi tía

(POR POLITA DE LIMA)



E ha puesto la pluma entre los dedos una ocurrencia peregrina que ha venido á convertirse en serio compromiso para mí; es de una anciana tía de mi madre á quien yo, desde niña, me acostumbré á darle tan dulce título.

Imagínate lector, una viejecita recta, cuanto se lo permiten sus años, pulcra, delicada, respirando la presunción de la limpieza, sumamente metódica, casi de ordinario vestida de blanco y con su pafuelito doblado en pliegues simétricos atado al cuello.

Si la vieras en sus buenos días, recordando sus tiempos de inocencia (porque la vida de mi tía ha sido la vida de un lirio) y cantando con su voz apagada ya; pero que re-

suenan aún como las últimas notas de una lira, sus canciones francesas.

Siempre tuvo particular aversión al matrimonio, nos dice amenudo sonriendo, cuando la interrogamos curiosamente: "nunca quise esclavizar mi libertad."

De esmerada educación, inteligente, de rostro simpático y finas maneras, le sobraron adoradores según cuentan los que la conocieron allá en sus mocedades.

Es lo cierto que mi tía no fué nunca solterona rencorosa y por el contrario le gustaba rodearse de muchachas casaderas para acariciar aquellas cabezas pobladas de un enjambre de ilusiones juveniles.

Mi tía, como todas las personas de edad, tiene sus preocupaciones y sus caprichos.

Ve la aproximación del fin de sus días con la tranquila indiferencia de los orientales; pero en ella se manifiesta esa resignación por una razón distinta: aquellos confían, á pesar de su vida pecadora, en el paraíso de las huríes prometido por Alá; y ella, con la convencida fe del cristiano cree que, habiendo sido justa, Dios la debe tener un sitio reservado en el cielo de los buenos.

Esperando, pues, la no temible hora y siendo tan amiga del orden en todas las cosas, hasta en las extremas, no quiere morir *intestato* y ha hecho formal repartición de sus escasos bienes; dicho testamento reposa en poder de persona allegada y por una coin-

cidencia cayó en mis manos, causándome rara extrañeza su lectura.

Guiada siempre por este que pudiéramos llamar capricho—María nos convocó en una ocasión á todas las sobrinas, es decir, á los retoños de su cariño, y abriendo un cofre antiguo, admirablemente tallado, nos hizo donación de todas sus prendas; entre las favorecidas fui yo la que más; pues tocóme en suerte los lindos pendientes con que hiciera su primera comunión; los conservo intactos, sin querer reformarlos y los uso con inmenso placer trasportándome á la época en que mi tía, una linda jovencita de quince años, se acercaba por vez primera á la santa mesa para alimentar su pura alma con el pan Eucarístico.

Pero vamos al caso: ayer en la mañana recibí una esquila escrita con letra legible todavía en la cual me suplicaba mi tía que atendiera á su llamada.

Dispuesta á complacerla acudí inmediatamente y cuál sería mi sorpresa al encontrarme con que me tenía un obsequio; pero eso sí con la condición de que había de darle yo la de usarlo y más aún la de corresponder á él con lo que ella me exigiese: incliné la cabeza pensando en qué nuevo capricho sería aquel y prometí lo cuanto quiso.

Tengo para tí, añadió enseguida, un par de hebillas de plata cincelada, que puestas como están ahora en una cinta de terciopelo, se usaban como pulseras en mi tiempo, las

estrené cuando cumplí dieziocho años, y diciendo y haciendo, mi tía las ajustó á mis brazos; ahora, le dije yo, viéndola recelosa en hablar, qué pide usted á trueque de haberse desprendido, á favor mío, de tan valiosa prenda?

—Quiero, me contestó, que escribas mi necrología.

—Escribir su necrología en vida, gozando usted todavía casi perfecta salud?

—Sí, tú debes satisfacer tal vez el último deseo de tu anciana tía.

En vano le recordé que uno igual costó la vida al célebre Carlos V., pues me contestó con su lógica inflexible: "si el Emperador murió porque no tuvo valor para sobrevivir á sus honras fúnebres, yo viviré satisfecha los pocos días que me restan leyendo lo que de mí hubieras dicho después de mi muerte."

Continué resistiéndome con argumentos que ella destruía con el poderoso ascendiente de la autoridad y el cariño; replegada hasta mis últimas trincheras hallé por fin este razonamiento concluyente:

—Pero tía, qué dirá el mundo al ver que con la frialdad de un anatómico voy á hacerle la autopsia moral para escribir su necrología? Creerán que me es usted completamente indiferente y que tengo el corazón más estoico que imaginarse pueda.

—Pues entonces, no hay nada de lo dicho, me interrumpió ella y entre indignada y llorosa hizo ademán de quitarme las pulseras.

Al contemplar humedecidas aquellas pupilas avaras de luz y deseando conservar las raras hebillas le prometí lo que estaba segura de no cumplir.

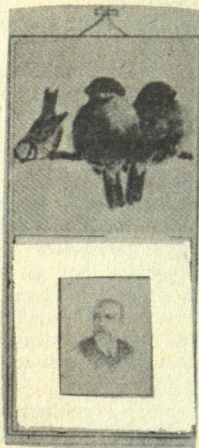
Llegué á casa y al inclinarme sobre el escritorio, con la pluma en la mano y el papel en blanco, siéndome imposible escribir una necrología en vida de la anciana señora, como inspirada por un dios ocurrente, trasladé al papel estas "Hebillas" que ojalá logren contentar á la buena y querida tía y proporcionarte un rato ameno á tí, caro lector, que pacientemente has seguido mi relato.

Recuerdos

(POR JOSE ECHEGARAY)

(Conclusión)

2.ª Y 3.ª PESADILLA



Este sueño brotaba, por decirlo así, de pronto, como cuando se levanta el telón y aparecen la escena y los personajes, dispuestos todos á comenzar el drama.

Así, me veía yo, de repente, sentado en un sillón junto á un brasero y con la sorpresa, llámese cómica ó trágica—que trágica me parecía—de sentirme viejísimo: con ochenta ó noventa años nada menos.

Y no había recurso; había llegado al fin de mi vida: de un día á otro, de uno á otro momento iba á morir.

Mi angustia y mi desesperación eran indecibles. Me veía viejo por sorpresa; sin haber vivido casi; sin haber gozado de la vida. La vispera, un joven de diez y ocho ó veinte años; y en aquel instante un anciano decrepito.

"Pero ¿cómo es esto posible, señor?—pensaba yo.—Si no recuerdo nada; si mi existencia está vacía; si aún no he concluido mi carrera! ¿Qué salto es este de la juventud á la vejez por encima de toda una existencia!"

Y todos eran lamentos y furores y anatemas contra la suerte traicionera y contra mi propia imbecilidad. Sí: contra mí, que había vivido, por lo visto, sin hacerme cargo de que vivía, sin darme la voz de alerta, sin haberme dicho ni una vez sola: "Repárala que estás viviendo."

Una existencia entera que se va de entre las manos como el agua escurre por los dedos. Un indigno escamoteo de placeres y dolores.

Esta pesadilla, tan pobre de accidentes que no tenía ninguno, amagóme más de una vez con un accidente. ¡En tal estado de excitación nerviosa y de pena profunda me ponía!

Y, cosa extraña, nunca soñé que aquello era un sueño; siempre imaginé que era la verdad misma.

Muchos años después, he oído cantar á Gayarre por manera admirable la hermosa romanza del último acto del *Mefistófeles*, cuando Fausto llega á la vejez y está á punto de morir. Pues, en mi sueño, yo era una especie de Fausto, aunque no cantaba ninguna romanza.

Si la pesadilla era angustiosísima, en cambio al despertar sentía una alegría infinita. No era viejo todavía: mentira había sido todo aquello: era joven; era fuerte; la vida estaba entera, llena de luces y colores, llena de promesas. Las zapatillas, la bata y el brasero podían irse al diablo; que aún tenía yo calor para muchos inviernos.

¡Lo malo será cuando la pesadilla se convierta en realidad, y el despertar alegre en plena juventud no sea otra cosa que sueño engañoso y fugaz!

Y vamos á la tercera pesadilla, la reciente, la última, la que no hace mucho me hacía pasar una mala noche por cuarta ó quinta vez; porque, como queda dicho, mis tres pesadillas clásicas han tenido tanto éxito, que todas ellas han merecido gran número de representaciones.

En esta última ya era yo hombre formal, ó por hombre formal me tenía. Ya era autor dramático, ó autor dramático me llamaban. Ya se habían representado mis obras en toda la América española y en todo el Norte de Europa, desde Alemania á Suecia y desde Holanda á Polonia. Pero en la pesadilla—y en esto la pesadilla se parece á la realidad cuanto pueden parecerse dos cosas idénticas—no había podido cobrar los derechos de mis obras ni en América, ni en Alemania, ni en Holanda, ni en Suecia, ni en Polonia. Y esto es lo cierto.

Pues hé aquí que un día recibo un aviso, una especie de nota colectiva de todas las embajadas, diciéndome que se ha resuelto, no sé por quién ni cómo, reintegrarme todos los derechos atrasados y que desde luego puedo presentarme en el Crédit Lyonnais á recoger la expresada suma.

La pesadilla empezaba bien: para iluminar la realidad mísera quisiera yo muchas pesadillas de este linaje.

Me presenté, en efecto, en la casa de banca, y me dieron unos paquetes enormes de billetes de Banco. Eran todos los atrasos: una fortuna: cuatro ó cinco millones de reales. Me atesté los bolsillos del abrigo de legajos de billetes y me marché á la calle. Pero á la salida me detuvo un caballero muy elegante, muy fino, y con acento italiano me dijo que acababa de llegar Eleonora Duce; que se proponía representar una de mis obras; que en aquel momento se la iba á leer á la compañía y á unos cuantos amigos, y que tendría mucho gusto en que yo asistiese á la lectura.

Yo me dejé engañar por mí mismo como el más inocente labriego; y sin la menor desconfianza seguí al italiano del sueño.

Entramos en una casa; subimos al cuarto principal y penetramos en una antesala que me parece que la estoy viendo: con un perchero, dos ó tres sillas y una lámpara.

El italiano me ayudó á quitar el abrigo, ¡el maldito italiano! creación, sin duda, de uno de mis hemisferios cerebrales, que estaba preparándose para dar un soberano timo al otro hemisferio. La estufa de lo consciente por lo inconsciente: porque, según parece, yo había preparado, á espaldas de mí mismo, un lazo á la imbecilidad de mi sér, al vagar éste por los crepusculares salones del sueño.

Como iba diciendo, mi italiano—y bien puedo llamarle mí mismo puesto que yo lo forjé—me quitó el abrigo y lo puso en el perchero. Y yo, nada; como un idiota, sin recordar que llevaba cinco millones en los bolsillos del abrigo.

Precediéndome el italiano, atravesamos unos pasillos y llegamos á un salón; pero de este salón ya no me acuerdo, ó no lo ví dibujado en mi fantasía ó se borró la imagen. Unicamente sé que me quedé solo; que el italiano entró á avisar á la señora Duce, que pasó mucho tiempo, que nadie venía, y que al fin, como despertando de otro segundo sueño, me acordé de mis cinco millones y me puse á correr por toda la casa llamando á voces á todo el mundo. ¡Trabajo inútil! La casa estaba desierta y desamueblada y la antesala limpia por completo; ni sillas, ni lámpara, ni perchero, ni abrigo: la puerta de la escalera abierta.

Por la puerta salté y por la escalera bajé pidiendo á gritos que acudiesen todas las autoridades gubernativas y judiciales de Madrid. Pero Madrid se había quedado tan desierto como la casa del timo; ni carros, ni coches, ni tranvías, ni gente, ni una sola pareja de orden público: en esto también el sueño iba pareciéndose á la realidad. Corría calles y calles, y no encontraba á nadie; ó todo Madrid se

había muerto; ó todos en comunidad se habían marchado á la Pradera del Santo á repartirse alegremente los cinco millones de mis derechos teatrales.

Aquí empezó ya la pesadilla á ser pesadilla y á ser penosísima.

Madrid, tan lleno de vida, muerto; todo el mundo cómplice del robo; el fruto de mi trabajo, el porvenir de mi familia, estafado indignamente por una combinación diabólica de las cinco partes del mundo.

Al fin, no sé dónde, porque aquel Madrid que yo recorría sin sombrero y sin abrigo y dando gritos, no era el Madrid que todos conocemos, sino una población fantástica y borrosa; al fin, digo, tropecé con un agente de orden público, al cual le conté lo que me pasaba, y él me dijo que le acompañase al gobierno civil. Y al gobierno civil le seguí, sin caer en la cuenta de que el taimado y enconadizo agente de la autoridad era otra creación de mi cerebro ó de alguno de sus rincones que se había propuesto embromar á toda la masa encefálica.

Aquella noche llevaba sin duda en mi cabeza, á un imbécil y á un tunante, y entre los dos me estaban haciendo pasar un mal rato.

Llegamos, pues, al supuesto gobierno civil, es decir, á un caserón viejo y sombrío, á donde, según mi acompañante me aseguró, las oficinas de policía habían sido trasladadas.

No recuerdo el portal, no recuerdo la escalera, ni recuerdo el vestíbulo, ni sé cómo me ví dentro del caserón, ni sé lo que se hizo del agente de orden público: este es otro desgarrón de mi memoria, otro agujero negrísimo de aquel sueño. Lo que sí recuerdo es, que me ví corriendo por unos pasillos muy negros y muy estrechos, sin puertas ni ventanillas á ninguna parte, y sin que nadie acudiese á mí por más que yo pedía justicia á voz en cuello. Aquello era otra trama, otra maquinación, otra infamia nunca vista. La pesadilla se hizo dolorosísima y por todo extremo angustiosa. Yo corría y corría, y llamaba y amenazaba con el bastón, porque en esta última parte de la pesadilla yo llevaba un bastón en la mano; pero ¿á quién amenazaba si no había nadie? ¡Qué sé yo! Al espasmo, á las paredes, á seres fantásticos.

Al fin, al dar la vuelta á un pasillo vi venir hacia mí un bulto: tenía forma de persona y tamaño de persona también, pero no era persona; era un monigote muy grande de cristal de colores.

Pero era persona porque andaba y gesticulaba, desordenadamente, y, se puso á bailar delante de mí. No era un sér temeroso ciertamente, y, sin embargo, me puse á temblar; sentí mucho frío, y la pesadilla llegó á su período álgido.

Al fin, una especie de furor ciego se apoderó de mí y empecé á dar de bastonazos al monigote, haciéndole mil añicos que cayeron al suelo—que entonces reparé que era de mármol—desmenuzándose en otros mil cristales.

Díme á correr queriendo salir de aquel edificio, pero sin conseguirlo; siempre corredores y más corredores, pasillos y más pasillos: el dichoso gobierno civil era una maraña, un laberinto sin salida; y á cada paso me salían nuevos monigotes de cristal danzando con una flexibilidad maravillosa á pesar de ser tan quebradizos y tan rígidos.

Ellos á danzar delante de mí y á burlarse de mí con sus muecas de cristal cuajado; yo á romperlos á bastonazos; y los pedazos de cristal á caer sobre el mármol y á romperse más y más.

El sueño ya no era pesadilla; era delirio: los corredores cada vez más negros y más estrechos: el suelo cada vez más lleno de vidrios y cristales: los monigotes de cristal brotando de todos los rincones y encurrujados y convirtiéndose en turbas sin fin que yo no me cansaba de hacer trizas; y la pesadilla sin señales de llegar á su fin; al contrario, cada vez más corredores y más cristalería y angustias y ansias más intensas.

No sé cómo ni porqué desperté; pero la pesadilla me dejó rendido y con un sentimiento indefinible de horror, de rabia y de repugnancia.

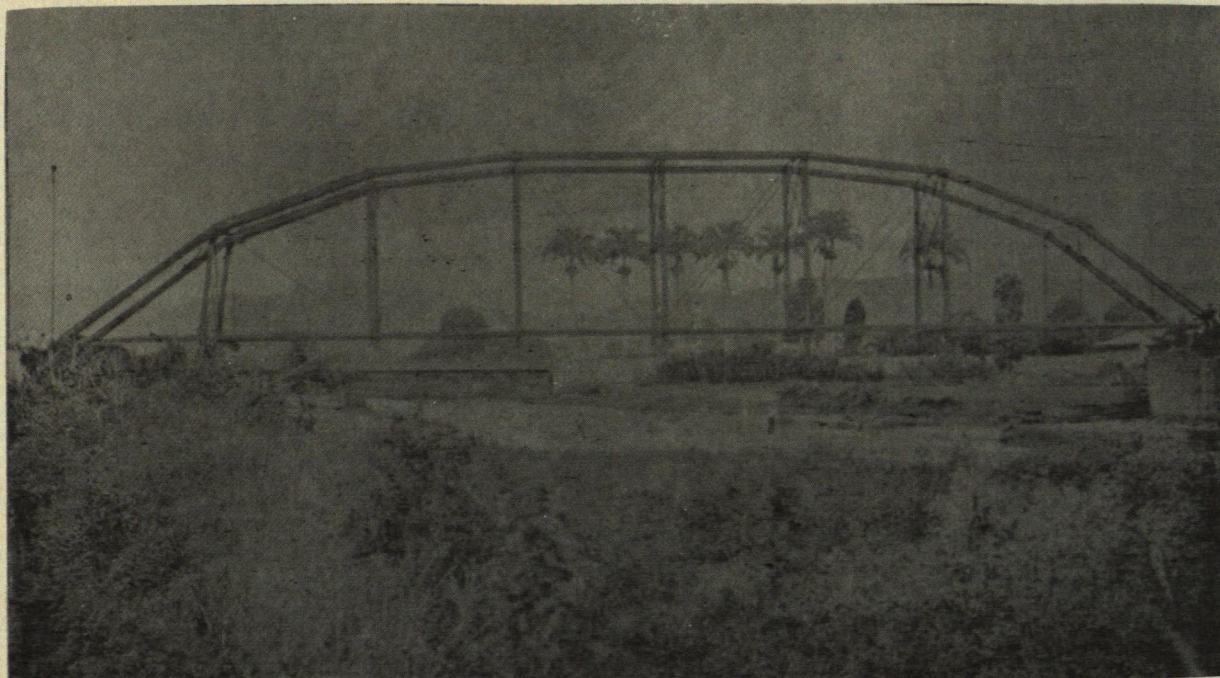
Y como ya supongo que mis lectores tendrán una buena jaqueca si no tienen una buena pesadilla, aquí termino el presente artículo, asegurando que cuanto en él he dicho es exacto y verdadero; que nada he querido añadir á lo que realmente sentí ó soñé y que estos recuerdos de hoy—como todos los que llevo escritos—ó, mejor dicho, los que llevo dictados, no tendrán más que un mérito, pero este lo tiene: una sinceridad absoluta.

Vargas Vila

EN EL ALBUM DE POLITA DE LIMA

Desolada como la campiña que te rodea será esta página.

¡Para qué quieres mi nombre ni mi acento aquí donde las musas han cantado?



NUEVO PUENTE SOBRE EL GUAIRE — AL TÉRMINO DE LA CALLE SUR 7 — CARACAS

Pájaro salvaje y bravío nacido en la tormenta hecho para tender el ala sobre el huracán indómito y dar el grito guerrero á los cuatro vientos del espacio ; qué quieres que haga con esta jaula de ruiseñores que modulan tus gracias y tu nombre ?

Águila marina hecha para cazar los alciones de la lira mía en los mares tempestuosos de la política ; para qué quieres que plegue el ala húmeda todavía, y erizada por el viento del último combate, en este libro, selva florecida, donde todas las aves de la patria se han dado cita para gorjear de amores !

Dejadlas; no las espantéis.

La sola enunciación de mis ideas en estas páginas, perturbaría el festín, y, como la cabeza cortada del Baptista, en *La Aparición* de Gustave Moreau, mi pensamiento indómito produciría espanto, y la Fé, como la Salomé bíblica, sentiría la sierpe anudada á su garganta.....

Sólo mi nombre, pues, dejaré en tu libro.

Y, lo dejo en señal de admiración.

J. M. VARGAS VILA.

Coro: 24 de junio de 1895.

Acuarelas de Inglaterra.

(POR GEORGES LECOMTE)

EL Támesis, tan trágico entre los parapetos y bajo los puentes de Londres, en su pesada atmósfera de brumas y humaredas, tiene una gracia riente á las puertas mismas de la gran ciudad.

Creeríase que son otras aguas; aquí estrecho, apenas suficiente para dar paso, por entre su florecimiento de islas, á un frágil barquichuelo; allá, majestuosamente espacioso; diríase que el angosto río se expande de repente, como por un prodigio, porque fuese necesario un mar á la gigante actividad de la metrópoli.

El contraste sobrecoje: después de la vasta extensión de aguas fangosas y turbulentas, la corriente perezosa de un riachuelo; en lugar de severos muelles y orillas de flores y verdura, el inmóvil esplendor de un manto de luz tendido sobre follajes.

Entre el macizo, tras el encaje de las frondas, aparecen las extensas praderías, suntuosamente verdes, en que la alegría de las flores se anima al brillo de la luz, semejando chispeante exposición de alhajas, y surgen de los verdores quintas color de rosa, ceñidas de frisos violetas de clemátides. En el fondo de aquella naturaleza lujuriosa y fresca asoman grupos abigarrados de niños que juguetean sobre el césped, pareciendo flores deslumbradoras que se deshojan y vuelven á juntar sus pétalos.

Suaves curvas ocultan á trechos el curso del río, por el que descienden inglesas loquillas que dirigen gallardamente sus batelillos, ó que descansan en lánguida actitud á la sombra del ramaje desfalleciente de los árboles. En otros botecillos, amarrados á lo largo de las islas bajo cúpulas de hojas, se divisa la blancura de la porcelana y se eleva un hilillo de humo de los recipientes de cobre: es la hora del té y de las golosinas, tan querida á las inglesas que no la suprimen ni en los vaivenes de un *express*, ni en los balanceos de un yacht; hora de encantos en esta vida sobre el agua, alegremente decorada por todas las galas de la naturaleza.

El bermejo líquido humea en las tazas, mientras se recrean las rubias muchachas; los cisnes ya cebados nadan hacia ellas, desplegadas las alas temblorosas, discurriendo con graciosa majestad en redor de los bates.

En la quietud de la hora y del paisaje es deliciosa esa *five o'clock tea* de las muchachas y los cisnes.

Los tres ladrones

(POR EL CONDE TOLSTOY)

Un mujik (aldeano ruso) llevaba un asno y un macho cabrío para venderlos en la ciudad.

Un collar con un cascabel adornaba al macho cabrío.

Vieron tres ladrones al mujik, y dijo uno de ellos:

—Voy á robarle el macho cabrío sin que él lo note.

El otro ladrón respondió:

—Bueno: luego le robaré el burro de la misma manera.

—Eso no tiene nada de particular, respondió el tercer ladrón, yo le voy á robar la ropa que lleva puesta.

El primer ladrón se aproximó con muchísima cautela, cogió el macho cabrío, quitó el collar y puso este al burro en la cola, echando luego á correr con su presa.

A poco andar, el mujik volvió la cabeza, y no viendo al macho cabrío, empezó á buscarlo.

Entonces el segundo ladrón se aproximó al aldeano y le preguntó qué buscaba, contestándole el pobre hombre que le habían quitado el macho cabrío.

—Acabo de verlo, replicó el ladrón, un hombre va por el bosque llevando el animal; todavía puedes alcanzarlo.

Corrió el mujik en busca del macho, dejando confiado el asno al ladrón. Este se apresuró á echar á correr con su presa.

Cuando volvió el aldeano y vió que el asno también había desaparecido, se echó á llorar, y emprendió camino adelante.

Así iba, cuando al pasar cerca de un estanque, encontró un hombre que también estaba llorando; preguntóle el mujik cuál era la causa de su llanto.

El hombre contestó que le habían encargado ir llevar á la ciudad una alforja llena de oro, que se había dormido cerca del estanque, y durante su sueño cayó la alforja al agua.

Hubo de replicar el mujik que por qué no se tiraba al agua para buscar la alforja.

—La tengo miedo, dijo su interlocutor; y además no sé nadar; pero de buena gana daría veinte piezas de oro á quien la sacase.

El mujik se puso muy contento, y pensó en su fuero interno lo siguiente:

—Dios quiere reparar la pérdida del asno y del macho cabrío.

Acto seguido se desnudó, se tiró al agua y no encontró tal alforja.

Cuando salió del estanque su ropa ya había desaparecido.

Se la había llevado el tercer ladrón.

Minué

A Paul Bourget

"POR GUY DE MAUPASSANT")

—Las grandes desdichas no me entristecen mucho, decía Juan Bridelle, un solterón que pasaba por escéptico. He visto de cerca la guerra y he caminado por entre los muertos sin alterarme. Las crueldades de la naturaleza ó de los hombres pueden arrancarnos gritos de horror ó de indignación, pero no nos producen esa pena aguda, ese estremecimiento que corre por las espaldas á la vista de ciertas pequeñeces alictivas. El dolor más violento que puede experimentarse es ciertamente la pérdida de un hijo para una madre ó la pérdida de la madre para el hombre. Eso es violento, terrible; eso desconcierta y desgarrá; pero se cura uno de esas catástrofes como se cura de grandes heridas que sangran mucho tiempo. Ahora, ciertos encuentros, ciertas cosas entrevistas, adivinadas, ciertas penas ocultas, ciertas perfidias de la suerte, que remueven en nosotros todo un mundo doloroso de pensamientos, que entreabren de repente la puerta misteriosa de los sufrimientos morales, complicados, incurables, tanto más profundos cuanto más benignos parecen, tanto más acerbos cuanto más insignificantes, tanto más tenaces cuanto más facticios y que dejan en el alma como un reguero de tristeza, como un sabor de amargura, como una sensación de desencanto de la que no podemos desembarazarnos sino al cabo de mucho tiempo.

Yo tengo siempre presente dos ó tres cosas en que otros seguramente no se habrían fijado y que han penetrado en mí como largas y agudas punzadas incurables.

Quizá no comprenderéis la emoción que queda de esas rápidas impresiones. No os diré sino una. Es vieja, pero está viva como si fuese de ayer. Es probable que mi propia imaginación haya contribuido á un eternecimiento.

Tengo cincuenta años. Era joven y estudiaba el Derecho. Un poco triste, un poco soñador, impregnado de una filosofía melancólica, no me gustaban los cafés ruidosos, los camaradas vociferantes, ni las chicas estúpidas. Me levantaba temprano y uno de mis mayores placeres consistía en ir á pasearme solo, próximamente á las ocho de la mañana, en el semillero del Luxemburgo.

¿No habéis conocido ese semillero? Era como un jardín olvidado del otro siglo, un jardín que tenía la placidez de una sonrisa de anciano. Tupidos setos separaban las calles estrechas y regulares, calles tendidas entre dos muros de follaje metódicamente cortados. Las grandes tijeras del jardinero alineaban sin descanso estos tabiques de ramas, y, de trecho en trecho, se encontraban cuadros de flores, platabandas de arbustos colocados como colegiales de paseo, grupos de rosales magníficos ó regimientos de árboles frutales.

Un rincón entero de este maravilloso bosquecillo estaba habitado por las abejas. Sus casas de paja, sábiamente construidas sobre tablas, abrían al sol sus puertas tamañas como la boca de un dedal, y á lo largo de los caminos se encontraban las inoscas zumbadoras y doradas, verdaderas propietarias de ese pacífico lugar, verdaderas paseantes de aquellas tranquilas avenidas.

Yo iba allí casi todas las mañanas. Me sentaba sobre un banco á leer, y á veces dejaba caer el libro sobre las rodillas para soñar, para escuchar á París vivir á mi alrededor y gozar del reposo infinito de aquellos plantíos, á la moda antigua.

Pero pronto caí en la cuenta de que yo no era el único que frecuentaba aquel sitio desde que se abría el portal: encontré algunas veces, frente á frente, en el ángulo de un macizo, á un raro viejecillo.

Llevaba zapatos con hebillas de plata, una camisa de punto, una levita color de tabaco, un encaje á guisa de corbata y un inverosímil sombrero gris, de anchas alas y grandes pelos que hacía pensar en el diluvio.

Era delgado, muy delgado, anguloso, gesticulador y sonriente. Sus ojos vivos palpitaban, se agitaban bajo un movimiento continuo de los párpados; siempre llevaba en la mano una soberbia caña de puño de oro que debía ser para él un recuerdo magnífico.

Aquel buen hombre me sorprendió al principio, luego me interesó sobre manera.

Y lo acechaba á través de las paredes de las hojas, lo seguía de lejos, ocultándose en las volutas del bosquecillo para no ser visto por él.

Una mañana, como se creyera solo, se puso á hacer movimientos singulares: saltitos al principio, una reverencia después; luego, con la flaquísima pierna hizo una alegre cabriola, comenzó á dar vueltas en un mismo punto, saltó agitándose de una manera chusca, sonriendo como ante un público, haciendo gracias, retorciendo los brazos, enroscando su pobre cuerpo de maniquí, dirigiendo al vacío ligeros saludos enternecedores y ridículos. Bailaba!

Permanecí como petrificado de espanto, preguntándome cuál de los dos estaba loco, él ó yo.

Pero se detuvo de repente, se adelantó como hacen los actores en la escena; luego se inclinó retrocediendo con sonrisas graciosas y besos de comedianta que lanzaba con su mano trémula á las hileras de árboles podados.

Y volvió emprender su paseo con entera gravedad.

A partir de ese día, no lo perdí de vista; cada mañana comenzaba su ejercicio inverosímil.

Me entró una gana loca de hablarle. Me arriesgué y, después de saludarlo, le dije:

—Hoy hace un hermoso día, caballero.

El se inclinó.

—Sí, señor, es un día como los de mi tiempo.

Ocho días después éramos amigos y yo conocía su historia. Había sido profesor de baile en la Opera, en tiempos del rey Luis XV. Su hermosa caña era un regalo del conde de Clermont. Y, cuando se le hablaba de baile, no cesaba de charlar.

Un día me hizo la siguiente confidencia:

—Me casé con la Castris, señor. Os la presentaré si gustáis, aunque ella no viene aquí hasta la tarde. Este jardín, ved, es nuestro placer y nuestra vida. Es todo lo que nos queda de otros días. Nos parece que no podríamos existir si nos faltase.

Es viejo y distinguido, ¿verdad? Creo respirar en él un aire que no ha cambiado desde mi juventud. Mi mujer y yo pasamos aquí los mediodías. Pero yo vengo también en la mañana, porque me levanto temprano.

Inmediatamente que almorcé volví al Luxemburgo y pronto ví á mi amigo que daba el brazo ceremoniosamente á una mujercilla vestida de negro y que me fue presentada. Era la Castris, la gran bailarina amada de los príncipes, amada del rey, amada de todo ese siglo galante que parece haber dejado en el mundo un vaho de amor.

Nos sentamos sobre un banco de piedra. Era en el mes de mayo; la fragancia de las flores revoloteaba por las limpias avenidas; un buen sol se deslizaba por entre el follaje y sembraba en nosotros anchas gotas de luz. La saya negra de la Castris parecía completamente mojada de claridad.

El jardín estaba desierto. A lo lejos se oía rodar los fiacres.

—Explicadme, pues, le dije al viejo bailarín, ¿qué era el minué?

El se estremeció.

—El minué, señor, es la reina de las danzas

y la danza de las Reinas, entendéis? Desde que no hay reyes no hay minué.

Y comenzó, en estilo pomposo, un largo elogio ditirámico, del cual no comprendí nada. Quise hacerme describir los pasos, todos los movimientos, las posiciones. El se confundía, se exasperaba de su impotencia, nervioso y desolado.

Y, de repente, volviéndose hacia su antigua compañera, siempre silenciosa y grave:

—Elisa, quieres, dí, quieres que mostremos al señor lo que era? Quedarás elegante.

Ella volvió sus ojos inquietos en todas direcciones, luego se levantó sin decir palabra y fué á colocarse en presencia de su esposo.

Entonces ví una cosa inolvidable.

Iban y venían con agilidad infantiles, se sonreían, se balanceaban, se inclinaban, saltaban semeando un par de muñecos que hiciera bailar un mecanismo antiguo, un tanto descompuesto, construido antes por algún obrero muy hábil, según la manera de su tiempo.

Yo los veía, presa el corazón de sensaciones extraordinarias y el alma de indecible melancolía.

Me parecía ver una aparición lamentable y cómica; la sombra demudada de un siglo.

Tenía ganas de reír y necesidad de llorar.

De repente se detuvieron: habían terminado las figuras de la danza. Durante algunos segundos permanecieron de pie, uno delante del otro, gesticulando de un modo sorprendente; después, se abrazaron sollozando.

Cuando volví á París, dos años más tarde, habían destruido el semillero. ¿Qué se han hecho sin el querido jardín de otros días, con sus caminos en laberinto, su olor del pasado y las graciosas vueltas de los plantíos?

¿Han muerto? ¿Vagan por las calles modernas como proscritos sin esperanza? ¿Bailan, espectros extraños, un minué fantástico entre los cipreses de un cementerio, á lo largo de los senderos bordeados de tumbas, al resplandor de la luna?

Su recuerdo me persigue, me atormenta, me tortura; vive en mí como una herida. Por qué? Yo no lo sé.

Encontraréis esto ridículo, no es cierto?

Los dos Sebastianes

(POR RICARDO PALMA)

No había en Lima, por los años 1817, muchacha más pretendida que la linda Carmencita, hija única de la dos veces millonaria marquesa X..... Como se ve, no era ella de las que dicen:

"Si me caso contigo
me da mi madre
un olivár que tiene
puesto en el aire."

Según aparece del legajo número 9 del archivo del consulado, entre los 158 coches y 828 calesas que por entonces pagaban contribución fiscal, eran los vehículos de mi señora la marquesa los que figuran en primera línea. Anualmente, el día de su cumpleaños daba la marquesa á sus amigos un almuerzo en Amancaes, almuerzo de cuya esplendidez se hacían lenguas los limeños. Y á propósito de Amancaes, queremos consignar aquí que ese paseo (que se inauguraba el día de San Juan y concluye el de San Miguel) data casi desde la fundación de Lima. En 1349 D. Andrés Cinteros, acaudalado minero de Potosí, vino á establecerse en Lima y fundó en el sitio donde más tarde se edificara el templo de Santo Tomás una capilla consagrada á San Juan de Letrán y en la cual se verificaba la recepción de los caballeros cruzados, los que después de la ceremonia de investidura iban á festejarla en Amancaes. La capilla, con sus pri-

vilegios nobiliarios, se trasladó después á palacio. Esto es cuanto sobre el origen del paseo á la pampa de Amancaes hemos alcanzado á sacar en limpio, y que está en armonía con una sucinta historia que consigna *El Mapa*, periódico que se publicaba en Lima en 1743.

Sigamos nuestra interrumpida narración. Tras de premisas tales, adivinar se deja que Carmencita tendría un cardumen de aficionados. Dos millones en perspectiva, despiertan el apetito.

Entre los pretendientes á la mano de la niña contábanse D. Sebastián de Apezchea y D. Sebastián de Escalada, caballeros ambos del hábito de Santiago. Era el de Apezchea hombre de cuarenta años, de aspecto nada simpático, de modesta fortuna y con fama de avaro. Jamás comió gallina por no desperdiciar las plumas.

En cambio, el de Escalada era el reverso de la medalla. Mozo de treinta años, elegante, rico y gastaba rumbosamente su dinero.

Los dos Sebastianes habían pedido á la marquesa la mano de su hija, y la anciana vacilaba en la elección. Lo acertado hubiera sido que, pues ella creía que ambos aspirantes eran dignos de entroncar con su familia, eligiese Carmencita marido á su regalado gusto. Pero en aquellos tiempos felices de la pajuela y la alhucema, las hijas no tenían voz ni voto.

Desvelábase la marquesa cavilando en las ventajas y desventajas de cada novio, y pasaba el tiempo, y los galanes la apuraban por respuesta. Ella terminó por pedirles una semana de plazo para resolver el empeño.

Cumplíase el plazo el día de San Sebastián, patrono de los dos aspirantes á cargar con mujer y suegra, y desde la víspera anduvo la marquesa en trajes de la cocina al comedor; pues ella misma se ocupó en arreglar dos fuentes de conserva de nísperos. Un criado, vestido con la librea de gala, se presentó en casa de Encalada, y le dijo:

—Dice mi amita la marquesa que los cumplis su merced muy felices, y que á su nombre reciba esta fineza.

Encalada no cabía en sí de gozo. El agazajo se le antojó afecto de suegra, y dando una palmadita al negro, añadió:

—Toma, para que echas un trago á mi salud.

El fámulo volvió contentísimo á casa de su ama, ponderando la generosidad del galán. La marquesa se sonrió, murmurando: "Veremos cómo se porta el otro."

El criado que fue con el zaine á casa de Apezchea, regresó con la cara más triste que un entierro. El de Apezchea le había dado por todo alboroque medio real de plata. La marquesa llamó entonces á Carmen, y la dijo:

Entre un vanidoso derrochador, que hará cera y pábilo de tu hacienda, y un avaro, que si no la aumenta, sabrá conservarla para mis nietos, estoy por el segundo. Te casarás con Apezchea.

Y aquella noche, Encalada recibió calabazas fresquitas, y dijo con un poeta:

"Por tí de Dios me olvidé,
por tí la gloria perdí,
y á la postre me quedé
sin Dios, sin gloria y sin tí."

La marquesa no estuvo errada en su augurio. Corriendo los años, el fastuoso Encalada llegó á pobre; y Apezchea dejó en su testamento tres millones, que sus descendientes creo que han sabido triplicar.

Y no digo más..... porque no digan que, más que una tradición, he escrito una biografía contemporánea.

La balsa

(POR JULES RENARD)

Perico, alelado en la playa, trajeado de nuevo y calzado de botinas charoladas, contempla una balsa que el mar balancea; sigue, fascinado, la ligera ondulación y se dice:

—Héte donde yo me holgaría como un rey! Pero la balsa está muy lejos; el mar es profundo; y en balde Perico se descalzaría sus hermosas botinas y se remangaría la camisa para no mojarla.

Fijos los ojos en la balsa, rehusa marcharse, y hace gestos, se exaspera, contiene el torrente de sus lágrimas, que derramaría en vano en aquella soledad en que nadie le está viendo.

No puede sino desear ardientemente, y esperar.

Durante largo rato nada acontece.

Pero luego, el mar cede, ola por ola, como una sábana que recogieran, estrujándola, los dedos crispados de un enfermo. En breve, la playa ofrece un arenal húmedo, muelle, que pronto seca el sol. El viento mismo se voltea caprichoso, y con un brusco empuje acerca la balsa á la orilla.

Al conjuro de los elementos para satisfacer su deseo, Perico salta sobre el bajel de paso, que leva anclas hacia lo desconocido.

SECCION RECREATIVA

La estomatología

¿Quién dice que la ciencia está en bancarota?

Si cada día se afianza de una manera tan original como victoriosa. Así, desde hace algunas semanas poseemos una nueva ciencia que se llama la "Estomatología."

Se la debemos á un americano.

La "Estomatología" es la ciencia de la boca. Consiste en sacar una serie de inducciones morales de las dimensiones y de las formas del maxilar, de los labios y de los dientes.

Hasta ahora ciertamente, si damos fe al *Journal des Debats*, no poseemos sino un largo artículo de un diario neoyorquino, acerca de los resultados obtenidos por los estudios estomatológicos; pero como este artículo viene acompañado de grabados ilustrativos y de ejemplos históricos sugestivos, constituye así una base suficiente para formular al menos un principio de doctrina. Nos suministra además, científicamente, por varias ilustraciones contemporáneas, algunas nociones que no son precisamente nuevas, pero que siempre interesa verlas comprobadas por los especialistas, después de tanto tiempo.

Las bocas de Jorge Sand, de Mme. Emma Eames, de Sarah Bernhardt, de M. Gladstone, añade el colega, indican claramente que las tres primeras debían ser una novelista, una cantatriz y una trágica ilustre, y que el cuarto no podía llegar á ser otra cosa que un hombre de Estado eminente. Jorge Eliot poseía "una boca de caballo," indicio de inteligencia, de fuerza y de valor. Adelina Patti se distingue por una "linda y graciosa boca, ni muy grande, ni muy pequeña, pero muy agradable y muy femenina," lo que en las señales fisonómicas creo que corresponde justamente á la mención: boca mediana. Safo, Aspasia y Raquel tenían una boca "poética, móvil hasta el grado más exquisito, pero sin descender jamás á la sensualidad."

Se llega, por exámenes de esta especie, á revelaciones tan precisas y tan curiosas, que nuestro colega americano ha podido leer en los labios de una actriz inglesa "la historia fácilmente descifrable de las dificultades que ha debido vencer para adquirir, á despecho de su nacimiento, tantas joyas como una princesa." ¡Tantas cosas, diréis, por tan pequeños indicios? Sí; la estomatología es tanto como todo eso.

Pero en cambio, la estomatología no dejará de ocasionar algunas desilusiones á aquellos de entre nosotros que hayan creído poder gozarse impunemente en esas bocas pequeñas, cuyos labios avanzan ligeramente en forma de "botón de rosa," según la agradable expresión del diario americano. Las mujeres en quienes se encuentra ese detalle característico poseen de ordinario, al mismo tiempo, "una exquisita delicadeza de extremidades, un tobillo y una garganta de pie de una elegancia perfecta." Pero ¡mucho cuidado con esas ventajas! Desconfiad del botón de rosa! Lucrecia Borgia lo tenía! Y, eviden-

temente, es muy poco placentero para un hombre tropezarse con una persona como la hija del tremendo Alejandro VI.

El redactor del periódico neoyorquino no se cansa de ponderar la perversidad de instintos que revela el pérfido "botón de rosa." Indica una "crueldad semejante á la del gato que se complace en torturar al ratón." No es extraño todo lo que le acontece á quien se deje arrastrar por atractivos de ese género. El botón de rosa pertenece á la Vénus de Médicis, y la Vénus de Médicis es el tipo bucal del que uno debe alejarse con más prontitud, en tanto que, al contrario, el tipo de la Vénus de Milo, bello, sereno y noble, semeja la realización absoluta de todas las cualidades femeninas.

"¡Feliz el hombre que pone su corazón en manos de una mujer que tenga la boca de la Vénus de Milo!" exclama el sabio americano en un raptó magnífico de elocuencia lírica;—pero ¡desgraciado del mortal que confía la tranquilidad de su vida á una mujer que tenga los labios como los de la Vénus de Médicis!"

Pero hay numerosas lagunas en el trabajo estomatológico de nuestro colega americano. Sería curioso saber, por ejemplo, qué fisonomía moral presentarían esas bocas..... esas bocas que matan moscas á quince pasos de distancia.

Aguardemos que las investigaciones de la estomatología sean tan completas como se pueda.

XXX.

Resistencia de algunos animales á la sed

Siempre se ha citado el camello como ejemplo notable de resistencia á la sed, condición que lo hace el animal por excelencia para la travesía de los desiertos. Sin embargo, hay otros animales que con él pueden competir: algunos roedores que viven en las áridas llanuras extendidas al pie de las montañas Rocallosas, pasan meses enteros sin encontrar una gota de agua.

Se han hecho experimentos recientes con el ratón común y se ha probado que este animalito puede estar privado de agua durante tres meses consecutivos, sin manifestar el menor sufrimiento.

El monumento de Guillermo Tell

A fines de este mes se inaugurará en la plaza del Rathaus, en Altford (Suiza) el monumento erigido á la memoria de Guillermo Tell.

El escultor, M. Richard Kissling, ha representado al libertador de la antigua Helvecia en el momento en que llega de la montaña, vestido con el traje ordinario de los pastores de los cuatro cantones. La cabeza es soberbia, cubierta con una capucha. En el hombro derecho la enorme ballesta. Los músculos poderosos de las piernas desnudas se marcan enérgicamente bajo la piel. Está calzado con anchos zapatos de montañés, esos zapatos de madera que fabrican ellos mismos y cuyas suelas las fortifican con clavos tamaños como un dedo.

Cerca de Guillermo marcha el joven Walter; la cabeza descubierta, los cabellos rizados; desnudos los pies y las piernas; abrazado con la derecha á la cintura del padre y retiene con la izquierda, con una expresión de ternura, la mano de Guillermo, que está colocada sobre el hombro del niño.

La pesca del tigre!

Tal es, en su pasmosa expresión, la noticia sugestiva que, según un diario francés, comunican los periódicos de Calcuta.

Conviene referirla para alentar á los pescadores con sedal y dar que pensar á los cazadores.

Un pescador se dirigía al río acompañado por un viejo y fiel Shikari que llevaba su carabina para el caso de tropezar con alguna gorda cacería. El pescador, sabiendo que el Shikari podía defenderse de algún ataque imprevisto, por su cuenta, tomó la delantera hacia el río. Al cabo de poco tiempo apresó un gran pez que por lo menos pesaba 20 libras.

Cuando regresaba á la casa con tan hermosa pesca, vio venir hacia sí, al pasar una quebrada, un enorme tigre y antes de que éste pudiera divisarlo, se ocultó detrás de un montón de piedras. Con el susto no tuvo tiempo de quitarle el anzuelo al pez, que cayó al suelo á vista del tigre. Este iba á pasar tranquilamente cuando el pez se removió: el tigre se lanzó sobre él, lo mordió por la cabeza y se lo llevó; pero al sentir la resistencia del cordel y la punzada del anzuelo, dió una sacudida que tuvo por resultado que el anzuelo se le prendiera de un labio. En este momento el animal distinguió al pescador y fijó en él sus ojos verdes y brillantes. El buen señor, no sabiendo qué hacer, tiraba suavemente del sendal, pero bien comprendía que cuando la fiera se exasperase la pasaría muy negra. Afortunadamente apareció en escena el Shikari y con una bala bien dirigida abatió al rey de las selvas.

El Canal de Kiel

De un colega europeo tomamos lo siguiente: La *Voiesche Zeitung*, dice:

«Parece evidente que los barcos que calan más de siete metros no pueden pasar por el canal. En la escuadra francesa y en la inglesa hay muchos que calan ocho metros, y como es probable que Alemania quiera construir buques de ese tipo, estos barcos no podrán jamás utilizar el canal.»

La *Gaceta de Voss* saca la consecuencia de que hay que ahondar el canal si éste ha de ser útil para la marina de guerra. A este propósito añade:

«Vale más confesar francamente el error cometido que comprometer la valía militar del canal haciéndose ilusiones peligrosas.»

La *Bank Zeitung* examina por su parte la cuestión económica del canal y se muestra muy pesimista. Su juicio es que las tarifas establecidas para el tránsito comercial son demasiado altas, y que, de todas maneras, el canal como negocio, es una ruina, y que para cubrir el déficit de sus gastos de entretenimiento «tendrá que abonar el imperio una subvención anual.»

El hombre ardilla

Traducimos de un periódico de Norte-América la siguiente noticia, de cuya autenticidad no respondemos: Anuncian de Hancock, condado de Chenanga (Nueva York) la muerte, en circunstancias extraordinarias y aún increíbles, de un sujeto de veinte y dos años, Thomas Foote, que contraía, según cuentan, las costumbres y los usos de los animales cuya carne comía.

Cuando este señor comía ternera, salía inmediatamente en cuatro patas á pastar en la pradera más cercana. — ¡Probaba carnero? Pues en el acto emprendía carrera, balando sin descanso. — ¡Era gallina lo que había en la mesa? Ya lo tenían anidándose en el primer rincón y escarbando el suelo y devorando cuanto gusano encontraba.

Finalmente, M. Foote padre cazó algunas ardillas y cometió la imprudencia de hacerlas servir en la mesa. Apenas Thomas probó la carne, se escapó á un bosquecillo vecino y empezó á trepar todos los árboles. Su padre salió á perseguirlo, pero el muchacho experimentó y dio muestras de un gran terror, tratando de salvarse de rama en rama, con tan mala suerte, que de repente perdió el equilibrio y cayó al suelo.

Cuando se le incorporó estaba muerto.

Historia natural

LA GALLINA Y LOS GATOS

La historia viene de Inglaterra, bajo la cubierta de un periódico agrícola. Se trata de un caso de adopción, muy extraño. Se tenían ejemplos de adopción de animales por el gato. Se había visto á estos adoptar ratones y conejos y nutrirlos con sus mamas. Pero el caso recíproco, es curioso y quizá único: la adopción de gatos por una gallina.

Há aquí el hecho, cuya exactitud se garantiza.

Una gata adquirió la costumbre de vivir en un corral cubierto en que se guardaban gallinas. Un día dio á luz cuatro gatitos sobre un establo. Una gallina que quería empollar no encontró lugar mejor para hacerlo que la nidada de gatos. Una tarde en que la madre de estos salió á descansar, la gallina se instaló sobre ellos y los cubrió con sus alas extendidas. Cuando volvió la gata, naturalmente se irritó; se cruzaron zarpadas y picotazos: la gallina tuvo que huir. Pero al día siguiente la gata volvió á salir; inmediatamente la gallina voló al establo y cubrió la nidada. Vuelta del felino y nuevo combate.

Este manejo duró hasta que los animalitos estuvieron en capacidad de abandonar el puesto: después de la gata, la gallina; después de ésta, aquélla. Y los pequeños no daban señales de disgusto por la concurrencia.

El caso es positivamente raro. Desgraciadamente no se dice si los gatitos se acuerdan de la ternura de la gallina, y es lo que importa saber. La psicología de los animales es tan poco conocida! Ingratitud terrenal; temo mucho que los gatitos hayan olvidado á su madre de ocasión y sentiría que ya hubiesen cascado á más de un polluelo.

Ello es un mal, pero es muy natural.

Henry de Parville.

El punto sobre la i

Hace algún tiempo venía preocupado un sabio por averiguar desde cuándo se ponen los puntos sobre las *ies*.

La adición del punto sobre la *i* data desde que se introdujo la escritura gótica, en la que había varios perfiles uniformes tanto para vocales como para consonantes *u, m, n*. A fin de no confundirlas con la *i*, se señaló ésta con un acento que se transformó en punto hacia el siglo XVI.

Avispas suicidas

Un relojero de Londres, llamado Henry, dirigió á una revista científica extranjera la curiosa nota que sigue:

«La lectura de un suelto en que se da cuenta del suicidio de un jilguero, me ha recordado una observación que practiqué yo mismo hace algún tiempo y que creo curiosa y digna de ser conocida.»

«Cierta día entró por la ventana de mi taller una avispa y vino á pasear tranquilamente por mi mesa de trabajo, reconociendo todos los objetos que había en ella como buscando algo de su gusto. Cuando llegó al papel blanco sobre el cual dejo las piezas pequeñas, tomé una copa de las que empleamos en el oficio para preservar del polvo las máquinas desmontadas, y aproximándola con cuidado, logré hacer al insecto prisionero. Tras de infinitas vueltas á su cárcel de vidrio, y sin duda al convencerse de que no había escape, demostró su furor de tan evidente modo, que no me atreví á devolverle la libertad por temor á un picotazo, y decidí matarla. Acordándome entonces de la rapidez con que los vapores de bencina asfixian á las moscas, empapé el papel de este líquido por debajo de la copa, que muy pronto se llenó de dichos vapores. El insecto manifestó al principio su sorpresa andando lentamente y deteniéndose á cada paso, después su inquietud con movimientos más rápidos, y á medida que el líquido se extendía por el papel, se fue apoderando del insecto una cólera violenta que demostraba golpeando el papel con patas y mandíbulas, tan fuertemente, que las trepidaciones se percibían en el tablero á algunos centímetros de la copa; por fin, vista su impotencia y sufriendo sin duda horriblemente, se tumbó boca arriba y se clavó por tres veces el aguijón en el coselete, muriendo inmediatamente. El experimento era cruel para mí, que no soy capaz de hacer daño á una mosca, y, sin embargo, mi curiosidad pudo más que mis buenos sentimientos; y con objeto de saber si aquella avispa constituía una excepción, repetí tres veces la observación, siempre con idéntico resultado.»

Marina alemana

Se construye actualmente, en el astillero imperial de Wilhelmshave, un buque de guerra que será el mayor de la marina alemana. Está destinado á reemplazar al antiguo acorazado *Preussen*. Los acorazados *Kurfürst*, *Friedrich-Wilhelm*, *Bandenburg*, *Weissenburg* y *Werth*, que desalojan 10.033 toneladas, son por ahora los mayores buques de la marina alemana. El buque que reemplazará al *Preussen* desalojará 11.038 toneladas. La Alemania sigue así el ejemplo de las marinas inglesa é italiana, que poseen acorazados de más de 14.000 toneladas. El nuevo buque, cuya construcción exige cuatro años, tendrá 115 metros de largo 20,50 de ancho, 7,80 de profundidad y una fuerza de 13.000 caballos. Se calcula en 20.020.000 marcos los gastos de construcción.

Sol artificial

Con motivo de las fiestas del 14 de Julio se hizo funcionar, durante varias noches, frente al restaurant Marguery, en París, un gran sol, formado por una rueda de 4 á 5 metros de diámetro que llevaba en el contorno lámparas incandescentes de todos colores. Un motor eléctrico comunicaba movimiento á la rueda; y con ayuda de un sistema de interruptores y conmutadores muy ingeniosos se obtenían durante el movimiento iluminaciones variadas. Esta disposición la obtuvo M. Champion por medio de 1.000 lámparas incandescentes. Se trata de una novedad que ha excitado la curiosidad de los parisienses. El sol habría podido tener mayor número de lámparas incandescentes, 3.000 próximamente, pero la estación central de la calle Filles-Dieu no ha podido proveer la potencia eléctrica necesaria.

Mensajeros á lo desconocido

Refiere el *Chasseur Illustré* que un gran propietario ruso quiso saber, hace algunos años, hacia qué regiones se dirigían las numerosas bandadas de pájaros que en ciertas épocas atravesaban el país en que posee sus tierras. Con este fin, hizo cazar en trampas cierto número de aquellos volátiles y antes de darles de nuevo libertad, les ató á la cola tubitos que contenían su dirección en ruso, francés, alemán é inglés, suplicando á quien los apresase ó matara le enviara como respuesta la fecha y el lugar en que lo hiciesen. Pasó mucho tiempo sin que el propietario recibiera noticia alguna; pero últimamente ha recibido una curiosa carta que á estas horas publican los periódicos alemanes. Le ha sido dirigida por Slatin-Pacha, uno de los europeos hecho prisionero por el mahdí después de la toma de Karthoum y que ha logrado escaparse recientemente. Slatin-Pacha explica en su carta que en noviembre de 1892, un mahdista de la provincia de Dongolah mató un pájaro portador de un tubo que contenía un des-

pacho. No pudiendo descifrarlo, ocurrió á uno de sus jefes, quien á su vez lo entregó á Slatin para traducirlo. El prisionero se alegró mucho al ver una carta que venía de Europa de manera tan extraña y se prometió contestar al ornitólogo ruso tan pronto como obtuviese la libertad.

El humor de otros tiempos

Roqueplan no tenía, de tiempo atrás, otro criado que una viejecilla ama de llaves. En su testamento había colocado una cláusula ordenando que la buena mujer fuese enterrada en su propia bóveda de familia.

—Hacéis muy bien, le dijo uno de sus amigos republicanos—comprendéis la igualdad.

—No es eso, contestó Roqueplan. Soy hombre de precauciones, he ahí todo. Es para que Gertrudis pueda llevarme sin demora el chocolate el día del juicio final.

Swift se disponía á montar á caballo y pidió sus botas; el criado se las trajo.

—¿Por qué no están limpias? le dijo el dean de San Patricio.

—Es que vais á ensuciarlas en seguida en los caminos y me pareció que no valía la pena desenlazarlas.

Un instante después el criado pidió á Swift la llave de la alacena.

—¿Para hacer qué? le preguntó Swift.

—Para almorzar.

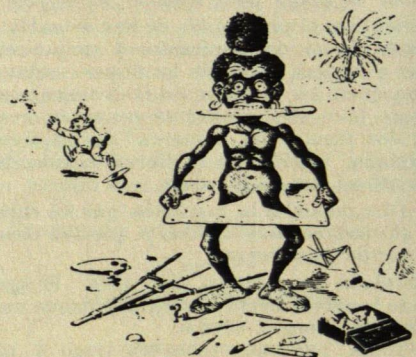
—Bah! replicó el doctor, como tendréis hambre de aquí á dos horas otra vez, me parece que no vale la pena comer ahora.

—¿Cuántos son los Mandamientos de la ley de Dios?—preguntaba un sacerdote á un joven en vísperas de casarse.

—Eso según el sexo á que usted se refiera.

—¡Qué barbaridad!

—Nada de eso, padre. Para los hombres son diez y para las mujeres nueve, porque con ellas no reza lo de no deseárs la mujer de tu prójimo.



LA DESNUDEZ EN EL ARTE

MISCELANEA

Los microbios benéficos

No todos los microbios son perjudiciales; sabido es que tenemos en el intestino los que trabajan por la transformación de las sustancias alimenticias, haciéndoles sufrir modificaciones que las hacen propias para la absorción y favorecen la digestión. Del mismo modo, existen en el suelo microbios sin los cuales ciertas plantas, entre ellas las leguminosas, no podrían asimilarse el fósforo indispensable á su vegetación.

Partiendo de esto, M. Kijanizín, de Kieff, fisiólogo ruso, ha querido observar cómo se comportarían ciertos animales á los cuales se les alimentase con comida esterilizada y se les hiciese respirar aire también esterilizado. Los resultados han demostrado la incompatibilidad de la esterilización con la existencia: los animales sometidos al régimen del fisiólogo ruso enflequecieron con gran rapidez, muriendo algunos de ellos.

Acaso esa observación sea el principio de algún importante descubrimiento.

Un accidente ferroviario

En la línea de hierro que va de Kobé á Osaka (Japón) ha ocurrido un espantoso accidente, del cual han resultado muertos 140 soldados japoneses que iban de China, en donde tomaron parte en las operaciones militares. El tren se componía de 23 wagones y trasportaba 400 soldados. En el momento en que el tren se encontraba sobre el muro que rodea el mar, para aproximarse á la ciudad, se desencadenó una violentísima tempestad y una enorme ola pasó por sobre el muro, cortando en dos el ferrocarril y haciendo descarrillar la máquina y siete vagones que cayeron al mar. La mayor parte de los hombres que ocupaban aquellos wagones se ahogaron. La catástrofe se produjo á la una de la madrugada y la oscuridad era profunda; las olas subían tan alto que era imposible socorrer á los que habían caído al agua y ni había siquiera los medios para hacerlo; algunos que lograron salir de los wagones sumergidos fueron estrellados por el oleaje contra el muro.

Estudio de los efectos del aceite en los movimientos de la superficie del agua

M. Ritter ha hecho, ante la Sociedad Meteorológica de Francia, el resumen de sus estudios acerca de la influencia que la traza de ciertas sustancias ejerce en el movimiento y en el aspecto de la superficie del agua. Dos fenómenos han servido de punto de partida a sus trabajos: primero, el que presenta una pequeña cantidad de aceite arrojada sobre una mar agitada y que produce una calma relativa. El otro fenómeno consiste en que al solo contacto de una aguja untada de aceite hay cambio inmediato del perfil de las venas capilares de agua, de forma rizada y desaparición de las vibraciones que esas venas determinan en la superficie de las capas de agua que encuentran. Esos fenómenos no pueden atribuirse sino a la presencia de la lámina extremadamente delgada en que se transforma una gota de aceite desde que toca al agua.

Ahora, esos mismos efectos se observan, dice M. Ritter, si en lugar de aceite se proyecta sobre el agua otras esencias, ó agua de jabón, alcohol, saliva, etc., los líquidos, en una palabra, dotados como el aceite de una tensión capilar menor que la del agua y que como ella se extienden en lámina que M. Ritter designa con el nombre de *epilamen*. Estos epilámenes se engendran del mismo modo para ciertos polvos, como las harinas, que obran sobre el agua por sus principios solubles.

Es a su débil espesor que los epilámenes deben notables propiedades mecánicas cuya explicación busca M. Ritter en la tensión capilar de la superficie de los líquidos, en la cohesión especial de su zona epidérmica y en los frotamientos que de ello resultan tanto en el exterior como en el interior de los epilámenes. Por estas propiedades, los epilámenes deben resistir a la extensión y a la deformación y retardar así las velocidades, al mismo tiempo que entretengan todos los movimientos, oscilaciones y ondulaciones del agua á que están superpuestos y adheridos.

Apoyándose en estas consideraciones, M. Ritter explica no solo el efecto del aceite sobre el mar, sino en general, todas las diferencias que presentan las capas de agua en sus movimientos como en su aspecto cuando reciben el choque de las gotas de lluvia, cuando son arrastradas por las corrientes ó levantadas por el viento, está exenta, ó al contrario, surcada su superficie por trazas de líquidos ó polvos susceptibles de engendrar epilámenes.

La producción de carbón en el mundo

Según las últimas estadísticas, Inglaterra continúa siendo el país más productor de carbón. El año pasado dio 188.277.000 toneladas, que proporcionaron trabajo á 700.000 personas. En segundo lugar están los Estados Unidos, con 164.000.000 toneladas. La Alemania extrae 73.000.000, sin contar el lignito. En seguida vienen:

Austria-Hungría: 10.700.000 toneladas.

Francia y Rusia, cada una: 6.250.000.

Australia: 4.000.000.

El Japón: 3.250.000.

Nueva Escocia: 2.250.000.

España: 1.300.000.

Italia: 1.200.000.

Suecia: 200.000.

En cuanto al consumo, Inglaterra tiene, por habitante y por año 3,3 toneladas; los Estados Unidos, 2,25; Austria sólo tiene, por cabeza y por año, 150 kilogramos de consumo.

El trabajo de las mujeres en Inglaterra

Los directores del Banco de Inglaterra se decidieron hace poco á utilizar, por vía de ensayo, el trabajo femenino, y al efecto concedieron varias plazas á determinado número de jóvenes que de antemano habían demostrado suficiencia en las oposiciones especiales que allí se convocan para ingresar en el gran establecimiento de crédito.

Lo que se hizo como ensayo va á generalizarse, pues el trabajo de esas señoritas ha resultado más productivo y escrupuloso que el de los demás empleados.

Estos, al ver semejante competencia, se consternaron y pusieron el grito en el cielo, y dejando á un lado todo sentimiento de galantería, resolvieron pedir que el bello sexo fuese alejado de toda operación de banca, escritura y contabilidad.

"La Francia militar"

Este periódico se ocupa del tiro contra los globos de campaña, partiendo de la introducción de los mosquetes Krupp, en 1870.

Los globos libres pueden colocarse fuera del alcance de los proyectiles, partiendo antes de amanecer, á fin de llegar á una altura superior á la del tiro; aunque no sucede esto para los globos cautivos, cuya elevación es limitada.

Los tiros ejecutados en Alemania, en Cummersdorf, luego en Francia, en el campo de Châlons y en Poitiers, han demostrado que más allá de 5.500 metros (distancia horizontal), el arcaboste es invulnerable. Así lo han confirmado los recientes experimentos practicados en Austria. Sin embargo, si se toman ciertas precauciones, los globos cautivos pueden prestar servicios muy importantes, pues está probado que las rupturas ocasionadas por los proyectiles no son de tal naturaleza que puedan poner en peligro al aeronauta, y que aún en el descenso, éste se efectúa con una velocidad suave que no acarrea contratiempo alguno.

La serpiente de mar

Según refiere un periódico francés, este monstruo se encuentra de residencia en el estrecho de Long-Island. Gordia noticia que confirma el testimonio de numerosas personas cuya veracidad no puede ponerse en duda, entre las cuales se cuentan los miembros de la famosa sociedad de emulación cristiana, *Christian Endeavor*, que acaba de celebrar su gran convención anual en Boston.

El capitán Gee, cuya palabra es insospechable, comandante del buque *City of Lowell*, de la línea de Norwich, refiere haber visto la serpiente de mar siguiendo el surco de su buque en el estrecho de Long-Island. Cuando el *City of Lowell* llegó á New York, el capitán Gee declaró en estos términos: "Yo salía de la camareta del timonel, cuando encontré sobre el puente al comisario de bordo, M. Byrnes, que parecía presa de una viva emoción y me señaló un monstruo que seguía la estela del *steamer*. Corrí á buscar mi larga-vista y pude, en efecto, contemplar á aquel animal extraordinario. Tenía á lo menos cuarenta pies de largo y presentaba el aspecto de una serpiente gigantesca; estaba provisto de dos pares de aletas natatorias, colocadas á la mitad y á la tercera parte del cuerpo. Más de cincuenta pasajeros la vieron antes que desapareciera."

Antes había sido vista también la serpiente, en el mismo estrecho, por el yacht *Agnes*, del New York Yacht Club.

Funcionamiento de la pupila

Se sabe que se dilata cuando se sustrae á la acción de la luz una porción de la retina. M. Charles Henry ofrece un nuevo pupímetro, construido por M. Pellin, que permite demostrar: que la pupila se dilata también, cuando sin modificar en nada la cantidad de luz que llega á la retina, se sustrae á la acción de esta luz una porción del iris. Por medio de este aparato se observa que generalmente los iris oscuros se dilatan más que los claros. Es la primera vez que, según la observación del autor, el color de los ojos interviene en una cuestión de óptica fisiológica. Hay sin duda en estos movimientos, al lado de una reacción directa probable del iris, reflejos de origen central, pues la pupila del ojo izquierdo, por ejemplo, se dilata si se sustrae á la luz el iris del ojo derecho. Varias consecuencias importantes resultan de estos hechos, entre otras, una explicación de la fotofobia que se observa cuando se inflama el iris sin lesión retiniana. Por otra parte, al dilatarse desigualmente en presencia de fuentes poco diferentes, el iris viene á ser un diafragma que tiende á igualar para la retina estas dos fuentes de luz, de donde proviene el error de apreciación que afecta nuestras sensaciones fotométricas.

La Catedral de Londres

Londres, la gran Metrópoli del Imperio británico, ha presenciado hace poco un espectáculo grandioso.

Se trata de la colocación de la primera piedra de la Catedral de Londres, destinada á reemplazar la catedral de Kensington, en el barrio West.

La ceremonia la llevó á cabo S. E. el cardenal Vaughan, y á ella asistieron el cardenal Dogue, primado de Irlanda, numerosos arzobispos y obispos católicos de Inglaterra, Escocia é Irlanda, y 300 sacerdotes del Deanato de Londres, que se extiende sobre tres diócesis.

Asistieron también los miembros católicos del Cuerpo diplomático acreditado cerca del Gobierno de la Reina, los miembros católicos del Parlamento y todas las notabilidades católicas inglesas.

La solemnidad verificada prueba la extensión del movimiento católico en Inglaterra. Este movimiento ha permitido dotar á Londres durante los diez últimos años con más de 20 iglesias y capillas católicas.

Descubrimientos arqueológicos

Se ha descubierto recientemente, cerca de Braubach, aldea situada sobre el Rhin (Hesse-Nassau), en la altura denominada Kænigstiel, una fragua romana que data de los siglos segundo y tercero de nuestra era. Este descubrimiento está de acuerdo con la relación de Tácito, quien refiere que bajo el emperador Claudio (41 á 54 d. J. C.) se explotaba la plata en el país de los Mattiacos, pero que esta explotación se había abandonado á causa de ser poco productiva. Demuestra, además, el reciente descubrimiento, que los yacimientos del Rhin y del Nassau han comenzado en una época posterior. Al lado de la fragua se ha encontrado la fábrica de una villa romana y numerosos objetos de grande interés arqueológico.

Los quilates

A menudo se habla de los quilates del oro sin que tal indicación tenga un sentido preciso para la generalidad del público. Sin embargo, la designación, aunque no tiene nada de métrica, goza de un empleo universal.

Hé aquí la composición de las mezclas según su denominación en quilates.

El oro de 24 quilates es oro puro; el de 22 encierra 22 partes de oro, una de plata y otra de cobre; el de 18 tiene 18 de oro, 3 de plata y 3 de cobre; el de 12 encierra 12 de oro, 3 de plata y 8,5 de cobre. Como medio mnemotécnico debe tenerse presente que 24 es el número de partes de la mezcla.

La transfusión de la sangre

La transfusión es de una práctica muy antigua: la tuvieron los egipcios; Jevófilo hace alusión á ella en su *Tratado de Anatomía* y Ovidio parece haberla conocido. En el siglo XV, un Papa, Inocencio VIII, sufrió esta operación. Pero se olvidó y abandonó de tal manera que, hasta el siglo XVIII, después del descubrimiento de la circulación por Harvey, no se tuvo idea de aplicar la transfusión como medio terapéutico.

El honor del descubrimiento se debe á un monje lorenés, Dom Robert des Gabets, religioso de la Congregación de Saint-Vanne.

Dom Robert nació, de noble familia, en Dugny (Meuse); recibió las órdenes en 1636 y murió en 1678. "Inventó, escribe Dom Calmet, la transfusión de la sangre, que consiste en sacar sangre de las arterias de un hombre ó de cualquier animal vivo y hacerla pasar á las venas de otro al que se le haya extraído una parte de la suya, casi igual á la que se deba infundir." Fue en

Metz, en un monasterio en que enseñaba Dom Robert filosofía y del que llegó á ser prior, en donde hizo, en 1650, su primer experimento de transfusión. Comunicó los resultados á varios amigos de París, entre ellos á Clerselier,—el íntimo de Descartes,—que recogió y publicó las obras póstumas del gran filósofo. "No se hizo caso del suceso," dice Dom Calmet. Siete años más tarde los ingleses Timoteo Clarke, Roberto Bayle y Henshaw, intentaron, por consejos de Cristóbal Wren, la inyección de medicamentos por las venas. Ricardo Lower siguió el ejemplo y, alentado por el éxito, concibió y ejecutó la idea de la transfusión de la sangre.

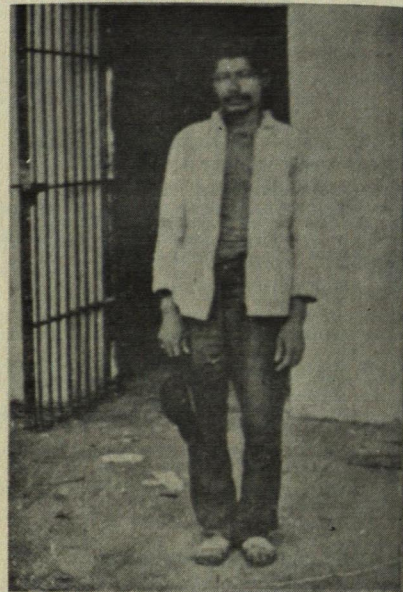
Hasta entonces el experimento se hizo sobre animales; fue un médico francés, J.-B. Denis, quien hizo la primera transfusión en el hombre, el 15 de Junio de 1667, en el hotel del conde de Montmor, muelle de los Agustinos. Se operó en un joven de 16 años, á quien se había sangrado veinte veces, en el curso de una afección febril. Se le inyectó sangre de cordero y el éxito fue completo y ruidoso: en Italia, Inglaterra y Francia, Denis tuvo imitadores; pero como siempre se llegó á la exageración: se intentó, por ejemplo, transfundir sangre de "un cuerdo" en las venas de un loco, para volverle la razón!

Los accidentes fueron numerosos y de ellos se aprovecharon los adversarios del nuevo sistema, para combatirlo: buscaron argumentos hasta en las Escrituras! El parlamento de París intervino y en 1668 fue prohibida la transfusión. Se dijo erradamente que la corte de Roma había tomado cartas en el asunto. En medio de la discusión (1667) Dom Robert reclamó su derecho de prioridad en el descubrimiento de la transfusión: por una carta escrita á su amigo Clerselier probó que había sido el primer experimentador, en Metz, en 1650, mientras que los ingleses habían operado siete años más tarde, en 1657. Esta carta tiene fecha 1667, en momentos en que Denis operó en el hombre.

En Metz se conservan cuidadosamente los aparatos que sirvieron al monje lorenés. Dom Calmet refiere haber visto "los tubos que empleó para hacer pasar la sangre de un animal á las venas de otro, y, añade Dom Calmet, el difunto Dom Jacinto Alliot, abad de Moyenmontier, me refería á menudo los experimentos hechos cuando estaba en Bar-le-Duc."

De todo lo anterior resulta, por las fechas, que fue un monje lorenés, Dom Robert des Gabets, el primero que intentó la transfusión y, en consecuencia, el que la descubrió.

Dr. A. Fournier.



El asesino de los hermanos Rodríguez

(RAFAEL SECUNDINO ACOSTA)

En todos los puntos de Venezuela á donde la prensa ha llevado la noticia y los detalles del asesinato perpetrado en el Morro de Valencia, en las personas de los hermanos Rodríguez, por Rafael Acosta, acaso no se haya levantado ni una voz de excusa para el homicida, que sin antecedentes de enemistad con las víctimas, sin necesidad de violencias en aquel caso, sin motivo justificable alguno, consumó su crimen, por la razón única de *ya amolada el arma*.

La fotografía del delincuente nos ha llegado de Valencia, en donde fue tomada, en el calabozo de la prisión. Allí sólo se le dejaba ver de los *reporters* de la prensa carabobeña, que ha publicado los primeros interrogatorios, en los cuales llama la atención el descaro con que contestaba el asesino y que se revela en sus facciones y en su actitud.



MEDALLAS DE BUENA CONDUCTA

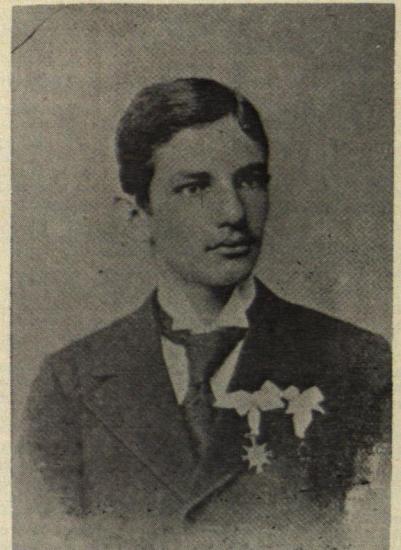


Jacinto Roque Bello
(17 años de edad)

Hijo del señor Juan N. Bello y de la señora Josefa Luna de Bello.



María de Jesús Castro
huérfana, hija de la señora Juana de Dios Castro.



Andrés Lara
(17 años de edad)

Hijo del señor Antonio Lara y de la señora Elvira Román de Lara.

NUESTROS GRABADOS

Medallas de buena conducta

Después de impreso el número anterior llegaron a nuestras manos las fotografías de los jóvenes que obtuvieron el premio de honor en los Colegios "Liceo Bolívar" y "Sucre" y la de la señorita María de Jesús Castro, que lo obtuvo en el "Asilo de Huérfanos", las cuales tenemos el gusto de publicar hoy.

Señor Ramón Isidro Montes

En la sección correspondiente verán nuestros lectores el retrato de este notable institutor, acompañado de un artículo biográfico que nos ha enviado para su publicación el señor Dr. F. de P. Reyes.

General Andrés Avelino Pinto

Pertenece el retrato de este valeroso militar a la serie que inauguramos, de hombres públicos distinguidos en los días de lucha de nuestros partidos. El señor Lameda es autor de la noticia biográfica que acompaña los rasgos del general Pinto.

General Eloy Alfaro y sus ministros

Conocen ya nuestros lectores, por las informaciones de la prensa diaria, los trabajos y el estado de la revolución liberal acandillada por el general Alfaro contra el gobierno del Ecuador. El grupo de nuestro grabado representa el gabinete revolucionario, constituido por el jefe militante en esta forma:

General Cornelio Vernaza, Ministro de Guerra y Marina;

Señor Ignacio Robles, Jefe Civil y Militar de la Provincia de Guayas;

Señor Luis Felipe Carbo, Ministro del Interior, Exterior, Culto y Obras Públicas; y

Señor Lisardo García, Ministro de Hacienda.

Señor Manuel Guadalajara

Rinde hoy nuestra Revista un homenaje de justicia a un joven de relevante mérito, flautista notable, recomendado por sus dotes, por su contracción y sus proceres. El señor Dr. F. de P. Reyes nos ha enviado los apuntes biográficos del joven Guadalajara.

Internado y Externado de los Hospitales

El 2 de julio de este año el Ejecutivo Nacional dispuso que se verificara un concurso de practicantes para el servicio de los hospitales del Distrito Federal. Este concurso se efectuó en la primera quincena del mes pasado, con asistencia de trece candidatos para el internado y diez y siete para el externado, ante el juicio de los médicos que constituyeron el Jurado: Dres. Pablo Acosta Ortiz, Presidente, Catedrático de Clínica Quirúrgica en la Universidad Central; L. Razzetti, Secretario, Catedrático de Obstetricia y Medicina Operativa; Miguel R. Ruiz, Catedrático de Clínica ginecológica y obstétrica y Cirujano del Hospital Vargas; E. Conde Flores, Jefe de servicio en aquel Hospital; y Elías Rodríguez, Vocal del Jurado.

Van en lugar correspondiente los retratos de los miembros del Jurado; el grupo de internos después de la prueba sobre el cadáver; los externos que se presentaron a concurso; y las fotografías separadas del primer interno electo, Br. José Ignacio Cárdenas y del primer externo, Br. Carlos Manuel Velázquez. Acompaña a estos grabados un extenso artículo relativo al concurso y que debemos a nuestro colaborador X.

Para el próximo mes de diciembre se abrirá nuevo concurso.

Caracas Cricket Club

En nuestro número pasado se publicó la vista del match verificado en el mes de julio y una ligera noticia relativa a él. Hoy lo hacemos con el grupo de miembros de aquel club, entre los que figura su Presidente honorario, el respetable señor R. T. C. Middleton, que goza de merecida estimación en la sociedad venezolana.

El Chama

Parece como si la Naturaleza escogiera este pedazo de la América para hacer alarde y derroche de bellezas. Casi son ya bien conocidas, por los grabados que de largo tiempo venimos publicando, las regiones costanera y central de Venezuela, pero no llega ese conocimiento hasta la zona que se extiende desde las orillas occidentales del lago de Maracaibo. Apenas la poesía, el amor de los cantores del Zulia, han dado idea de cómo es hermoso aquel nuevo Adriático que arrulla a la Venecia indiana; nada se ha descrito de las faldas del Ande, de la cuesta empinada y abrupta, de los abismos que producen vértigos y que azota el condor con sus alas ó hace estremecer el tigre con sus rugidos; nada de los ventisqueros que ponen pavor en el ánimo y hielan la sangre, de las tempestades que se desprenden de los páramos con estruendo aterrador para morir a pocos pasos, en una calma y en un silencio de desolación, sobre la superficie cristalizada de altísimas lagunas. Por esa región corre el Chama, este río zuliano que bjea de la cordillera, riega a Egidio y Lagunillas y se al lago maracaibero, llevado por las aguas de la Ciénega.

La Tosca

CUADRO DE HAGBORG

En las últimas exposiciones de pinturas efectuadas en los grandes salones del Campo de Marte y de los Campos Elíseos, han reñido ruidosa batalla las escuelas que aspiran al predominio en la esfera del arte: los artistas revolucionarios, con el éxito de sus cuadros, apartaron de la discusión la secta del naturalismo crudo, que a fuerza de intencionadas desnudeces llegó a ser impropio de la noción del arte, indigno del ideal estético, exclusivo de una habilidad que la práctica misma puede dar, sin permitir la intervención del alma del artista y sin ejercer, por tanto, influencia en otras almas, como lo sofaba Toussenel. El torneo se ha decidido este año entre la creación amable cuyos tipos creó el *Españoleto* y el *profanismo* arrancado de la tierra de Neerlandia por el pincel de Jordans; ha triunfado este, con cuadros como la *Tosca*, y como los de la misma escuela que ha venido publicando EL COJO ILUSTRADO y en los que aparecen los elementos que de la realidad se han tomado, purificados por un tono de idealismo.

Gran Ferrocarril

ESTACIÓN DE VALENCIA

Frente a la colina del Morro, en la parroquia de San Blas, se halla la estación principal del Gran Ferrocarril de Venezuela, en Valencia. Ningún punto mejor escogido y más a propósito para despertar agradables sensaciones en el ánimo del viajero que por primera vez visite la ciudad del Tacarigua. Apenas abandonadas las poéticas orillas del lago, corre el tren por una extensa avenida que cercan fértiles dehesas hasta el pie de la serranía que deja entrever las torres y las cúpulas de la ciudad, hasta penetrar en el recinto de la capital carabobeña, en la explanada de San Blas, contorneada por la corriente del Cabañal. Para las facilidades del transporte, la compañía ha prolongado su línea hasta la estación del ferrocarril de Puerto Cabello, al extremo de la hermosa avenida de Camoruco.

Señor Tomás Lander

El retrato de este notable venezolano, cuya biografía ha hecho el señor Dr. Juan de Dios Méndez hijo, lo hemos tomado de una miniatura de la época de su juventud, por no encontrarse otro de aquel tiempo de su vida, en que ocupó la atención pública con sus labores de patriota sincero, enamorado de una idea que quiso ardientemente hacer triunfar, procediendo con cabal honradez.

El Oráculo

CUADRO DE PATTEIN

Así siembra la semilla del error la supervivencia de la leyenda que exornó la poesía con todos sus encantos. Como ese episodio tierno del *Oráculo* son las bases primordiales de todas las ficciones con que el hombre satisfizo el ansia de razones, para explicarse fenómenos que el estado especial de los pueblos no permitía explicar. Es ese grupo una escena en acción de la cándida conseja del hogar: la interpretación de un deseo de niño por las direcciones que imprima la brisa a los menudos pétalos de la blanca flor de manzanilla, cerrada por broche de oro.

Vistas de San Carlos

De la capital del antiguo Estado Cojedes publicamos hoy tres vistas relativas a la muerte del General Ezequiel Zamora. Son, por su orden: el corredor de la casa en que murió el valiente militar, durante el sitio de San Carlos; la casa de la señora de Acuña, en que fue velado, y el sitio de la sepultura, en el solar de la casa de los señores Oviedo.

Próximamente reproduciremos otras vistas de la histórica ciudad del Tírgua.

Ferrocarril de la Ceiba a Sabana de Mendoza

El viaje a las poblaciones del Estado Los Andes ofrece hoy considerable número de ventajas y facilidades, por el ferrocarril que lleva de la Ceiba a Sabana de Mendoza, salvando una distancia penosa y difícil de transitar por otro género de comunicación. Las dos vistas que publicamos están tomadas durante detenciones del tren sobre los puentes.

Puente Constitución

Damos la vista del puente de hierro que se ha ordenado construir en el extremo de la calle Sur 7, sobre el río Guáire, en el punto en que estuvo el antiguo puente de madera, en el camino del Cementerio general. Se encuentra ya tendido y en disposición de ser entregado al público; el señor J. M. Ortega Martínez ha sido el ingeniero director de esta obra.

Cúcuta

Frente a una espaciosa plaza, en lugar apropiado por sus condiciones de salubridad, se encuentran el hospital y la capilla del Carmen de Cúcuta, que más de una vez han servido de refugio salvador a los habitantes consternados en las continuas conmociones sísmicas de la ciudad andina ó de amparo a los desvalidos que han dejado en la miseria y en la orfandad los cataclismos.

Continuamente recibimos de aquella ciudad vistas que seguiremos publicando.

Música

Yo no te olvidaré es el título del valse para piano, del señor Manuel Guadalajara, cuyo retrato publica esta Revista.

TRISTE FATUM

Tras el horror de militar estrago,
Postrado el mundo y de terrores lleno,
El vencedor en Trebia y Trasimeno
Y Canas, duerme bajo torpe halago.

¡Oh Capua!—Al fin la gloria de Cartago
Redime al héroe del sensual veneno;
Y contra Roma á combatir, cual bueno,
Empújalo otra vez.—¡Destino aciago!

—“¡Acude, Asdrúbal! La impostora alteza
Humillemos de Roma. ¡Ven! Ninguna
Grandeza igualará nuestra grandeza.”

Dijo, y al lampo de agorera luna
Mira caer de Asdrúbal la cabeza
Mensajera de Roma y su fortuna.

MARCO-ANTONIO SALUZZO.

TU IDEAL

Como el armiño de nevada cima,
Que bañan nimbos de naciente aurora,
Tras tenue gasa que ciñendo el cielo
Lejos relumbra,

Luce su frente entre cabellos rubios,
Que de favonio al delicado aliento,
Mecén sus hebras en revueltas ondas
De oro luciente.

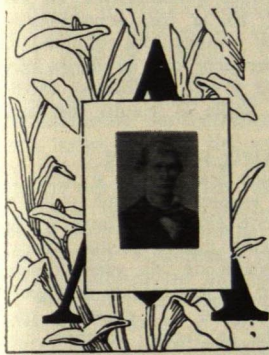
Jamás el alba de un benigno cielo,
Jamás los astros de la parda noche,
Igual tesoro de radiosa lumbre
Fúlgidos dieron,

Cual la que tiñe sus mejillas suaves,
Cual la que vibran sus azules ojos,
Hoguera inmensa do el incauto vate
Quema sus alas.

ARBAHAN Z. LOPEZ-PENHA.

VOLCANES

POR JOSÉ MARÍA MARTEL



LLI estaba aquel gran naturalista cuando el 23 de Agosto del año 79, hacia las dos de la tarde, se oyeron de repente espantosas detonaciones que partían de las profundidades de la Somma, infundiéndole terror en los habitantes situados al pie de aquella montaña. Días antes se habían sentido muchos temblores de tierra en aquellas cercanías. El cielo estaba ese día sereno; la mar tran-

quila: el viento cambió de Norte á Este: la violencia de las detonaciones aumentó considerablemente; y una enorme columna de vapores de agua, cuya forma comparó Plinio el joven, que acompañaba á su tío en Misena, á un pino parasol (PINUS PINEA), coronó la montaña con su lúgubre penacho. Esta nube que salía del centro de la tierra creció poco á poco, y condensado el vapor, cayó convertido en una lluvia hirviente sobre los flancos de la montaña hasta precipitarse al mar, arruinando en su camino la ciudad de Herculano que quedó cubierta con aquella lluvia de lodo.

En el curso del día siguieron con mayor energía los estremecimientos de la montaña; horribles tempestades eléctricas se oían en el seno de la Somma; grandes masas de piedra pomez color de fuego sucedieron á los vapores de pomez hirviente; y para la media noche había ya desaparecido la ciudad de Pompeya.

Al día siguiente el Vesubio consumió su obra de destrucción, llevando sus nubes de polvo ardiente á la ciudad de Estabias, y borrando hasta el lugar que ésta ocupaba.

Plinio había observado desde Misena la montaña de la Somma, y al verla coronada de gigantescas nubes de vapores que la cubrían con un manto lúgubre, comprendió que se preparaba una erupción volcánica, y sin tardanza hizo aparecer una galera ligera para trasladarse al teatro de aquel gran fenómeno, y estudiarlo de cerca para la ciencia con un anhelo que llevó hasta

la temeridad. Al acto de ir á bordo se encontró con muchos marineros y soldados que habían salido precipitadamente de Retina, puerto de Herculano, en solicitud de socorros para los que quedaban en peligro inminente, y eso dio un estímulo más á Plinio para apresurar su viaje hacia aquel lugar. Mas, siendo imposible desembarcar allí por la grande agitación de las aguas del mar y la ruina que se efectuaba en tierra, resolvió dirigirse á Estabias, en donde vivía Pomponio, uno de sus queridos amigos; pero allí también estaba haciendo sus estragos la erupción del Vesubio y era muy peligroso el desembarco; por lo cual, y llena de temor la tripulación, rogó el piloto á Plinio que ordenara el regreso á Misena, á lo que éste contestó: “la fortuna acompaña al valor: vuelve hacia el lado de Pomponio.” A poco desembarcaron estando ya Estabias muy arruinada por el terremoto y la erupción volcánica. Plinio corre en busca de su amigo Pomponio á quien halla temblando de terror: lo abraza, lo conforta; trata de darle tranquilidad, y para mejor inspirársela entra en un baño: más tarde come con una serenidad sorprendente; y por último, en medio de aquel espantoso cuadro de desolación, y al terrífico ruido de las detonaciones y erupciones de fuego del Vesubio, Plinio se retira después de comer á su cuarto, se acuesta y duerme profundamente. Cuando se temió que los rúptiles (fragmentos de piedras porosas incandescentes) que caían en abundancia, cerrasen toda salida, resolvieron despertar á Plinio: éste se levantó y fué á incorporarse con Pomponio que había pasado en vela toda la noche, lo mismo que sus demás compañeros. Los momentos eran supremos y se resolvió á abandonar la ciudad, huyendo hacia el campo, teniendo la precaución de cubrirse la cabeza con una almohada porque era incesante la lluvia de rúptiles que caía. Plinio propuso dirigirse á la playa con el objeto de que se reembarcaran, pero al llegar á la orilla se vio que eso era absolutamente imposible, y entonces aquel sabio naturalista, con una resignación estoica hizo extender una sábana en el suelo y se acostó para reposar un poco: en ese momento se abrió la tierra á su lado, y por la hendidura se escaparon gases moféticos que difundieron en el aire un olor sulfuroso: el gas carbono ó el hidrógeno sulfurado, sin duda, causó más efecto en Plinio que en los demás, por haber estado tendido en el suelo al acto de la emanación, y también por el asma que sufría: ello determinó la asfixia: intentó pararse para seguir á sus compañeros que huían despavoridos, y cayó inerte al suelo; estaba asfixiado. Así terminó sus días aquel hombre importante, que fue alternativamente guerrero, abogado, escritor, gran naturalista, y últimamente almirante de la escuadra que le confió su grande amigo Vespasiano.

Demos ahora una idea del fenómeno más importante que ha tenido lugar en la cadena volcánica de México por la aparición del volcán de Jorullo, cuyo fenómeno describe Humboldt de la manera siguiente. “El levantamiento se produjo durante la noche del 28 al 29 de setiembre de 1759, en medio de una extensa llanura de la antigua provincia de Michoacán, separada del volcán más próximo por 30 millas geográficas, y fue precedido de un ruido subterráneo que se dejó oír desde el 29 de junio, es decir, durante dos meses enteros.... El levantamiento de ese volcán tuvo lugar á las tres de la mañana, y se anunció la víspera por un fenómeno que ordinariamente indica el fin y no el principio de las erupciones. En el lugar en que se levanta hoy día el Jorullo existía en otro tiempo un espeso bosque de guayabos, muy estimado de los indígenas por la dulzura de sus frutos. Hombres que trabajaban en los cañaverales de la Hacienda de San Pedro Jorullo, iban á recoger guayabas: cuando volvían á la granja se observaba con sorpresa que sus anchos sombreros de paja venían cubiertos de cenizas volcánicas. Habíanse abierto ya hendiduras en lo que se llama hoy el *Malpais*, probablemente al pie de la alta cúpula de basalto llamada el Cuiche, y había ya arrojado cenizas ó rúptiles antes que nada hubiera cambiado en la llanura.... En las primeras horas de la noche la ceniza negra formaba ya una capa de un pie de elevación. Todo el mundo se refugió en las alturas de Aguasarco, pequeño pueblo indio situado á 2.160 pies sobre la meseta del Jorullo. Desde allí vióse (tal vez al menos la tradición) una grande extensión del país, presa de espantosa erupción de llamas, y aparecer en medio de ellas como un castillo negro, un cerro inmenso y sin forma (bulto grande), según la expresión de testigos oculares.... Según una tradición muy extendida entre los indígenas, y que no ha sido negada por nadie, á los grandes pedazos de roca, á las escorias, á la arena y las cenizas arrojadas al aire, iba unida constantemente, durante los primeros días, una emisión de agua cenagosa.... Según otra relación,

todos los testigos oculares contaban que antes de reventar y aparecerse este terrible Cerro, las sacudidas y ruidos subterráneos eran más frecuentes, y que el día mismo en que se produjo el gran fenómeno, se observó que el plan de la Tierra se levantaba verticalmente. Toda la llanura se hinchó y formó vejigas, de las cuales la mayor es hoy el Cerro del Volcán. Esas ampollas de diferentes dimensiones, y en general de una forma cónica bastante regular, reventaron después, y arrojaron tierras hervidas y calientes, y piedras cocidas y fundidas, que todavía se encuentran á inmensas distancias, cubiertas de masas de piedras negras.” (Còsmos, tom. 4.º)

Velocidad y extensión de la corriente lávica.—**Fuerza volcánica.**—La velocidad con que se mueve una corriente de lava depende de su grado de fluidez; de su masa, y del declivio del terreno. Se ha observado, en el Vesubio, por ejemplo, correr la lava 800 metros en una hora, y aun 1.800 metros; y Palmieri ha deducido de sus muchas experiencias hechas en aquel mismo volcán, que la velocidad de las corrientes lávicas varía de 7.200 á 180 metros por hora.

La extensión mayor que ha alcanzado una corriente de lava del Vesubio ha sido de 4.200 metros de largo y de 100 á 400 de ancho, con un espesor de 8 á 10 metros: la mayor que se ha notado del Etna tuvo 15.000 metros de largo y 3.000 metros de ancho, término medio. Pero la más notable ha sido la de la famosa erupción del Skaptar-Jokul (Islandia) del año de 1783. Dos coladas de lava corrieron en sentido opuesto: una tenía 18 leguas de largo y 4 de ancho, y la otra 14 leguas de largo y 2 de ancho, y la altura ordinaria de ambas era de cerca de 30 metros.

La velocidad de proyección es variable, y depende de las diversas condiciones en que se encuentre el volcán. Las piedras que el Vesubio lanzó en 1779 permanecieron en el aire de 20 á 25 segundos, y algunas alcanzaron una elevación de cerca de 4.000 metros. Mayor ha sido la fuerza volcánica del Cotopaxi, pues arrojó masas de 10 metros cúbicos á 3 leguas de su cráter.

Volcanes submarinos.—Por causa de conmociones sismáticas en el interior del suelo submarino se abre la tierra, y un volcán surge del seno de las aguas: no son raros los volcanes submarinos, y los restos que forman los destrozos de su estallido se acumulan, y de este modo constituyen verdaderas islas. Acaso la Islandia y la Sicilia, no son en gran parte sino productos de una erupción volcánica; y quien sabe si el porvenir de esas islas está determinado en su inmersión al seno del Océano, en una de esas evoluciones del interior del globo, y como restablecimiento de esa sección enmigrada del antiguo suelo.

Los pequeños islotes tienen una duración muy precaria, porque las deyecciones volcánicas que los forman son materias móviles que no muy tarde arrastra la acción continua de las aguas. Todos esos islotes situados entre Sicilia y Africa son de formación volcánica, y uno de ellos es el que lleva el nombre de isla *Pantelaria*. Entre ésta y la costa de la ciudad de Sciacca, en Sicilia, hizo su aparición en plena mar el año de 1831 la isla *Julia* ó *Ferdinandea*, formada por las deyecciones amontonadas de un volcán submarino. El primer nombre fue dado en recuerdo del mes de julio de aquel año en que empezó á levantarse; y el segundo en honor del rey de Nápoles. Dos meses después de su emersión, se hundió aquella isla, desapareciendo bajo las aguas; y á este respecto decían los sicilianos que se había querido escapar del dominio de la poderosa Albión que se apresuró á tomar posesión de ella cuando tuvo conocimiento de su presencia en los mares.

Parece que á principios de 1864 esa isla surgía nuevamente del fondo del mar, y aunque eso no pase sino como una suposición, nada de extraño tendría su reaparición, pues tal cosa no sería sino una nueva erupción del mismo volcán cuyas fuerzas reaccionadas podían muy bien llevar esos promontorios á la superficie de las aguas! Balbi en su geografía, llama *Ferdinandea* esta isla: dice que apareció en julio de 1831 y que se hundió en diciembre del mismo año, pero que volvió á presentarse en 1832. Otros refieren que el capitán Swinburne, á principios del mismo año 1832, no halló sino un *alto fondo* (*) en el lugar que ocupaba la isla. Se ha dicho también que á fines de 1833 existía en aquel lugar un arrecife peligroso de forma ovalada y como de un kilómetro de largo, percibiéndose en su centro á 3 metros bajo el agua, un peñasco negro de cerca de 50 metros de ancho, circunvalado de arena y de rocas volcánicas. Años más tardes, según Vogt, la sonda no indicaba rastro alguno de levantamiento.

Entre Umnak y Unalaska, del archipiélago Aleuciano (América rusa), se formó en el año de 1796 una isla, precedida de fenómenos muy notables, engendrados por una violenta crisis volcánica. En el día se veían salir del seno del mar grandes

(*) Fondo de las aguas muy cerca de la superficie.

nubes de humo, y por la noche una columna de fuego parecía levantarse de la superficie de las aguas. Todas las islas vecinas de aquel archipiélago fueron conmovidas por fuertes temblores de tierra, y poco á poco fue levantándose una pequeña isla. En 1806 ya era un gran volcán, de cuyo cráter salía una lava fluida que corría en el mar: la montaña parecía crecer lentamente, y algún tiempo después el volcán tenía ya una altura de más de 3.000 pies.

La formación de una montaña volcánica puede explicarse de la manera siguiente: "Al formarse un volcán á una gran profundidad del Océano, el suelo submarino se eleva en ese lugar de un modo más ó menos sensible. Es probable que á esa gran profundidad la erupción de lavas y de escorias sea contrariada por la presión de la enorme columna de agua que gravita sobre el volcán en formación. En este caso, los peñascos y todas las capas que allí forman el fondo del mar, serán potentemente levantados en masa por los gases comprimidos, los vapores y las lavas, que tienden á esparcirse fuera del foco subterráneo. Cuando el suelo, levantado por estos agentes, llega al punto en que la tensión del vapor encerrado vence la presión de la columna de agua, estalla entonces el volcán submarino; y su fuerza y energía será tanto mayor cuanto haya estado más violentamente contenida. Se verá luego al volcán submarino arrojar torrentes de lava, de piedras y de escorias abrasadas; pero antes que su cima haya llegado á flor de agua, siempre se verán en este caso nubes de vapor y escorias incandescentes, si no fuesen también llamas, que surgen de un mar que se agita, se estremece y se hace bozbollante. Alrededor de ese cráter submarino se aglomeran piedras, arenas, escorias, lavas: el volcán se levanta: su cima ardiente sale del seno de las aguas; y si el destino le es favorable, desplegará una prolongada actividad, crecerá de siglo en siglo, y llegará á ser uno de los grandes faros del Océano."

Por esta explicación que nos da Boscowitz vemos la forma en que él, de acuerdo con la opinión de Hamilton, Dolomieu, Spallanzani, Breislak; Sausure, y otros naturalistas, acepta la teoría del *cráter de levantamiento*, establecida por Léopold de Buch, y sostenida por Humboldt, Elie de Beaumont y otros ilustres geólogos. Todos reconocen unas mismas fuerzas agentes, pero difieren en el modo de formación de una montaña volcánica, pues según la opinión que sigue Boscowitz, es el resultado de las acumulaciones sucesivas que van teniendo los productos de las erupciones: todas esas diversas materias se aglomeran unas sobre otras, á proporción que van saliendo del cráter del volcán, de manera que él mismo es el artesano de esa grande elevación que llega á tener: al paso que la teoría de Léopold de Buch está fundada en una depresión del suelo, producida por fuerzas subterráneas, cuya acción ha levantado en forma de cono una extensión de terreno, á veces muy considerable, llevando el centro del cono en su movimiento ascensional una cavidad más ó menos circular.

Es de notarse que muchos no aceptan la teoría de Buch en cuanto á la súbita ascensión de ese cono de levantamiento, sino que élla se produce muy lentamente. No faltan, sin embargo, ejemplos en los tiempos modernos, de formaciones de montañas volcánicas, en que éstas han tenido una aparición relativamente súbita, lo cual ha llegado á considerarse como uno de los más notables y sorprendentes fenómenos de esta especie. De todos modos, siempre será necesario tener en cuenta la mayor ó menor actividad y energía de las fuerzas agentes en el interior del suelo, la más ó menos profundidad del Océano en que se estén elaborando aquellas acciones dinámicas, en combinación con otras causas etc., para cada caso que ocurra; y así tendremos que muy bien pueden subsistir las dos opiniones sin conflicto, y sin exponernos tampoco á contrariar las muy respetables, y de tanta autoridad, como las de Léopold de Buch, á quien Humboldt llama el mejor geólogo de nuestra época, y las del mismo Humboldt, el más ilustre sabio de nuestros tiempos.

En el curso de estos escritos ha llegado á nuestras manos *La Opinión Nacional* número 2.477, en donde se da cuenta de un raro y curioso fenómeno, ocurrido recientemente cerca de la costa de Tierra del Fuego. M. J. O. Lunginers, capitán de la corbeta dinamarquesa *Lutterfeld*, navegaba hacia Valparaíso; cuando en la madrugada del 10 de diciembre de 1876. (3 h. 45 m.) divisó el vigía por la proa un gran bulto, á manera de costa de tierra, del cual distaba el barco un cable, (200 metros) y gritó al timonel para que orzara. Notando el capitán que la carta marina no marcaba tierra en aquel lugar, resolvió quedarse á la capa hasta que fuese de día. A las cinco de la mañana se vio que estaban frente á una isla surgida del seno del Océano, á 140 millas del estrecho de Magallanes, hacia el Pa-

cífico: esa isla tenía unos 30 metros de elevación, en un plano inclinado. Quiso el capitán visitarla y se embarcó en un bote de á bordo; mas, al pisar la tierra uno de los marineros, se reembarcó inmediatamente por estar el suelo á una temperatura ardiente. Tres horas después aquella isla volcánica se había hundido gradualmente hasta desaparecer en totalidad. El capitán continuó el viaje, pasando con su barco por sobre la superficie bajo la cual acababa de hundirse la isla.

El fenómeno de que se acaba de tratar es muy posible que tenga íntima correlación con el que posteriormente, en mayo de este año (1877), se presentó en las costas del Pacífico, cuando las aguas del mar invadieron repentinamente las poblaciones de las costas en Iquique, Chana-ya y Cobia, sobre lo cual emitimos la opinión de haber tenido ahí lugar un *cráter submarino de levantamiento*, que no pudo manifestarse por haber encontrado resistencia en la corteza terrestre.

En esa extensa línea de la costa andina, cuya inflexión ó quebradura arranca desde Arica, y sigue recta hasta el estrecho de Magallanes, debe de haber un foco ó centro de acción volcánica, que unas veces ejerce sus fuerzas contra la corteza solidificada de la Tierra, produciendo conmociones y levantamientos, como se manifestó el mes de mayo último en Iquique hasta el puerto de Cobia; y otras veces levantando hacia la superficie de las aguas porciones de tierra, quizá en estado de formación, ó pastoso, como el fenómeno de diciembre del año anterior en que, no teniendo la tierra la consistencia necesaria para fijarse, cuando emergió á la superficie, hubo de ceder bajo la debilidad de sus moléculas, que en la fuerza de ascensión no resistieron la de la corriente, y esa debilidad favoreció fácilmente la pronta inmersión de aquel promontorio.

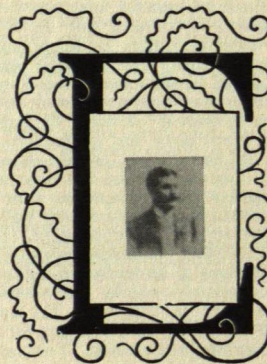
Es bien sabido que el proceso de la Tierra está aun muy lejos de haber terminado, y que el trabajo de la sedimentación es universal y constante. Así no es extraño que en ese oculto y misterioso laboratorio del centro del planeta tengamos de vez en cuando, acá y allá, y en todas partes, apariciones como las de diciembre frente al estrecho de Magallanes, y otras por el estilo, que habrán quizá tenido sus manifestaciones sin que hayan sido descubiertas por el hombre, ó que vayan presentándose al acaso al viajero de los mares, y también á las investigaciones de valerosos marinos.

No será muy aventurado decir que en aquella región andina, ya referida, puede existir un extenso taller, en el cual haya tierras en formación, que lleguen á ser islas; como también, fragua de volcanes que se eleven, formando faros para guía del navegante.

CIENCIA AMENA

(DEDICADO AL BELLO SEXO)

TORNADOS Y TROMBAS



so aquel por su grandísima violencia.

Generalmente se producen en su interior gran cantidad de rayos y una lluvia torrencial. Son muy frecuentes entre los trópicos y sobre todo en las costas de Africa.

TROMBAS.—Como ya lo dijimos, las tempestades, ciclones, y tornados no son sino diversos aspectos de un mismo fenómeno cuya causa es un torbellino descendente que se forma en las altas regiones de la atmósfera. Agréganse á aquellos las trombas que nos presentan

otro caso del mismo fenómeno, aunque con diferencias de aspecto enteramente distinta.

Sus muy pequeñas dimensiones comparadas con los grandes meteoros que acabamos de describir, permiten abarcar con un solo golpe de vista todo el fenómeno y seguirlo desde lejos en sus caprichosos movimientos.



FIG. 7

La figura 7 da una idea clara de este meteorito cuando se produce en el mar. Está formado por una columna nebulosa más ó menos encorvada, que se desprende de un conjunto de nubes donde arraiga y se ensancha; esta columna se traslada con alguna velocidad y está animada por un movimiento giratorio no siempre muy rápido. El aire que rodea la columna, agitado por los movimientos de ésta, se sacude y forma ventarrones y torbellinos á su alrededor hasta cierta distancia. El color de la columna es gris oscuro y suele ser tan negro como el humo; en su parte más angosta, tiene á veces menos de un metro y llega como máximo á tener algunos metros de grueso. Dura poco tiempo; no se sabe que hayan llegado en ningún caso á durar una hora.

Se distinguen las trombas de mar, y las que se forman en tierra.

Las TROMBAS DE MAR, presentan un aspecto singular y se forman generalmente en los grandes calores, así: En la base sensiblemente plana de una nube tempestuosa comienza á formarse una protuberancia que se alarga con más ó menos rapidez y que, sufriendo vaivenes flota cuando la sopla el viento con suavidad.

Un viento algo fuerte la destruye.

Debajo de este pico descendente y sobre la superficie del mar, empieza el agua como á hervir, formándose con ella borbotones y una gran cantidad de niebla más ó menos opaca, igual á la que se escapa de una vasija donde se hace hervir agua ó de una caldera de vapor.

Algunas veces, el cono (1) superior que desciende de la nube se recoge después que se forma sin llegar á juntarse con la niebla que en su aparente ebullición forma el agua debajo, y entonces no llega á formarse la tromba. Otras veces sí se une el cono superior con la niebla inferior y queda formada la tromba, oyéndose entonces un ruido fuerte como el de una gran cascada. Suelen formarse algunas trombas en que parece que se levanta primero el cono de las aguas en la parte inferior y así asegura Bonafons, haberlo observado en las costas de Algeria.

Si esta columna encuentra un buque en su camino puede arrastrarlo y hasta sumergirlo, por lo que los marinos se defienden de ellas á cañonazos aunque sin resultado, pues sólo debido á una ilusión óptica se cree destruirlos por este medio. Sin embargo, las de mar no son siempre peligrosas, porque por sus pequeñas dimensiones es muy fácil evadirlas cambiando temporalmente el rumbo del barco y además la fuerza giratoria de la columna no es siempre muy intensa.

Cuando ya la tromba va á desaparecer, la parte baja de ella presenta el aspecto de un tubo ver-

(1) El cono es una figura cuya base es un círculo y que termina en una punta que se llama *vértice* del cono.

tical por donde brota el agua, y la nube de donde se formó la parte superior produce una copiosa lluvia de agua dulce. Se producen entonces, y algunas veces un rato después que desaparece la tromba, algunas descargas eléctricas.

Suelen formarse varias trombas en una misma nube y aunque como muy raro fenómeno, se han visto trombas formadas entre dos nubes.

Las trombas son más frecuentes en los mares tempestuosos y sobre todo en las regiones calmas de los trópicos; muy raras en los países fríos.

LAS TROMBAS TERRESTRES son más peligrosas aunque mucho menos frecuentes que las marinas. Algunas han producido grandes desastres. Citaremos las que se han hecho más célebres por sus destrucciones ó curiosos efectos.

La que se formó cerca de Carcassonne el 26 de agosto de 1826 levantó 14 carneros y los tiró á una gran distancia. Algunas han transportado hombres por los aires. La del año de 1874 cerca de Chalons fue muy fuerte; arrasó algunas casas y tumbó en una plantación como 2.000 árboles. Muy pocas han sido comparables á la de Monville.

La interesante descripción de esta tromba, notable también porque ha sido motivo de interesantes observaciones científicas, está inserta en las Memorias de la Academia de ciencias y ha sido resumida por el profesor Daquin en los términos siguientes:

«El 19 de agosto de 1844 sopla en las cercanías de Ruan un fuerte viento del Sur, poco después del mediodía, un viento del Sur oeste que empujaba ántes sí negros nubarrones, chocó con el del Sur, y formó un violento torbellino animado de un movimiento de traslación que arrancó ciento ochenta árboles corpulentos retorciéndolos á todos y derribó un tendedero de una fábrica de percales. En el mismo instante cayó un copioso aguacero, acompañado de truenos y granizo; por toda vía no había tromba propiamente dicha.

Aquel torbellino, después de alejarse y de recorrer 41 kilómetros, volvió de repente al valle cerca de Malaunay y Monville, atravesando un bosque cuyos árboles tronchó cerca de su base. Formóse entonces un enorme cono de contornos perfectamente marcados y negros como el humo del carbón de piedra. Su cúspide era de un color amarillo rojizo, y del interior del cono salían relámpagos continuos, oyéndose también el fragor del trueno. En algunos segundos la tromba pasó sucesivamente con rapidez espantosa y culebreando, por tres grandes fábricas de hilados, aplastándolas bajo su peso con todos los obreros. Los techos volaron en pedazos y no quedó piedra sobre piedra de aquellos edificios; todos los telares quedaron estropeados, y la máquina destrozada, principalmente en los puntos en que había grandes masas metálicas. Los árboles de los alrededores fueron derribados por el terrible meteoro en todos sentidos, hendidos y secos en una longitud de 2 á 7 metros. Al retirar los escombros para ver si se podía salvar á los infelices sepultados debajo de ellos se observó que los ladrillos quemaban. Encontráronse tablas carbonizadas, algodón quemado y muchas piezas de hierro imantadas. Habían cadáveres que tenían señales de quemaduras, y otros estaban sin lesiones aparentes, como si los hubiese muerto un rayo. Algunos obreros, que fueron arrojados á las praderas vecinas, dijeron de común acuerdo que habían visto vivísimos fulgores y percibido un fuerte olor de azufre. Otras personas situadas en sitios elevados, vieron las fábricas envueltas por la tromba cubiertas de llama y de humo. La anchura de la zona asolada era de 220 metros en la meseta de Malaunay. A dos kilómetros del punto donde empezaron los estragos en el centro tenía 307 metros y 60 cerca de Cléres, en donde la tromba se disipó. La longitud de este espacio de terreno, era de 15 kilómetros.

«Lo más notable fue que cayeron restos de toda clase, como pizarras, cristales, tablas y maderos mezclados con algodón, cerca de Dieppe, á una distancia de 25 á 38 kilómetros del lugar de la catástrofe. Muchas personas vieron por los aires dichos objetos, y tan altos que los tomaron por hojas de árboles. Entre ellos se cita una tabla de 1^m,04 de largo, 0^m,12 de ancho y 0^m,01 de grueso. Por fortuna no todas las trombas son tan formidables como la que acabamos de describir.»

Cuando una tormenta se transforma en tromba, cesa al punto el ruido del trueno. Las descargas eléctricas se efectúan á través de las nubes bajas y de los árboles que se hallan al paso del meteoro. Ciertos árboles atravesados por la electricidad se han secado en un momento, y la tormenta los troncha en lugar de arrancarlos. La enorme tromba que asoló la aldea de Chatenay el 18 de junio de 1839 destruyó también todos los plantíos del valle situado entre las columnas de Ecouen y el collado de Chatenay. «Mil y quinientos árboles, dice Peltier, han debido servir de conductores á rayos continuos é incansables.»

A. SMITH.

SUETOS EDITORIALES

Ensayos poéticos.—(Por J. M. Monasterios Velásquez).—El autor ha reunido en un folleto, —que nos ha enviado,—treinta y tantas de sus composiciones poéticas, entre las cuales figuran dos justamente laureadas: la oda á S. S. León XIII, en sus Bodas de Oro, premiada por la Academia Venezolana de la Lengua, y el soneto á Sucre, en su Centenario, laureado por la Sociedad “Mutuo Auxilio” de Maracaibo. Las otras poesías revelan el carácter y el espíritu del autor: dedícalas á la memoria de sus padres y parece haber soplado sobre ellas aliento de aquel amor al hogar honrado; amor probado con intachable conducta y vida de apacible modestia, sin amargas quejas en los labios ni rabiosos arranques de desesperanza en tantas y tan largas horas de callados sinsabores.

Damos nuestras gracias al poeta y amigo por el obsequio de su libro.

General Ezequiel Gondelles Ayala.—El 17 del pasado mes de agosto falleció en esta ciudad el señor general Gondelles Ayala, ciudadano distinguido que contaba en esta ciudad importantes relaciones.

Damos el pésame á los deudos del finado.

Libro y folletos recibidos.—*El Ajedrez de Memoria.*—Por Andrés Clemente Vázquez—Imprenta “La Universal”—Habana.

La Odisea de Pablo Morphy en la Habana. Por Andrés Clemente Vázquez—Habana.

El señor Vázquez nos comunica el envío de su novela histórica *Enriqueta Faber*, que no hemos recibido.

Informe presentado á la Compañía del Banco de Maracaibo.—Imprenta Americana—Maracaibo.

Descripción de la velada artístico-literaria celebrada en el Tocuyo en el Centenario de Monagas.—Valencia—Tipografía Chambón—1895.

Informe anual de la Junta Directiva del Club Agrícola.—Caracas—1895.

Don Felipe Tejera.—Del número 447 de nuestro estimado colega *El Pregonero*, tomamos el siguiente suelto:

“**HISTORIA DE VENEZUELA.**—Hemos sido obsequiados muy cortesmente por los señores Felipe Tejera y J. M. Herrera Irigoyen, con un ejemplar de la obra cuyo nombre encabeza estas líneas, editada en los talleres de “El Cojo.”

Dicha obra viene adornada con los retratos de Isabel la Católica, Cristóbal Colón y todos los próceres de la Independencia y

algunos de la Federación. Trae además un magnífico plano de Valencia, y otros de Caracas y Puerto Cabello, de fecha de 1806;

Leeremos con especial placer esta obra patria en cuanto nos lo permitan nuestras festinadas tareas.”

Y del número 1.574 de *El Noticiero*, el siguiente:

—“Tercera edición del “Manual de Historia de Venezuela, para el uso de las Escuelas y Colegios, por Felipe Tejera.”—Conocida es ya esta importantísima obra, que tan alto habla en favor de la ilustración y del talento de su autor, que es uno de nuestros más inspirados poetas y atildados escritores; é inútil pareceremos elogiarla, pues no lograríamos hacerlo tanto como la obra lo merece. Aumentada y corregida viene esta tercera edición, y adornada además con retratos de nuestros hombres ilustres, y con otros grabados debidos á los magníficos talleres de “El Cojo,” en los cuales ha sido hecha la edición que nos ocupa.—Al autor de la obra y á los editores les damos las gracias por el ejemplar elegantemente empastado que se han servido dedicarnos.”

Manuel Cadenas Lozano.—Ha muerto en la ciudad de Nueva York este apreciable y laborioso joven compatriota, hijo del señor Doctor Manuel Cadenas Delgado, á quien enviáramos, así como á su familia y deudos, la expresión de nuestra condolencia.

Guasa Pura.—Con un prólogo de Manuel Vicente Romerogarcía circula ya el libro que la prensa de Caracas había anunciado que publicaría el joven y popular escritor y periodista Rafael Bolívar. Son cuadros de nuestras costumbres en su mayor parte, escritos en lenguaje sencillo y ameno: una colección enteramente venezolana, con los *peros* inevitables en toda obra de estremo y que corrijen pronto el talento y la práctica.

El autor ha tenido la cortesía de traernos personalmente un ejemplar de su libro, por lo cual le enviamos nuestras expresivas gracias.

CRONICAS LIGERAS

RELATO HISTORICO—FERROCARRIL Á “EL VALLE”

(POR JABINO)

Es una lástima que los recursos monetarios no estén en razón directa del grado de civilización y cultura de las personas.

Se puede ser muy civilizado, muy culto, muy amante de la vida social, y no tener dos reales, ni uno.

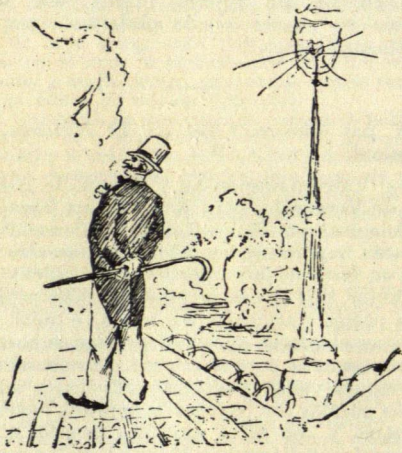
Este desequilibrio trae resultados funestos, aquí más que en cualquiera otra parte, en razón de ciertas prácticas muy arraigadas.

Si ustedes son personas de buenos sentimientos no podrán menos de conmovirse con la lectura del triste relato que va en seguida, y de cuya veracidad respondo.

¡Las que le pasan á un pelagatos metido á elegante no le pasan á nadie!

Era la noche de un veintiocho de octubre. De orden del Gobernador nos habíamos entusiasmado para celebrar el natalicio del padre de la patria. Yo, á pesar de la gloriosa fecha, y no obstante la gubernamental alocución, me conservaba en mi estado normal, respecto á fondos. Es decir, que se me podía voltear con los pies hacia arriba, y sacudirse con fuerza, en la seguridad de que no daba de mí sino la cajita de fósforos que regalan como aditamento de los ci-

garros. Con los bolsillos así de vacíos; pero vestido como un figurín, hice irrupción en la Plaza Bolívar.



¡Horas menguadas de la vida!

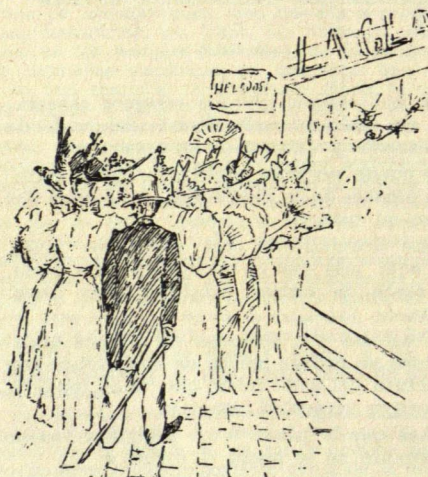
Apenas había dado unos pasos cuando vi venir hacia mí un grupo de damas, amigas mías. Me alegré, francamente, porque me prometía deslumbrarlas. Cuando estuvimos á tiro de sable, la más despierta de ellas me habló así:

—Hombre, nos viene usted como llovido del cielo. Estamos muertas de sed y no nos atrevemos á entrar solas á ninguna parte..... Acompáñenos usted.

—¿Qué tal? Eran once personas del otro sexo, y todas tenían una sed como para asustar á cualquier ricachón. Yo no podía presentarme en un botiquín y decirle al dependiente: «Socio, déme once vasos de agua,» sin exponerme á que me contestara: «Vaya usted al Guaire, ó á Catuche, ¡se imagina usted que esto es acueducto!» Tampoco podía mandar á servir cerveza sin colocarme en el duro trance de andar á mojicones con el garçon, á la hora del pago.

Oh! Al más matemático le doy yo, para que me lo resuelva, este problema: «Once buenas mozas que piden cerveza con disimulo, y el candidato sin una peseta.»

¿Cómo creen ustedes que me las compuse en tal emergencia?



Me dirigí al botiquín más cercano, en medio de aquel grupo, que cualquiera diría encantador (y puede que lo fuera) pero que á mí, en fuerza de las circunstancias, me representaba una caterva de sicarios. Caminaba yo hacia el establecimiento como quien marcha al patíbulo. Y no está mala la comparación. Aquellas niñas, bien parecidas todas, eran otros tantos verdugos, y yo el sentenciado inocente.

Llegué al lugar del sacrificio; acomodé á mí gente en sendas silletas, y me dejé ir, como quien no quiere la cosa, al interior del despacho.

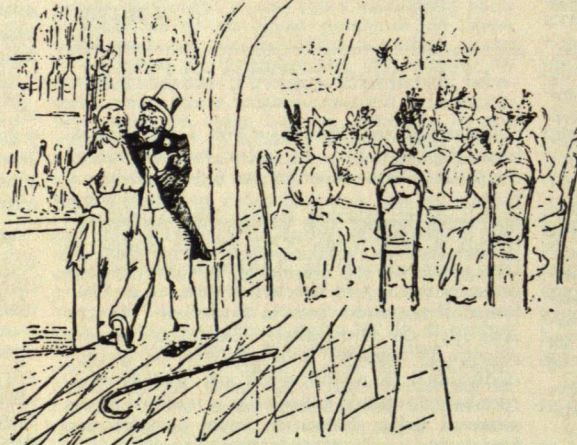
Lo primero que vieron mis ojos, con profundo estupor, fue un cartel que decía en letras gordas: «SIN EXCEPCION, LA CASA NO LLEVA CUENTAS.»

¡Horror! Aquellas letras me parecieron escritas con sangre, y no sé por qué no caí redondo al suelo.

Cuando volví en mí, invoqué á San Ramón, abogado de lances críticos; puse la fisonomía de manera que inspirara lástima, y abordé al dependiente, en esta forma: «Socio; yo estoy en un conflicto. Aquellas niñas que usted ve allí me han manifestado que tienen sed, y usted comprenderá que sería desprestigiarme darles agua pelada. Sirvales cerveza..... que yo le pagaré mañana».....

¿Qué cara puso el hombre!

—Lo siento, me dijo; pero no está aquí el dueño..... y además, no llevamos cuentas. Yo no tenía armas..... Por lo que creo



que aquel sujeto está destinado á vivir muchos años.

Miré hacia el grupo de mis amigas, que charlaban y reían con el mejor humor del mundo. ¡Qué felices! dije para mí. Me asomé á la puerta, á ver si daba algún resultado la invocación á San Ramón..... y nada.

¿Qué idea!..... El bastón de mi amigo Cerapito..... Y volví á dirigirme al botiquinero.

—Hágame el favor de recibir este bastón en garantía.....

—Hombre, aquí no empeñamos; pero, por estar usted en ese conflicto..... á ver el bastón.....

¡Buen hombre aquel! Muy bueno! Yo siempre que lo recuerdo lloro de agradecimiento.

Se sirvió la cerveza, resollé grueso, y volví á reunirme á mis bellas amigas.

—¿No quieren ustedes otra cosa? pregunté lleno de amabilidad.

—Aquí hacen unos helados muy buenos, se atrevió á decir una.

¡A ésta la ahorco, si insiste! dije para mí. Pero otra de las circunstancias, de alma caritativa, reclamó la hora, y abandonamos el local.

Ya en la plaza, la que me quedaba más cerca me dijo:

—¡Jabino; se le quedó el bastón!

—¡Caramba! Qué memoria la mía!..... Voy á buscarlo.....

Y hasta el sol de hoy.....

Ahora que se trata de la reconstrucción de la línea férrea entre Caracas y El Valle, viene bien una reminiscencia carifiosa de este buen vecino nuestro.

La verdad; de El Valle no se puede decir

que sea ameno, ni pintoresco, sino por pura cortesía de revistero. El nombre de Versalles, por ejemplo, con que los elegantes han bautizado á Antímano, le vendría á él lo mismo que la casaca á ciertos diputados rurales.

En cambio le abonan una multitud de circunstancias de mucho peso.

Es el único pueblo del orbe con quien conservan relaciones amistosas Melchor, Baltazar y Gaspar; y á quien visitan periódicamente los Magos famosos. Es de ver cómo, todos los seis de Enero, la apacible parroquia se torna bulliciosa, se engalana, levanta arcos, tira cohetes (y palos) para recibir á los regios visitantes con la pompa requerida; y como diciendo á sus presuntuosas rivales:

“Por acá también las gastamos, amiguitas. No seré Versalles; pero nada de exagerado habría en que se me llamase Belem.

En lo que sí está El Valle muy por encima de las demás parroquias foráneas es en condiciones higiénicas.

De sus aguas se cuentan maravillas.

Allá han ido dispépticos con el pasaporte para el otro mundo extendido en toda forma. Verdaderos espectros, que más parecían huéspedes de la Necrópolis del Sur que miembros activos de la sociedad. Pues bien: se han dado cuatro zambullidas en el río, y han recuperado, por este solo hecho, las exterioridades de personas efectivas, gordas y frondosas. Han vuelto á la vida con el aparato digestivo al pelo, como un buen cronómetro; y hoy, cualquiera de ellos es capaz de digerir la comida de un restaurant barato; y hasta un trozo de literatura decadente, si á mano viene.

Los que no tengan brío para afrontar las dificultades de la vida en esta culta capital, ahí tienen á El Valle con sus aguas salutíferas, sus artículos de consumo por el suelo, sus habitaciones casi de balde; y un medio de transporte rápido, cómodo y barato.

¿Y que me dicen ustedes del ramal á Tierra de Jugo?

Ahora podrán las viudas consecuentes, previo un pequeño desembolso, ir á derramar lágrimas sobre la losa que cubre los despojos de los mártires que fueron.

Y hasta el yerno afortunado, que ha sobrevivido á su mamá política, sugestionado por las facilidades del tráfico se dirigirá á la Necrópolis, y depositará sobre la tumba de su ex-suegra una corona barata.

Veinte años de éxito representan más de veinte millones de vidas salvadas. Los niños enfermos y las personas de constitución delicada responden fácilmente á sus efectos.

Copiamos los siguientes párrafos de una carta que con fecha 12 de marzo de 1894, nos dirigió desde Betijoque, Venezuela, el Doctor Don M. Palma:

Señores Scott y Bowne, New York.

Hace muchos años que vengo haciendo uso de la “Emulsión de Scott.” Los efectos sorprendentes obtenidos con este precioso medicamento son justa consecuencia del gran consumo que de él se hace en todos estos pueblos, y en bien de la humanidad, y para satisfacción de ustedes cumplo declarar que la “Emulsión de Scott” es uno de los preparados magistrales de mayor mérito, conocidos hoy día.

Con sentimientos de alta consideración me suscribo S. S.,

M. PALMA.

UNA PRUEBA.—Cuando se ha visto una sola vez, la acción benéfica de la Crème Simon contra el Ardor del Sol, las Rogeces y las Picaduras de Mosquitos, se comprende que no haya Cold-Cream más bueno para la Toilette Diaria de la cara y de las manos.—Los Polvos de arroz y el Jabon Simon completan estos felices efectos y dan al Rostro, Blancura y Afelpado maravillosos.

Evítese las falsificaciones, exigiéndose la firma: J. SIMON, 13 rue Grange Batelière PARIS.

De venta en todas las buenas farmacias, bozares y sederías del mundo entero.

FABRICA DE CHOCOLATES SUPERIORES Y CACAO EN POLVO SOLUBLE

12 MEDALLAS



CARACAS - VENEZUELA

de mérito, de oro y de plata

Establecida
en 1861

"LA INDIA"

Reformada
en 1895

Situada en el centro productor DEL MEJOR CACAO DEL MUNDO, está montada á la altura de las mejores fábricas francesas; sus productos han obtenido las recompensas más altas en las grandes exhibiciones con

MENCIONES HONORIFICAS

12 MEDALLAS DE MÉRITO, DE ORO Y DE PLATA
Y OBTUVO EL GRAN PREMIO EN CHICAGO, 1893

Depósitos y Agencias en las principales ciudades de las Américas y Europa.

FABRICA: CALLE DE LA ESTACION (CAÑO AMARILLO.) --- MAYOR Y DETAL: AVENIDA SUR, NUMEROS 2 Y 4

Dirección: FULLIÉ & Ca. - Caracas

Gran Fábrica de Chocolates y Cacaos



CARACAS

La materia prima de nuestra fabricación es el cacao conocido universalmente por el nombre de CARACAS, el cual goza de reputación, hasta ahora indiscutible, como el mejor del mundo.

PABLO RAMELLA Suc.

CARACAS - VENEZUELA

DE VENTA EN TODAS LAS PANADERIAS DE RAMELLA

gría propia de la infancia; la esposa de Armor no sentía tal contraste, al contrario, parecía á veces que el niño muerto había vuelto á la tierra y que se le veía reír como lo hubiese hecho de haber vivido.

En más de una ocasión pensó á sus solas, que el encuentro de aquella pequeña era un gran consuelo de que tenía necesidad, y que la suerte le deparaba; pero por una especie de pudor moral, quizás por temor de que la vituperasen, no habló de ello ni á su madre ni á su marido.

Aquel golpe fatal aunque previsto, abatió mucho á Félix. Durante varios días, anduvo por la casa con aspecto huraño y melancólico mirando, sin hablar á nadie, ni á su mujer; después, una mañana abrió el piano, y creó una encantadora melodía. Por la tarde, cuando Albina volvió de la calle de Boulogne, al donde había ido para preparar su instalación, la llamó y ejecutó en su presencia esta nueva obra.

—¡Es bellísima!—le dijo no sin cierta secreta amargura.—¿Has hecho eso hoy?

—Sí. Es una marcha fúnebre para un niño.

Albina se apartó sin proferir una sola palabra. Aquello era demasiado y demasiado pronto también; la *Marcha fúnebre* se uniría al Canto de Bodas en los conciertos!

—¿No te gusta?—preguntó Félix algo amostazado.

Hacia mucho caso de sus opiniones musicales.

Ella se acercó de nuevo y posó sus delicadas manos sobre los hombros de su marido.

—Sí—le dijo—me parece bellísima. ¡Eres muy dichoso porque puedes trabajar, mi querido marido,.... eso te distraerá.... has hecho bien;—hablaba sinceramente, pues de pronto se iluminó su pensamiento: había comprendido que aquel orgulloso no era sino un niño, un niño grande que tenía á su cuidado hasta cierto punto. La misma atmósfera de dolor y clemencia envolvió á los dos.

—¡Ya no somos más que el uno para el otro!—murmuró Albina sollozando.

Armor la estrechó contra su corazón; en este momento la amaba más que á todo en el mundo, más que á sí propio.

La frialdad que les separaba hacía algún tiempo, se fundió como la nieve; Félix se reprendía no haber sabido participar de los cuidados de la joven madre, aligerándolos en cuanto cabía dentro del poder y del deber de un padre; esta reprensión tácita le exasperaba, pues su orgullo no admitía ninguna advertencia. A la sazón, viéndola tan dulce, tan llena de sufrimientos, tan truéfana de aquel hijo de quien, más enamorado, hubiese tenido celos, la amaba con ternura porque había sufrido, y, más que nada, tal vez porque siendo débil, sólo podía encontrar apoyo en él.

Durante algunos meses, su conducta fue muy co-

recta, y, sin embargo, Albina no le habló de Juana; ella era su consuelo, su secreto; no estaba completamente cierta de que existiese, y con frecuencia se preguntaba, si no era todo aquello un ensueño de su imaginación calenturienta; se necesitaba la vida de Juana, y mejor aún, la de la señora Maison, tan reposada en sus maneras, tan poseída de su papel de comerciante en su tienda, para que la joven palpase la realidad de la existencia de la niña.

XVIII

Pasó el verano. Entre el salón de primavera y el estreno de otoño, se pierden las gentes de vista como para un viaje al Polo Austral; al volver se sorprende uno viendo á las personas tan poco cambiadas y las cosas en su antiguo lugar; á veces también se sufre el desencanto de no ver más á aquellos con la idea de cuyo encuentro se regocijaba nuestro espíritu.

La muerte de Juan había hecho gran ruido en el mundo artístico, y jamás algún otro féretro blanco se vio tan cubierto de coronas; mas su desaparición estaba de tal modo olvidada cuando volvió el invierno, que Albina, de luto, escuchaba con asombro cómo la preguntaban más de una vez muy inocentemente:

—¿Se le ha muerto á usted alguien?.....! Un niño ocupa tan poco espacio en la existencia de los demás!.....

Fue preciso recibir en el hotel comprado al efecto; la vida de sociedad, la vida artística sobre todo, no permiten descanso; las gentes le acosan á uno y es preciso estar siempre en la brecha; triste ó alegre, sano ó enfermo, hay que recibir y recibir con la sonrisa en los labios.

Por eso Albina llevaba por la noche su luto con traje blanco. ¿Qué le importaba, por otra parte? ¡Su pena estaba muy por encima del traje! Luego, al entrar en su alcoba, cerrando los ojos en la oscuridad cuando se acostaba, sentía el vacío que sobre su seno había dejado la cabeza de Juan, pareciéndole un inmenso hueco en cuyo fondo palpitaba su corazón ensangrentado.

Y los meses se deslizaban todos iguales: se había tocado la *Marcha fúnebre de un niño*, obteniendo un éxito semejante al del Canto de Bodas. El editor le había pedido una edición á cuatro manos, fácil para los niños, que produjo mucho dinero.

Una noche, Albina se quedó en casa sola, mientras que Armor había salido; de repente se acordó cómo tres años antes, en la casa de la isla de San Luis, había pasado la terrible noche de la primera representación de la *Reina Aurora*. Ahora se encontraba bien, aunque siempre débil, y su situación actual, apenas se parecía á la de entonces. Félix entró en aquel instante; Albina le miró con extrañeza. ¿Las once? ¡Nunca volvía tan temprano! Antes que ella formulase ninguna pregunta, le dijo Félix aproximándose:

—¿Te sorprende verme ya?

La besó en la frente, miró el libro que estaba leyendo y puso el sombrero sobre un mueble.

—Me aburría—continuó;—la reunión comenzó mal; estoy seguro de que será insoportable.

—¿Dónde estabas?—preguntó distraidamente Albina.

—En casa de Bordant—respondió casi entre dientes. Fuera hace frío..... Aquí se está bien..... Muy bien..... Esto es lindo..... Y paseó su mirada en derredor suyo, cual si nunca hubiera visto los objetos que le rodeaban.

En efecto, aquello era lindo. Había hermosas palmeras, raros tapices, varios cuadros firmados por nombres conocidos, en marcos cuyo oro arrojaba sobre la pintura algo del resplandor discreto de la lámpara; todo era, pues, rico y artístico, al mismo tiempo que digno de él y de Albina.

—¿Es fea la casa de Bordant?—preguntó la joven, satisfecha de esta explosión de admiración completamente inesperada.

—¿La casa de Bordant? ¡Ah, sí! No, no es fea; pero ésta está mejor puesta, sin embargo.

Se había quitado los guantes y los doblaba con un cuidado, que no tenía por costumbre. Los colocó junto al sombrero y volvió al lado de Albina.

—¡Las once nada más! ¿Qué vamos á hacer para acabar la noche? ¿Quieres que nos marchemos á cenar á cualquier parte?

Ella le miró estupefacta.

—¿Cenar? ¿Tienes hambre?

—No, cenar por cenar.

Se le aproximó muy de cerca besándola en el cuello como un marido enamorado.

—Hueles bien—dijo con amable tono.

—¿Yo? Creo no oler á nada—dijo Albina sonriendo.

—¡Precisamente eso es lo que huele bien! Hay personas que se perfuman hasta producir jaqueca á los demás.

Había pronunciado esta frase con cierta apariencia de rencor, que atrajo la atención de su mujer, la cual le miró más atentamente.

—¿Quieres que vayamos á cenar en gabinete reservado? Tendrá gracia, eso no lo hemos hecho nunca. Vamos, ven.

Le tiró de la manga como un niño mal educado, pero ella resistió riéndose nerviosamente.

—¿Ir á cenar á una fonda?—dijo—¡para que mañana lo digan los periódicos!

—Y bien, aunque así sea—respondió Félix—puede uno estar de vena con su mujer.

Un rayo de luz iluminó la inteligencia de Albina, pero rechazó el extraño pesamiento que se le había ocurrido.

—No—dijo—una mujer que se estime no debe exhibirse por las fondas ni aun con su marido.

—¡Te haces la gazmoña!—dijo Armor mal humorado.

—Tal vez; pero te digo rotundamente que no.

Félix se echó como aburrido sobre un diván. To-

dos los instintos de joven bien educada se revelaban en Albina contra la proposición de su marido, sintiendo rugir en su interior la cólera, próxima á estallar, cual si hubiera sido insultada.

De cuando en cuando dirigía una mirada sobre el diván, porque á pesar de todo no quería verle de mal humor. Félix se levantó al cabo de cinco minutos.

—¿Con que no quieres venir?

—No, querido Félix, y pensándolo bien tampoco querías tú que fuese.

—Bueno, pues me voy solo. Adiós.

Albina, que se había levantado, púsose delante de él.

—Marido mío, es preciso que me escuches un instante.

—¿Un espectáculo?

—No, una explicación.

—¡Lo mismo da!—dijo irónicamente.—Y bien, señora, explíquese usted.

Ejecutó con el brazo un gesto teatral y burlesco señalando una silla. Albina no hizo caso, y ambos permanecieron en pie uno enfrente de otro en medio de la casi oscuridad de la habitación, lejos de cuanto tenía apariencia de intimidad y de dulzura.

—Has vuelto tan pronto—dijo Albina con calma y firmeza—porque te han faltado á una cita.

—¿De negocios?

—No, con una mujer.

—¡Qué gracia! ¡he ahí una.....

Quería defenderse gritando con fuerza, pero su mujer le interrumpió sin turbarse.

—No hagas ruido; no hay necesidad de que los criados se enteren. Te han faltado á la cita y has venido aquí despechado. No te enfades, porque á nada conduciría. Ya ves que yo no lo estoy. Ibas á cenar en la fonda con una..... persona que usa perfumes tan subidos que producen jaqueca.

Félix fué á sentarse en el diván á dos pasos de allí, silbando una canción. Albina permaneció de pie en el mismo sitio, imperturbable, aunque su sér parecía hervir como el metal en el horno.

—Entonces, para no perder la noche, se te ha ocurrido la idea de llevarme á cenar del mismo modo..... Será muy graciosa esta idea, pero yo no puedo aceptarla.

—¿Has terminado tu novelita?—dijo Félix sin levantar la cabeza.

—Todavía no. Además, presentándote conmigo en una fonda, adonde supongo que no irías por vez primera, podías probar perfectamente la coartada, en caso de que alguien pretendiera haberte visto con otra mujer. Entonces me dirías riendo: “¡Está gracioso! ¡No te han conocido y me calumnian!” Eso, Félix, es perversidad. Podría perdonarte que me engañases, pero emplear tales medios conmigo, no puedo menos

de considerarlo una grave ofensa. Ahora, sal si quieres; me darás un disgusto.

Félix se había levantado con las cejas fruncidas, dejando ver en su aspecto toda la cólera que le embargaba; pasó delante de Albina con el sombrero puesto.

Ella sintió desfallecer su corazón. ¡Le amaba tanto, á pesar de todo! Y como había dicho, ya no existían más que los dos..... ¡Ay! Albina sólo tenía á Félix, porque éste casi no necesitaba de ella. Estuvo á punto de llamarle, mas se contuvo, comprendiendo que, si cedía, no sería más que una miserable esclava de los caprichos y de los gustos de su marido; pues sabía que, como era terco, la llevaría á la fonda por salir vencedor, pero que volvería á casa degradada ante sus propios ojos y caída de su tranquilo esplendor de mujer honrada.

La puerta del hotel se cerró haciendo un ruido sordo: Albina tendió los brazos y gritó: ¡Félix! Después cayó de rodillas llorando junto al diván en que su marido estaba sentado un momento antes.

—¡Oh, Juan! ¡Oh, Juanito, partido de este mundo! ¡Nada hay que consuele á la madre! ¡Nada hay que consuele á la esposa!

¡Es posible que las mujeres den á luz hijos para que luégo les sean tan cruelmente arrebatados!

¡Cuando el marido es injusto, perverso, infiel, entonces la madre se retuerce con desesperación las manos, considerando que ya nada la queda, nada absolutamente!

Había llorado y sollozado tanto, que estaba sin fuerza y sin aliento. Sentóse en el suelo, apoyando la espalda contra el asiento del diván. Las ideas se ausentaron de su cerebro, en el que reinaba por completo el más desconsolador vacío. Su cuerpo estaba desfallecido con la violenta sensación de que algo había concluido; no se daba cuenta de qué, pero acaso era su amor.....

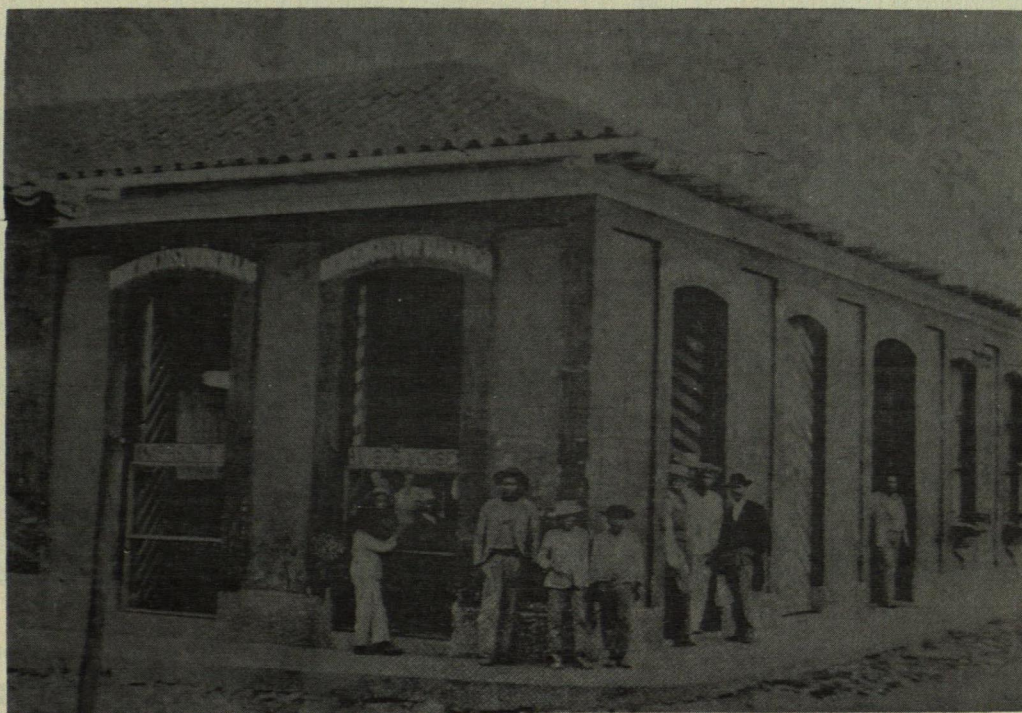
Sintió que la puerta se cerraba cuidadosamente. ¿Era Armor que volvía? Ignoraba cuánto tiempo permaneció sola. El reloj dio las doce.

¡Tan pocos minutos, tal vez treinta, y en ellos no más, agotó toda una eternidad de dolor! Si era él, debía levantarse y mostrarse tranquila, á fin de que no sorprendiera sus lágrimas. A los hombres no les gustan las mujeres que lloran, había dicho su madre. Ahora no se trataba de seguir el consejo; era orgullosa y no quería que su marido comprendiese la extensión del mal que causara.

Se levantó con gran trabajo. ¡Qué cansados estaban sus miembros! ¡Cuán débil se sentía! Félix entró con arrogancia, pero algo corrido.

—¿No te has acostado?—dijo á su mujer como sorprendido de encontrarla allí.

(AVISOS)



Establecimiento del señor Pedro María Sosa en San Felipe (Estado Lara, Venezuela)

Albina hizo con la cabeza un signo negativo, y se dirigió hacia su cuarto. Su vacilante paso impresionó el corazón de Armor. Levantó bruscamente la pantalla del quinqué, y viendo pálido y contraído el rostro de la joven, corrió a su lado.

—¡Pobre Albina mía—exclamó conmovido—qué disgusto te he dado !..... Pero, también ¿por qué te forjas á tu gusto historias semejantes?

Albina le tapó la boca con la mano. ¡Que no mintiese sobre todo! La mentira sería peor que lo demás.

—Ven, mujercita mía, ven.....

La condujo á su cuarto prodigándole tiernísimos cuidados, y ayudóla después á acostarse entre mil cariñosas palabras, pues ya sabemos que no era del todo malo.

Albina aceptaba sus atenciones con agradecimiento, pero con tal tristeza á la vez, que le pareció no haber sabido nunca hasta entonces lo que era el pesar. En su dolor de madre había algo de angustia: en esto, sólo existía una baja amargura que casi la avergonzaba.

Cuando se acostó, pálida, con un gran cerco sombrero alrededor de sus ojos, Armor fué á apagar la lámpara de su estudio, después volvió junto á su esposa.

—Eso no iba en serio, ¿verdad?—dijo Albina.—Y bien, demasiado sabes que te quiero mucho.

Le perdonaba de todo corazón; ¡es tan cruel guardar rencor á quien se ama! ¡Quién sabe si tan sólo después de semejante prueba había querido prodigarle sus caricias!

XIX

Trascurrieron tres años, durante los cuales Félix Armor produjo muy poco: una composición para orquesta, que apenas despertó interés, algunas melodías y una media docena de trozos para piano. Se ocupaba en una pantomima para la Ópera; pero, además de no estar muy satisfecho de la música, los retrasos que debe sufrir toda obra destinada á esta escena le desalentaban á cada instante. Para trabajar con fe, necesitaba inmediato estímulo, y los trabajos á largo plazo inspirábanle poco.

En cambio, se divertía mucho con unos cuantos amigos, á quienes alegraba su buen humor.

—¡Lástima que Armor sea un perezoso!—decía Desroches con sincero pesar.

—¡Qué marido tan delicioso tiene usted!—decían á Albina las mujeres, bastante envidiosas de tal fortuna.

Albina sonreía, sabiendo que la primera ley de la prudencia social es mostrarse contento con su suerte; pero hubiera podido decir cuánto cuesta dentro del hogar la buena disposición de un hombre echado á perder por el éxito.

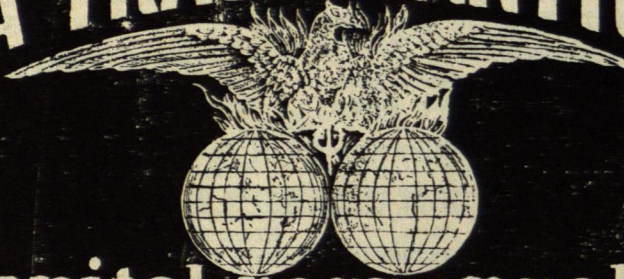
Había también cierta malicia en el fondo del empuño que ponían en alabar á su marido. Contábanse entre las mujeres algunas historias, encaminadas á probar que Armor no era apreciado únicamente por la buena sociedad; y era para ellas negocio de interés saber si Albina conocía estas cosas ó las ignoraba: en este caso debía ser muy necia, pues nada tan fácil como saber lo que se desea; y si no ¿por qué tenía aquel aspecto tranquilo y sonriente, que constituía la mitad de su gracia?

Los señores Frédel no se habían repuesto del golpe recibido con la muerte de Juanito; sumamente envejecidos ambos, pasaban los inviernos en el Mediodía, á causa de las frecuentes bronquitis del señor Frédel. La madre no sabía nada sobre la conducta de su yerno; viviendo como tranquilos rentistas, casi retirados de la vida, ni ella ni su marido estaban al corriente de las mundanas indiscreciones, y, hubiera sido un verdadero caso de conciencia, turbar su tranquilidad. Albina parecía estar contenta; la intranquilidad que, no obstante, se descubría en ella, podía atribuirse á sus sentimientos maternos.

Al revés de la mayor parte de las abuelas, la señora Frédel no había deseado otro nieto, sabiendo que ninguno podría reemplazar al ausente, y temiendo que volvieran para su hija los sufrimientos y las angustias que habían acompañado á su primer alumbramiento. Por lo demás, cuando se es viejo y se está cansado, quiere uno suponer dichosos á los que se ama, porque un secreto instinto de egoísmo nos advierte el tormento que nos produciría lo contrario.

Continuará

LA TRASATLÁNTICA



Capital responsable

B\$ 37,500.000.

Acepta seguros contra incendio bajo condiciones muy módicas

CESAR MÜLLER

Agente General en Venezuela

AVISO MUY IMPORTANTE

Teniendo muy en cuenta los intereses de nuestros clientes y para facilitarles el reconocer á primera vista sus **LEGÍTIMOS** productos

El Sr. Legrand, Propietario de la
PERFUMERIA ORIZA, de París

tiene el honor de prevenir su clientela al por *mayor* y al *detalle* que á partir del 1° de Enero de 1906 serán puestas á la venta sus principales especialidades:

l'Oriza-Oil, l'Ess-Oriza et l'Oriza-Powder

MODIFICADAS en su aspecto exterior y en su forma, con el objeto de impedir las innumerables y detestables falsificaciones de sus tan conocidos productos.

ACEITE

HOGG



Puro de HIGADOS FRESCOS de BACALAO
El más activo, el más agradable
y el más nutritivo.

cura **ANEMIA, TÍISIS, RAQUITISMO, ESCRÓFULA, etc.**
El Aceite de HOGG es recetado por los primeros médicos
del mundo desde hace medio siglo.

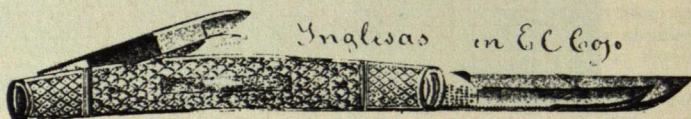
(Frascos TRIANGULARES) Farmacia HOGG, 2, Rue Castiglione, PARÍS, y Puenos.

EMULSION

HOGG



Con los Hipofosfitos de Cal y de Soda
Deliciosa Crema preparada en el Aceite HOGG
para las personas que no pueden tomar el aceite,
puro. Sirve de golosina á los niños.





LECCION DE PIANO. — CUADRO DE EMILIO J. MAURI